

Sergio Castellitto

# SERIAL WRITER

Argomenti Serial



# **SERIAL WRITER**

(En la versión inglesa **Argentino Serial**)

**Jorge Goyeneche**

**“La apariencia es eternamente plana” Franz Marc**

**“There is no (o very little) previous connection between a serial killer and the victim, the persons involved rarely being related.”**

# **PRIMERA PARTE**

## **TIRÁTE UN LANCE**

Todavía nervioso y con un dejo de diversión, salió de la editorial. El mediodía en la calle Balcarce se presentaba ameno, se desvió hasta la plaza Dorrego y allí estaba Defensa, libre de los turistas que fotografían todo lo quieto, filman lo que se mueve y compran cueros y óxidos. Con los 100.000 B.S. del adelanto en el bolsillo (más el reintegro de los 12.000 por el boleto de avión que él mismo, supuestamente, había desembolsado) se sentó a almorzar un vacío con un tinto, sonaba "Mensaje en una botella" de The Police y en el conventillo ahora shopping de enfrente un yuyo crecía desubicado en el tope de la pared. A todo le encontraba alegorías. Espero que alguien recoja mi mensaje. Mensaje en una botella. Message in a bottle. En un San Telmo siempre sonando a tangos, para él cantaba Sting y ambos esperaban que recogieran su mensaje, I hope that someone gets my message in a bottle. Estaba contento, había pasado la prueba: había escrito un libro contra el poder, como consecuencia habían intentado asesinarlo, lo dejaron por muerto (Walking on the moon..., pusieron todo el cd), y lo llamaron de la misma editorial para darle el mismo trabajo. Nadie lo creería. Era tan insólito como caminar por la luna con Sting.

Seguía británico, ahora recordaba a Chesterton, mientras le ponían ante sus ojos el suculento vacío y el vaso a tope de tinto que le hubiera gustado compartir con Gilbert Keith. En una novela del gordo colorado, los protagonistas son encerrados en un inexpugnable manicomio. Es la cárcel perfecta. El mismísimo demonio los ha condenado allí. Pero alguien retira un tornillo medio flojo de la pared y la prisión se descalabra. Las puertas se

abren. Y son liberados.

El vacío estaba realmente a punto. El tinto de la casa tiene un dejo a infancia, a aquellos vinos de la viña que los viejos compraban en la costa. Un dedito con soda y toda la espuma. Ahora, puro, viste el bocado sabroso. Un pan como un cielo prolonga los gustos en la boca distendida, que en plena sal ya sueña con el futuro flan con dulce de leche.

El bravo mundo seguía siendo extraño: como entró un contingente de wasps chamuyendo inglish, el parrillero cambió el cd de Sting por uno de tangos. Rara lógica. Mina que fue en otro tiempo la más papa milonguera y en esas noches tangueras fue la reina del festín, ya no tiene pa ponerse ni zapatos ni vestidos... Y los yonis sonrén. Te conquistaron con plata y al trote viniste al centro, al diablo fue la alpargata, qué hacés tres veces qué hacés. El gordo parrillero-mozo-dueño les lleva unos chorizos de ayer (sobrantes de completas-para- dos-a-19 Bonos Supremos) y le guiña con cara de yankis go home (sin sospechar su doble identidad). Rivero también canta alegórico: Me engrupiste tan debute con el cuento e la tristeza, pegabas cada suspiro que hasta el papel de la pieza se descolaba de a poco. De fiesta en el extranjero a los turistas les dio por pegarle al alpiste, y el gordo (se bate, se chamuya, se parola, se parlamenta reo como grilo) facturaba, más puntiagudo que zapallo angola. Eran unos bonchas boleaos, pagaron sin chistar y mientras se retiraban alegrones y sacándose más fotos, Rivero se despedía con Tirate un lance, qué hacés en casa mirando fútbol, televisión. Tiráte un lance la suerte es loca como la boca de una mujer. El mundo ya está frito como el tocino, los yankis tiran bombas, chiya el Vietcong, los rusos pa la luna van en camino y vos seguís yugando como un león. No ves

che Policarpo que el que pierde es el que cincha y suda para comer, prendéte en un final de bandera verde si no te salva un pingo quién lo va a hacer, tiráte un lance la suerte es loca, como la boca de una mujer.

## **DARK SIDE**

Apenas pisaron los adoquines, apenas sacaron la foto de la vidriera con parrilla y mesitas de pino oscurecido con brea y querosén, el gordo sacó a Rivero y puso Pink Floyd. La verdad es compleja, baby, the truth is complex, nena, y la situación ameritaba otro vaso repleto de tinto frutal más unos típical chinchu-guts. Y ya el flan vendría con su dulce de leche cabalgando altivo sobre la eterna llanura. Por ahora era el reino de la sal y la mixta. Una de radicheta y ajo cayó por error del deus ex machina ante sus garras deseosas de sabores fuertes. Era para la mesa cuatro, y bueh, que se jodan, aterrizó en la dos. Loado sea el mozo sobrepasado de pedidos urgentes. I like to be here... my bones beside the fire. Está todo bien la ensalada y el pan de salvado, pero hoy viva el colesterol malo malísimo, vivan la tripa gorda y las fritas, juiira el yogur descremado con frutas patagónicas, huid del atún en agua y la manzana, ivade retro light! Vengan a mí todas las grasas del mundo. All together over me. Just now el chimichurri. Rock and roll del chicharrón. Porque hay que festejar. Rock and roll del chicharrón. Dos matones enviados por los poderosos, cuatro tiros a un metro y sin embargo la vida continúa sin raspones. Mozo, otro tinto por favour. No, nou soda. Desde afuera tipos de bigote, con mucha cara de agentes

del Supremo, lo miraron. Pero sabía que la suerte estaba de su lado, en las carpetas de ellos no existía, estaba muerto. Ahora tenía trabajo de nuevo (el mismo) con otra identidad: un supuesto californiano delgado y con piercing. Algún tornillito nabo se había descolocado en el sistema y él salvaba así su vida, oh Gilbert Keith, the world's nuts.

## **CUARENTA Y DIEZ**

Uy Dio, se pudrió todo, loco. Me estoy tomando otro de la viña, ivoto a la Isla Paulino!, y el Parrilla me pone al Sabina. Se miró para adentro y estaba tan divertido que se contó chistes a sí mismo. Un siete en el corazón y un mar de dudas. El matón que me quiso matar no es todavía monaguillo. Tanto se ríe solo que el parrillero, obviamente pateado tras los setenta, quizás ex estudiante de psi devenido bolichero gracias a la anterior junta de Supremos, se sonríe con él, se sirve un vino y lo levanta en brindis a la distancia. De coetáneo sufrido superado, a coetáneo sufrido resucitado. Pero ya no era ayer sino mañana...-dice Joaquín- y la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido.

Una patota de uniformados, afuera, corre a un pibe con tatuajes prohibidos. Dos frenan la carrera y se desvían para golpear a otro que tiene un peinado también prohibido. El piercing y demás perversiones solamente se aceptan, y festejan, en extranjeros metropolitanos. Únicos citizens que tienen permitido incluso llevar un plumero in their asses.

Tres vinos de la viña, adentro, me mezclan ya los versos del



aguardentoso Joaquín. Si te sale un grano en la nariz, si te mete cuernos la ciudad, vacunáte contra el miedo. Si te ríes para no llorar, si te pide coima el porvenir, si agoniza el rey del carnaval, si te privatizan parte del corazón, si no juegas nunca de local, si el laburo ingrato te afaná la ilusión, no necesitás permiso, vamos a hacerte el humor con el flaco y el petiso.

Pero no, no, no. Despertó. ¡Con el petiso, no! Con el maldito enano supremo trucho, no. Y tal como el chasquido de dedos del hipnotizador, la palabra enano lo volvió snapping del leve ensueño etílico-sabínico a la puta realidad enanosa.

El maldito supremo era capaz hasta de desencantar la música. Y volver la perla carbón. Había llegado, pues, la hora del flan con dulce de leche, mucho dulce de leche. Inmediatamente vendría el café grande. Pero el gallego no se rinde y como te digo una cosa te digo la otra. Y luego las tres horas de la digestión, hay que ver que mal rato, pero el niño no me quiere comer. Tienes mala cara. Y los curas, esos ni en pintura. Pero a tí qué te voy a contar. Dios, las dos y veinte, qué charla te he dado. Como te digo una co te digo la o. Como te digo una co te digo la o. Como te digo una co.

Pagó y salió a la tarde soleada de Defensa, llevaba en sus oídos la más maravillosa música que es la música escuchada con tres vinos, parrillada y flan. La boca toda empastada del dulceleche que se irradiaba hasta el cerebro mejorando la sinapsis, y el último tema de Sabina del seso al talón con sus diecinueve días y quinientas noches.

### **LUNES 3 P.M.**

En la esquinita de Bethlem y Anselmo Aieta, incrustado en la Plaza Dorrego, un flaco con guitarra y lata para monedas tocaba temas de Charly García, y variaba sin problemas a un tango legalizado cuando algún guardia del Supremo se acercaba a la región. Iba y venía de Taquito Militar a las heridas son del oficial. Y si se demoraban los ratis, les embocaba la Marcha de San Lorenzo, avanza el enemigo a paso redoblado al viento desplegado su rojo pabellón, y chau, se los metía en la bolsa. A pocos metros una pareja bailaba un mamarracho for export con quebradas, quebraduras y con tal revoleo de patas que más parecía rock de Elvis. Kung Fu, ihiaaaa! Y fritaba la victrola.

Empurpurados jóvenes, pelo corto, barba candado, se dirigen en orden al predio municipal de lapidación. Son los hogueritas -fracción ortodoxa desprendida del catarismo-, bajo la tutela del filósofo-mago Hoguer, el de la valija. Hoy, caerán bajo las santas piedras de los puros, un par de Magdalenas, Catalinas Bahías, Franciscas, Rosettes. Todas apedreadas, como un gorrión, pajarillo pardo que vuela de rama en rama y de balcón en balcón.

Un café, un café, mi vida por un café; y se sentó a una mesa en la vereda. De adentro salían milongas compadritas, enfrente danza hollywoodense y un sui generis serú fito baglieto. Llegaban también los raros ruidos de percusión que emitía a casi una cuadra una viejita medio chapa. Era una de los tantos que habían quedado fuera del sistema, una vieja de sobra, una Restante. De vez en cuando Los Sicarios del Supremo los cargaba en sus carruajes y los tiraba erre con erre por el empedrado no sé sabe dónde. Algunos volvían idos (oh, retruécano jano doble faz)

y con un repertorio más prolijo.

El mozo trajo un jarrito humeante y oloroso. Dieron las tres. A esa misma hora, aproximadamente seis meses atrás, lo dejaron tirado por muerto, después de arrebatarle el rollo de papeles que ahora tenía de nuevo ante la vista (también le robaron bastante dinero, un par de relojes). Lo abrió al azar, descorriendo la gomita, la misma gomita de farmacia, aaahhh el deleite erótico masturbatorio que tal procedimiento ocasiona. Y leyó, al azar:

*En su tren privado llegó Francesco Micro, el empresario del reino. Desde los tiempos en que, recién transformado el Supremo en Enano, se cediera la gestión estatal a grandes capitalistas, una gigantesca reforma ocurrió con los ferrocarriles. Las líneas dejaron de cruzar por olvidables y deprimentes puebluchos provincianos para concentrarse en las zonas altamente urbanizadas. Como así también daban pérdidas, se decidió utilizarlos en forma no ya privada sino muy privada. Por eso se conservaron y mejoraron exclusivamente los cursos que unían los puntos imprescindibles, es decir, las mansiones de Francesco Micro con los cascos de sus estancias, más la Casa del Gobierno y una salida libre al puerto. El servicio desde entonces había mejorado notablemente, la locomotora de última generación desplegaba una velocidad asombrosa, el vagón comedor era cinco estrellas y su cocina estaba a cargo de los mejores cheffs. El vagón dormitorio tenía jacuzzi...*

Salteó unas hojas y continuó leyendo:

*Aunque el Supremo ya estaba informado de la entrevista con Micro, las bengalas que despedía la locomotora como aviso, le confirmaron la pronta llegada. El encuentro fue afectuoso y breve, intercambiaron como de costumbre algunos regalos. El Enano le facilitó una virgen de su harén, casi una niña. Y el empresario le retribuyó con una hermosa doncella de piernas muy largas y cabellera rubia tal como le gustaban al gobernante. Francesco quería obtener la concesión de la fábrica única de calzado. Tras acordar los porcentajes, comisiones y menudencias legales, se procedió a la firma de los contratos. La nueva fábrica daría trabajo a quinientos niños, doscientos cincuenta testeadores de calidad, noventa supervisores para los turnos rotativos y cincuenta operarios empaquetadores mayores de trece años. Los más jóvenes aportarían sus cuerpos para las pruebas de calidad que consistían en cumplir con las normas internacionales de verificación de durabilidad y ajuste de los distintos modelos de calzados, deportivos o de vestir.*

*Los niños eran colocados en las banquetas diseñadas para tal fin y recibían de parte de los testeadores (jóvenes y adultos realmente robustos) las pateaduras, pisotones, aplastamientos, taconeos, voleos, tacazos, planchazos, puntinazos, coces, patadas voladoras, chanfles y tres dedos correspondientes durante las doce horas del turno en distintas partes del cuerpo: traste, entropierna, tobillos, rodillas, hueso poplíteo, estómago, codos, lomo, brazos y cabeza. Los testeadores, de riguroso uniforme, constataban cada raspadura, mancha o rotura que se le producía al calzado y anotaban minuciosamente la tolerancia a los golpes, cantidad de horas de prueba y regiones corporales que más afectaban a cada bota, zapato acordonado, mocasín, zapatilla. A*

*medida que se desmayaban los P.R. (probadores de resistencia) eran reemplazados por otros para que el break reglamentario de quince minutos les diera tiempo a reponer fuerzas. Todo bajo la mirada de los supervisores propuestos para tal fin por las entidades gremiales.*

*El Supremo consiguió además que se les diera un día libre por mes a los menores de doce años para que pudiera descansar en las moradas especiales. En realidad había sido una sugerencia del filosofato transmitida por Hoguer, el del Jopo y la valija, e ideada por Grasiela, el invisible.*

*En otros países hay maquinarias que realizan esas tareas pero tanto el Supremo como sus ministros y asesores y el cuerpo colegiado del filosofato sacro opinaban que con su utilización se deshumanizaba el trabajo por pérdida de operarios. Además, en el reino del Enano hay concepciones muy particulares con respecto a la ciencia. Por ejemplo: no se cree en la teoría de la gravedad, ni en el metro patrón ya que el Gran Libro no los menciona. "Y lo que no está en el Gran Libro –ha dicho Hoguer-, no existe." Pero no todo es convicción trascendente, también se hicieron comprobaciones experimentales: una vez el Supremo logró elevarse treinta centímetros del suelo sin artefactos ni arneses. En otra ocasión varias personas que estaban acampando junto a un lago vieron rebotar una piedra en el agua. Y la creencia en una medida universal conservada entre algodones en una capital extranjera, era considerada un atentado contra las libertades individuales. "Para mí, un metro mide noventa centímetros", dijo EGB. "¿Y cuánto mide exactamente un pie, eh? ¿o acaso no existen distintos talles, eh?" agregó convincente. Por lo tanto se*

*concluyó que no existen las leyes universales y que cada ser humano será juzgado según distintas variables. No es igual, por ejemplo, la pena por estupro, mamada automotriz, sodomía, pederastia, prebendas, coimas, coimetes, coimines, aprietes, apretes, etc. llevados a cabo por integrantes o favorecedores del gobierno que por los simples mortales. Porque la inmersión en los problemas del Arriba generalmente hace olvidar o confundir los problemitas del abajo. "Recordad, dijo el filósofo sacro, el caso de Tales de Mileto quien por observar el cielo, cayóse a un pozo. Así va la vida de los seres superiores: observamos los movimientos metafísicos del Reino y obviamos las preocupaciones inferiores, las ataduras. Pues liberarnos de ellas nos permite volar. Lo que prueba, de paso sea dicho, la inexistencia de la así llamada ley, je je, ley... de la gravedad". Un conmovido, especialmente conmovido gabinete en pleno, aplaudió y felicitó al aurispice, al moderno Tiresias, por sus sabias palabras. El Supremo sea loado. Y para demostrar en qué grado de aceptación las tenían sumiéronse de nuevo, con renovados bríos, en sus habituales jornadas de conocimiento profundo del otro y/o en recolección de beneficios para la corona (también conocidos antes de la reforma del Gran Libro por los nombres de sodomía y prebenda).*

Volvió hacia las primeras páginas y leyó, a vuelo de pájaro medio beodo, distintos aspectos sobre la muerte del Gordo Supremo y cómo renació en su nueva forma de Enano Supremo. Páginas después –mientras jugueteaba con la gomita en su muñeca, como si fuera un raro condón sobre un súper miembro– leyó un poco más sobre el gran Cónclave de Arzobispos y la Reforma del Libro Sagrado (para adecuarlo, obviamente, a los

tiempos que reptan por el Reino). Se estaba divirtiendo con la lectura de algo que él mismo había escrito, como otro (aunque en realidad "otro" era él ahora). Pero el mozo lo distrajo cordialmente:

-Eeestee... pay me, please. I change thee... turno. Excuse me.

-Of course. Keep the change... Quédese con (simuló)... con el...cómo digo... cambio. Y otro café.

-Yes, thank you, míster.

Estaba aún en los alrededores de la editorial, una zona plagada de agentes del Supremo, de manera que era muy conveniente, según creía, mantenerse en su personaje de californiano delgado, con arito, remera de la NBA y mochilita artesanal de cuero. Guardó los papeles (nuevamente la gomita corriendo lúbrica sobre el rollo fálico de papeles -llevaba una larga abstinencia).

## **EL OLOR A COLONIA BARATA DEL AMANECER**

Hoy en el diario no hablaban de mí, aquí al sol sonriente y estimulado por la trífeca de vinos y la llave de vidas. En la radio no hablaban de mí.

Pero sí habían hablado cuando lo mataron. También, no era para menos, haberse metido con el poder y con todos los poderosos. Ni siquiera podría tomarse por realismo mágico. Era claramente realismo trucho, pues todo es trucho en el mundo del enano. "Afortunadamente fue capturado y ultimado el terrorista...", instalaban el periódico único, la radio única y el único

canal. Y mostraban un cuerpo. Era el de él. ¿Pero si él estaba vivo y tomando sol en San Telmo todavía seis meses después? ¿Cómo podía ser? Fácil maravilla del poder del Supremo. Obviamente lo habían clonado. Por supuesto. Necesitaron un cuerpo con su cara para mostrar lo que le ocurría a un opositor. No encontraron su cuerpo y generaron otro igual a partir de algún pelo o migaja. La sobreexcitación de los matones llenos de blanca les impidió notar que no habían dado en el blanco (perdón). A un metro, fallaron el primer tiro y vaciaron el cargador en la misma dirección. Recogieron el rollo con sus escritos, algún que otro elemento de valor, y se fueron a comer las free pizzas. Él retornó bruscamente de su estupor y huyó por ahí. En su cuarto sólo quedó al amanecer, el olor dulzón a colonia barata de los sicarios del Presi.

### **Sm7 (SÍ MENOR SÉPTIMA)**

Una canción más para poner las penas y el dolor entre paréntesis. Había pasado aquella mañana con extrañas sensaciones equivalentes al anticipo de la gripe. Un leve dolor sostenido en las coyunturas y dos días después la fiebre. De la misma manera, percibía algo en el aire. No necesariamente una premonición. Tal vez sería una simple consecuencia de sus últimos movimientos. Tomó la guitarra y acompañó sus pensamientos con la neutra actividad de afinarla (LA=LA). Y concluir con un placentero Mi-la-re-sol-si-mi. De arriba hacia abajo. Y el extraño mi-si-sol-re-la-mi, de abajo hacia arriba. Y pensar en nada. Fluir. Luego, como precalentamiento el derrumbarse de la escala, desde el grave mi hasta un la agudito. Y los dedos directamente



conectados al cerebro van produciendo sorpresas al mismo intérprete. Uno se cree (Sim7) que los mató (M7) el tiempo y la ausencia (LA7+), pero su tren vendió boleto de ida y vuelta. Algo había disparado la canción del Nano desde su inconsciencia. ¿Tal vez las palabras: tiempo, ausencia, tren? Quizá el sonido melancólico. Vaya a saber. Una (DO) mujer se ha perdido (ay, ay, corazón) (REm7) conoce (Mim) el delirio y el polvo (FA) se ha perdido esta bella locura su breve cintura debajo de mí, se ha perdido mi forma de amar, se ha perdido mi huella en su mar. Esto sí, pensó, es evidente, concreto, reciente. Fácilmente conectable. Y para exorcizar la pena, para ponerla entre paréntesis, se concentró en los acordes, arrancó de nuevo. Con el acorde SOL (se ha perdido) sintió un ruido afuera del departamento. Luego el DO de esta bella locura y la puerta que se abre bruscamente. Breve en FA y aparecen los dos tipos, con la cintura en sí menor séptima sonaron los disparos y todo fue negrura y silencio.

### **DRINK TO ME, DRINK TO MY HEALTH**

Cuando recobró la luz, cuando se reinició su sistema, extrañamente recordó la clásica mueca de Einstein sacando la lengua. ¿Hacía burla al error de los asesinos inimputables? ¿El tiempo que se había detenido provocando un raro hueco de minutos lo confirmaba en sus teorías? ¿Cómo todas esas balas se habían tomado el trabajo de esquivarlo? La segunda imagen fue una escena, casi una fotografía, de Pulp Fiction con los dos matones (Vincent Travolta Vega y Samuel...Algo) observando la

pared perforada a sus espaldas. Pero él no se haría pastor Jackson, definitivamente no. Sabía que en el Reino del Supremo todo era posible. Era posible que a unos metros, cuatro balas de profesionales del tiroteo, no atinaran en un cuerpo de noventa kilos y cinco con ocho de estatura, simplemente escudado tras seis cuerdas y maderitas lustradas. En una cabeza normal, habrían saltado los resortes del pánico. Spring, spring! Pero su esqueleto intelectual, lleno de palabras, acordes y colores, recurrió a Dalí. Extrañamente se vio, como si estuviera fuera de sí mismo; vio la escena como un director-actor se ve al desdoblarse en sus roles. Y ahí estaba, fondo y figura, él sentado adelante con la guitarra cruzada y un toallón sobre los hombros, recién duchado, y detrás de él, una cortina, una mesita oscura, la sombra de esa rama del fresno, su imagen cabeza recortada por la luz de la lámpara contra el vidrio sucio. No era el grito pánico de Munch. Era el busto de Voltaire, el busto invisible de Voltaire apareciendo en el mercado de esclavos de Dalí. Era la metamorfosis de Narciso; y los sicarios not guilty habían asesinado una composición. "Hay que provocar sistemáticamente confusión, esto da rienda suelta a la creatividad. Todo lo que es contradictorio da lugar a la vida", había dicho el Salvador.

Su cuerpo no fue enfocado por los criminales, tal vez el vidriado alcohólico, tal vez el dilatado cocaínico de sus ojos, los había confundido y vieron detrás. Lo armaron un metro a sus espaldas sobre el vidrio sucio de la ventana: la rama se hizo mango, y la cortina, toallón. Y vieron el fondo como si estuviera al frente. Tras el error del primer disparo, automáticos salieron los demás en línea. La silla carrefuriana cedió cuando él en autodefensa cargó todo su mole sobre la izquierda y atrás, se

abrieron las patas plásticas, y el cuerpo se desmoronó como el de un muerto. Perfecto, todo era verdad, verdaderos los tiros, la caída, la destrucción. Verdadero el cuerpo yacente. Sólo la combinación era extraña, confusa. Lo suficientemente verosímil como para que las mentes embotadas de dos seres habituados al crimen, mecánicamente aceptaran que él estaba muerto, mecánicamente recogieran el rollo de papeles (más algunos valores) y se fueran, sin prisa. Cada uno confiando que el tiro de gracia en la nuca o en medio de la frente, lo había disparado el otro.

Media hora después vendrían Los Limpiadores (y ahora recordaba a Harvey Keatel), pero el cuerpo ya no estaba. Su cuerpo, con su aliento apenas recobrado, latía escondido dentro del tanque de agua en la terraza. A oscuras, en el bálsamo de un extraño spa, solo consigo mismo. El agua salvadora lo protegía como un líquido amniótico. Apenas la nariz afuera, los ojos cerrados y el resto bajo el nivel. Una gota rítmica le servía de punto de concentración y vacío, corría desde la válvula por el soporte hasta el flotante cayendo casi en el centro y formando un levísimo anillo de ondas que le mimaban el pelo. Pasó quizás toda la noche allí, semidormido, enervado por la placidez del agua más el silencio más la oscuridad. Un filito de luz se coló por un rinconcito de la tapa del tanque. Tras el obligado bautismo salió hombre nuevo, movió apenas el disco de fibrocemento de aproximadamente un metro de diámetro, asomó la cabeza como en un parto y lentamente pujó y saltó al mundo exterior, empapado, chorreante de agua tibia, con los ojos llenos aún de las imágenes de la última noche de su vida. Si para Edgar Allan Poe la cucheta de un barco fue tumba prematura, para él el tanque de

agua fue parturienta póstuma. Recordó la puerta pateada, las luces de los disparos, luego los estampidos (relámpagos y truenos), recordó vidrios rotos y la silla rota, y él, sano. Recordó las imágenes de Einstein, Pulp Fiction y Dalí y cómo huyó hacia el techo vecino en calzoncillos saltando por la ventana y cómo se introdujo en el depósito de mil litros para pasar la noche y el peligro.

Debía regresar. Espió un breve instante y pensó que el azar lo ayudaba: si habían confundido un reflejo en el vidrio y una cortina con su cuerpo y su toalla... entonces, para qué tomar excesivas precauciones. Saltó hacia su ventana y entró a la habitación hecha despojos, su ánimo más corvo y menos fuerte. Y no halló cosa en que posar los ojos que no fuera recuerdo de la muerte. La muerte precoz de su mujer, la muerte de su vida anterior. En el piso alfombrado de restos, brillaba un arito dorado que había sido de ella y, antes, de la abuela de ella. Quizás único vestigio material, después del pillaje de valores que hicieran los sicarios. Lo recogió, se vistió torpemente con un jean y una remera, zapatillas, y juntó en una mochila una muda, medias, un abrigo. Ya tenía medio cuerpo fuera de la ventana cuando recordó a Dalí. Regresó hasta la libreriecita de pino, y del libro de reproducciones arrancó la hoja del Mercado de Esclavos y huyó.

Repitió gestos de distintos pasados. Robó una bicicleta y se subió al tren. Luego más bicicleta y más trenes hasta el pueblo con río donde había pasado un aniversario de bodas con ella. Cruzó el puente enorme con la emoción de ver el ancho río desde lo alto y ya en la otra orilla se sintió seguro y más melancólico. Las imágenes de ella sacándole fotos desde el asiento del acompañante, él mirando de reojo, ella buscando ángulos del río,

el puente, su perfil, el volante, el mundo. Entre risas y los temas de Drexler para entrar en clima oriental. Ahora solo, absolutamente despojado, en bicicleta –como los trabajadores que van de orilla a orilla. Únicamente los recuerdos pegados a las uñas y los dientes, a los dedos de los pies que la tocaron por años en el fondo de la cama –tan los dos sin hijos- como un salvavidas de la vigilia y del sueño. Solo, en bici, en otra ribera. Con una mochilita y un arito de oro y un anillo de boda (el de ella; el propio lo vendió en Constitución). Siguió pedaleando hasta el cruce de rutas, en un camión fue hasta Young y en una vieja camioneta hasta las afueras de Colonia. Había estado dos veces allí, había leído con pasión a Levrero, así que se sentía seguro, en casa. Habían caminado tanto por la ciudad vieja, por la playita Ferrando. Habían mirado su país desde ese otro lado, como reconociéndose en los rasgos de un hermano. Y ahora se veía viendo antes. Y se veía solo, muy solo, ahora.

Llega a un prado vacío, un país con el nombre de un río, un edén olvidado, un campo al costado del mar. Pocos caminos abiertos, todos los ojos en el aeropuerto. El olor de la tierra mojada, la brisa del mar.

En el Albergue -donde años atrás había leído con fruición los tres tomos de Las mil y una noches- había lugar. Una enorme habitación con baño a compartir, quince minutos de internet por día y bicicleta gratis (entonces vendió la “suya” y obtuvo el equivalente a dos días de alojamiento económico). Administraría con suma cautela su dinero. Abrió una nueva dirección de correo con extensión solamente com, revisó la anterior, tan anónima como esta nueva pero menos paranoica, y pasó todos los documentos de una a otra, poniendo primero un pie virtual en un

puente lejano. Algo como un plan empezó a prefigurarse en una cabeza que tenía todos los días libres.

## **QUIEN QUIERA OÍR QUE OIGA**

La enorme habitación antigua del Albergue Español no alcanzaba a contener toda su soledad. La imagen de ella, el roce del pelo que le hacía siempre cosquillas, su paso rápido, sus frases empezando con un suave no. La enorme habitación antigua. Obsesivamente la recorrió, la palpó. Allí había estado con ella. Sus cuatro metros veinte por cuatro con doce daban diecisiete metros cuadrados con treinta centímetros. Allí había respirado de los 68,40 metros cúbicos de aire: exactamente treinta y cuatro con veinte para cada uno. Y ahora, que todo era para él, que podía disponer de sesenta y ocho metros cúbicos con cuarenta, se ahogaba.

“Pongo mi fuego en tus manos”, le había dicho ella casi en despedida una de las últimas noches de hospital. Había conservado hasta el final el leve gesto de entrecerrar los ojos e inclinar levemente la cabeza hacia su mano mientras la acariciaba. Un blando mohín. Y luego murió. Y a él le creció esta soledad y esta furia que ella acotaba. El espacio se llenó de su vacío.

Había sido –y seguía siendo, bajo otra forma pero continuado por el Enano- un plan monstruoso de Los Supremos. Probablemente habían experimentado antes con algunos personajes altamente peligrosos para sus intereses (como por ejemplo Evita). Consistía en inocular en una revisión médica

rutinaria, un elemento desconocido que con la sola exposición solar se activaba y se manifestaba como un cáncer fulminante. Decían, los más fervorosos seguidores de La Teoría Del Complot, que el procedimiento que los bioquímicos alemanes no habían podido desarrollar por el fin de la guerra, había sido puesto en práctica por los del Norte con la esposa del viejo líder en España, cuando ella estuvo allí poniendo nervioso a Franco. Eva era el motor, él la sonrisa; así, destruido el principio activo femenino, la sonrisa se convirtió solo en mueca.

Los Primeros Supremos, brutales como eran (y ensayo de más sutiles tiranías), ni siquiera se tomaron el trabajo de la inoculación y mataron directamente hasta en las calles a la luz del día y con las insignias y la gorra y el uniforme de Supremos puestos. Con la llegada del Enano, el sistema se perfeccionó, ya por habilidad del tirano, ya por los avanzados estudios de las universidades metropolitanas, o bien por ambas cosas coincidiendo en el tiempo; y raros eran ahora los ajusticiamientos en público como en el pasado (salvo las aleccionadoras lapidaciones hogueritas) porque los científicos del Enano habían diseñado un sistema de salud que protegía a la población de las enfermedades más comunes, y a la vez detectaba individuos peligrosos para el sistema y les inoculaba el virus. La población, en general, alababa hasta el grito este procedimiento de preservación sanitaria y las pocas voces críticas que se alzaban eran claramente desoídas -por considerarlas extremistas frente a la desaparición de la gripe, las enfermedades venéreas, los hongos y la pediculosis (al menos eso había ocurrido durante el primer mandato del Supremo Enano -cuando no lo era, sino Supremo Gordo-; luego el olvido, la desidia y especialmente el

clin-caja con los dineros destinados a salud, habían resucitado las muertas pestes y mantenido con vida inútil las viejas suposiciones populares.)

Y él sabía que su mujer no había sido fácil oveja de manada, ni en el barrio lleno de enanistas, ni en el aula estructurada para el mantenimiento y la repetición gestual. Recordaba que ella resistió cuanto pudo la O.R.A. (orden de revisión anual). Y recordaba con dolor cómo comenzó a decaer rápidamente después del "chequeo"; él, en cambio, fiel a su costumbre, había truchado un certificado, zafando de su obligación y de la muerte, y que por eso habrían recurrido al más primitivo y supuestamente más efectivo método de vaciarle el cargador.

Ahora, mirando la mal recortada reproducción del cuadro de Dalí, que pegara en la pared bolseada del Albergue, notaba que la inmensidad desolada de habitación, allí remitía, allí entre el busto de Voltaire y los extraños que lo rodeaban, su soledad se comprimía dejando espacio a algunos otros sentimientos. Entre ellos, la furia. Una serena, obsesiva, metódica furia.

## **YA ESTÁ EN EL AIRE GIRANDO MI MONEDA**

¿Casualidades? De mil millones de hombres que derraman sus millones de espermatozoides que prenden en uno solo de miles de millones de óvulos, había nacido él. Mi nombre es randomize. ¿Qué podía sorprenderlo, qué azar asombrarlo? Y así ocurrió que compartió el uso del baño, y alguna cerveza en el comedor, con un californiano alto, colorado y simpático actor, periodista, que también venía yéndose de su país por alguna clase



de hartazgo que dejó traslucir pero no reveló. Había pasado unos días en el reino del Enano y estaba de paso para Brasil. Después de un par de semanas de amable charla bilingüe, el norteño se fue. En un rincón del baño encontró caído –o abandonado- el pasaporte.

Quería volver al Reino y vengarse. Aún no tenía los detalles. O mejor dicho, sí los tenía, pero desarmados como en un puzzle. Miraba las piezas y creían vislumbrar la imagen completa, pero faltaban uniones, aún necesitaba tocar finamente los bordes de las partes, probar, mover, rotar. Caer en vértigo, sonreír y festejar apretando la mano de alegría y satisfacción.

El pasaporte. Su perfecto inglés. Un cierto parecido y un arito de oro. Ese costado del rompecabezas comenzó a figurarse. Con el fervor que da encontrar un objetivo o una idea fija, en medio del vacío y la soledad, se puso en marcha. Como el prisionero que hace un largo túnel más que para huir, para olvidar su cotidianeidad. Primero con un poco de hielo, alcohol y un corcho, se perforó la oreja y se puso el legendario piercing. Debía bajar unos veinte kilos. Invirtió, recordando algo tan real como una película, en treinta latas de atún en agua para hacer la dieta del maquinista. Todos los días, 180 gramos de pescado y una manzana; todos los días, una hora –por lo menos- trotando por la playita Ferrando. Obsesivo y literario, iba armando un personaje. Buscó en internet un mapa de California, eligió una ciudad, San Diego, una calle, de la Reina. Leyó sobre el transporte, el parque Balboa, nombres concretos de calles, barrios; distancia al mar, distancia a la Universidad de Berkeley. Con el google-map, pese a la lentitud del servidor del albergue, pudo ver los techos de las casas, los árboles, la gente detenida.

La soledad y los recuerdos volvían voraces, y él salía a correr, a escapar como de una jauría. Aullaban a la distancia, pero rápidamente lo acosaban. Corría y para huir de la tristeza que le comía los talones, ideaba planes, ridículos unos, graciosos otros, irrealizables todos. ¿Convertirse en hombre bomba y acercarse a saludar al Enano... de dónde sacaría los explosivos adecuados? ¿Un chacal con un rifle de largísimo alcance...? idem locura antes mencionada ¿Envenenamiento...? Y a contar, llenarse de números la cabeza para desocuparla de penas. A cien calorías cada diez minutos, era cuenta fácil corriendo y agregando ceros. Ciento treinta y cinco latidos por minuto, en una hora, sesenta minutos, sesenta por ciento treinta y cinco. Seis por cinco, treinta, dejo el cero, llevo tres; seis por tres dieciocho, más tres, veintiuno, pongo uno... Y fueron pasando tres minutos casi sin recuerdos de dolor. Luego contar los árboles, los pájaros, las idas y vueltas de las olas: llegan, se retraen, llegan, se retraen, ella amaba el frío del agua. Sesenta por treinta y cinco, ella amaba las palabras y me cedía los números. Sudor que cae de la frente, aceleración violenta del paso, sudor que cae con más fuerza pero no drena las lágrimas que se adhieren a los ojos como lapas a la piedra que lame el mar.

Solamente la furia, la idea de venganza, mitigan en parte el dolor porque admiten la misma fuerza de pasión, las mismas lágrimas e idéntica apertura al grito. La emoción violenta ensarta veinte cuchilladas al ser que amó. Y en la playita Ferrando, fuera de temporada, él corría y gritaba. La inercia del dolor se volvía (es un decir) magnicidio.

Pero el día no podía llenarse con trotes y elongaciones, más alguna zambullida al río, más pedaleadas kilométricas. Volvía al

Albergue, abría el candadito de su habitación, se daba un baño ritual y se arrojaba a llorar sobre la cama. Varias veces, la dueña le pidió ayuda con algún extranjero. Tradujo y entretuvo a algunos turistas con triple efecto: ocupar la cabeza, ensayar su personaje y ganarse días de alojamiento gratuito a cambio de los servicios prestados. Desde un cyber triangulaba para leer sus casillas como si estuviera en la Universidad de Berkeley.

Cuando le llegó el mensaje desde Buenos Aires, dirigido cómicamente a un tal Serial, primero temió una trampa, pero inmediatamente se dio cuenta de que en los sistemas complejos, muy complejos, las soluciones son simples. De las anfractuosidades del laberinto más monstruoso, se sale con un piolín de barrilete.

“Sr. Serial, tenemos un trabajo de corrección y revisión para ofrecerle. Además nos gustaría conversar con usted sobre su proyecto sobre los asesinos famosos. Suponemos que está ud. en su País, pero nuestra Editorial se haría cargo de todos los gastos. Nuestro proyecto ha conseguido importante financiación Gubernamental...”

¿Serial? Claro, había dejado una propuesta: hacer una versión en castellano, o bilingüe, sobre los asesinos seriales, serial killers. El asunto del viejo mail quedó titulado como Serial, en la respuesta, algún agotado/a secretario/a lo había tomado mecánicamente como nombre o seudónimo. Se lo/la imaginaba enviando el mail mientras estiraba el brazo izquierdo en pos de una croissant precolombina o un yogur posmo light. El trabajo consistía simplemente en bajar de internet y seleccionar material sobre los asesinos masivos. Entró en su depósito y volvió a revisar

lo que había reunido en aquel entonces:

“Welcome to my site. It has taken me numerous hours to complete and I hope you with the information you may be intertested in...

Mass Killers (así, con mayúsculas) attack schools, universities and restaurants (algo repiqueteó en su sesera) believing it to be a place for a maximum kill effect...

Serial Killers are different. They can usually go up to years without being caught and when they are caught its usually by the weight of evidence against them, or sometimes they can get caught by chance like the Yorkshire Ripper. They prefer to stab or strangle their victims and sometimes shoot them like David Berkowitz. A menudo (a esta parte ya la había traducido) coleccionan trofeos o dejan pistas de sus crímenes. Algunos prefieren raptar a sus víctimas antes de matarlas como Ted Bundy o Dean Corll...”

Dejó el albergue y se fue a Montevideo desde donde contestó que se encontraba en la capital uruguaya, por cuestiones de trabajo y que “oh, casualidad, ya había comprado ticket hacia Buenos Aires para Lunes siguiente. Si está bien a ustedes, nos encontremos.”

El puzzle se armaba. La composición tema “Soy un yanky que habla español (por spanish) raro”, le proporcionó la primera alegría en meses. Salió a caminar por la amable 18 de julio y se premió con un chivito en la Pasiva. Luego, librerías. La ciudad vieja. Y hasta un paseo en micro. Un viejo Leyland reacondicionado, con boletos originales, recorriendo durante 35 minutos the old town, que le recordó los caminos de la niñez por otras calles, sin grandes penas. Se sentó en el fondo, en el asiento

del sonso; aún conservaban el viejo cuero marrón, desgastado y algo ajado en los bordes por tantos culos y muslos que lo hubieron frotado. El techo era muy cóncavo, las ventanillas más pequeñas. Todo era sólido y tranquilizador como darle una mano a mamá y la otra a papá (incluso la antigua amortiguación le recordaba los saltos al cordón colgado de aquellos brazos: uno-dos-yyy-tres). Siguió, por supuesto, en personaje (no podía saber si algún espía del supremo no había sido enviado a observarlo), dio una generosa propina y respondió You´re welcome.

Tenía algo de dinero (el cambio lo favorecía ampliamente ya que el Enano había equiparado los Bonos Supremos con los Dólares Metropolitanos, Un Supremo = Un Metropolitano, era el slogan. Se vaciaban las arcas pero los gordos y las gordas podían conocer Disney con sus niños gorditos) y se recompensó con la única novela de la trilogía que le faltaba leer. Actuó. Preguntó al librero qué escritores eran los más representativos y lo fue conduciendo con arte hacia donde él mismo deseaba. Los nuevos gestos, que estaba probando, eran distintos y le habían dado mucho trabajo de composición: medidos pero resueltos, nada mediterráneos, nada de aceite de oliva, queso picante y vino grueso; no, simplemente medidos, casi inexpresivos.

Ya con el boleto del buquebús en el bolsillo, se sentó a leer, café mediante.

Primero lo reconoció como objeto, un breve volumen donde predominaba el color amarillo. En letras blancas sobre azul el título (sin tilde), PARIS. En medio una foto del frente del Café Parisien. En la parte inferior, con letras blancas sobre amarillo MARIO, y sobre negro LEVRERO. Hojeó con el pulgar y vio las palabras volando como desde la ventanilla de un tren bala. La

vista y el tacto pegaron un saltito, una leve suspensión de vértigo, cuando el boleto del Leyland que había guardado allí (hecho que no recordaba), lo hizo detenerse entre las páginas 122 y 123. Allí estaba, como un mojón, el trocito rectangular de papel: 43, se destacaba, y muy chiquito, debajo, "centésimos". Lo sacó y lo apoyó sobre la mesa, entre la taza y él mismo. "Administración Municipal de Transportes Colectivos de Montevideo" Y en sentido vertical, dentro de cuadraditos: "Malvin- Rivera y B.Artigas- Comercio- A.Italia y B.Artigas- Belvedere- Raffo- Centro", y a la derecha, de arriba hacia abajo comenzaba en Sayago y terminaba en Larrañaga y Millán, después de transitar Cerro- Afuera- Agraciada B. Artigas. Con delicadeza, como si tratara (y lo era para él) un objeto sagrado, una representación del dios, un tótem, un ícono, lo guardó en otra página, volvió al sitio amojonado que el daimon de papel le señalara, y leyó:

Afuera, sonaba algo como un largo trueno lejano.

-Tendrá que acompañarnos- volvió a decir el de la derecha, pero el jefe no decía nada y me miraba fijamente.

-No veo por qué motivo- me defendí-. Aunque, después de todo, no veo el motivo de nada. Desde que llegué a París, no he podido encontrar nada coherente. Hagan lo que quieran. Estoy cansado.

-¿Extranjero?- preguntó el jefe.

-No sé- respondí-. Al principio creía que lo era, que venía a París por primera vez; luego comprobé, o al menos me pareció encontrar suficientes elementos de juicio como para creer que ya había estado aquí antes. Fue un viaje muy largo -expliqué-. Muy largo.

Los tres asintieron con la cabeza. El trueno lejano se iba aproximando, algo que venía por la calle, y se oían ahora otros sonidos, más agudos.

Cerró el libro y miró la hora. Pagó el café y se dirigió hacia el embarcadero con su nueva mochilita de cuero comprada en la Feria de Colonia, very typical, y París aún en la mano. No quería mirar el río que le salpicaría recuerdos tristes (o felices, pero cerrados, o sea: tristes), se sentó y leyó, durante todo el viaje, leyó, desde "La gran estación está casi vacía" hasta "Me lastimé las rodillas, y me quedé allí, acurrucado en el suelo, riéndome de mí mismo, llorando." Entonces vio las luces no tan lejanas de Buenos Aires. Salió al frío de la cubierta y murmuró "volver con la frente marchita...". Parodió (un desvío, ese otro camino paralelo) la pose y cara de Gardel en blanco y negro y sonrió. Luego recordó otra jornada náutica invernal y otra parodia y otras risas: ella y él imitando en la proa del Anamora, en Mar del Plata, a Kate Winsled y Leonardo Di Caprio, brazos en cruz, melenas al viento, desencajados de risa, ambos con las bocas abiertas al aire helado mirando el Torreón y el Casino desde las olas (pero él no podría salvarla con su sacrificio: lo veía al rubio bonito hundiéndose mientras la amada sobrevivía). Ahora, solo otra vez, volvió a la tristeza del tango.

-Your first time here? -balbuceó alguien a su lado.

Y al responder se convirtió en californiano. Porque al recorrer en la cabeza los surcos de su otra lengua, también era otro: tostado, con el pelo más claro, un arito de oro en el lóbulo izquierdo (como una patente de extranjería); su delgadez lo hacía parecer más alto. Hablar en inglés - así le parecía al menos (y lo

hacía sentir más seguro)- le modificaba los gestos de la boca, los ojos se movían hacia otro rincón inusual mientras rebuscaba en su memoria. En su imitación de su compañero de Colonia se había apropiado de un matiz que lo entretuvo y distrajo en sus trotes gimnásticos por la playita Ferrando: hablar como sonriendo; más todavía: como preparando un beso que vendría en segundos. Ambos, muy sutiles; más pensados que realizados. Un subtexto: mirar a la camarera y decirle: Thank you, pensando "qué fuerte que estás". O "Vas a ver qué propina te ligás, macho" mientras le dice al taxista "Balcarce al mil quinientos, please". Y eso lo obligaba a controlar su gestualidad mediterránea, que no esconde absolutamente nada; como un corte de manga, una puteada escupida, apretar los dientes, todo acompañado de manos, hombros, cejas. Ahora, un rostro imperturbable, que se carga en los ojos o detrás de la boca. Una impostura. Con todas estas barreras ponía una distancia que le daba tiempo a razonar, en lugar de abrirse en una respuesta inmediata. Efectivamente, era otro: solo, extranjero y con un plan de magnicidio.

Se instaló en San Telmo, en un hotelcito limpio, amable but not very dear, porque no quería hacer ostentación. Tenía dinero y hubiera deseado gratificarse con algún tres o cuatro estrellas, pero la exhibición no iba con el personaje. Le convenía revestirse del look extranjero itinerante middle-aged apendejado por remera casi bostera de Los Ángeles Lakers y typical mochilita. El hostel, tenía free bikes, internet las 24 horas y -fundamental- no estaba lleno de angloparlantes con los que, por cuestiones de seguridad-casualidad no quería convivir (no fuera cosa que le apareciera algún paisano de San Diego y...): se había colado vía



internet, entrando por atrás del sencillo www del hospedaje a su base de datos y tras verificar que estaba casi repleto de brasileños más dos tanos, armó una supuesta reserva vía mail trucho desde la universidad de Berkeley, y así se presentó. Lo ubicaron en una especie de altillo, solo, con baño compartido. La cama parecía incrustar la plesera en la caída del techo contra el entablado, y la cabecera se despejaba hacia el altísimo techo central. Un banquito de obvia madera y paja, una mesita de pino y tres estantes más tres ganchos para la ropa. Como el cuarto de Van Gogh.

No era paranoico pero recordó al Big Brother de Orwell, recordó innumerables fechorías del Supremo Enano, más increíbles que la ficción literaria, y decidió continuar actuando aún en privado. Tal vez alguna cámara escondida vigilara sus movimientos. Se rumoreaba que los agentes del Enano y del filósofo-sacro Hoguer, revisaban periódica y aleatoriamente a toda la población según una escala de peligrosidad ideológica y moral que habían elaborado caprichosamente el Supremo y su Auríspice: los propios ministros, asesores, y por supuesto los supuestos opositores, las gentes con malos pensamientos, los periodistas (aun los más obsecuentes, o sea la mayoría), los extranjeros (¡atención!), docentes, médicos... Por precaución, entonces, y para mejorar su performance actoral, decidió convertirse en el otro. A tal punto que comenzó a tomar mate como aprendiz: no dejaba de mirar la bombilla hasta que la posaba en la punta de los labios, sostenía la calabaza con la tensión de quien por primera vez come con palitos chinos.

En la primera semana se armó una rutina que consistía en desayunar en el salón común entre bullangueros turistas, salir a trotar una hora por el Parque Lezama, ducha, revisión del material

y periódicas visitas a la editorial para hacer alguna consulta y pispear el ambiente. Con la excusa de los asesinos seriales (el otro trabajo que le habían solicitado) podía buscar en la red los datos sobre determinados venenos que necesitaba conocer para su plan. Matar al Supremo con un disparo o una bomba era impracticable, quizás el envenenamiento... esa manera poco heroica pero tan efectiva. Para evitar que quienes lo espieran pudieran establecer un patrón de visitas a determinados sitios o búsquedas en el google, imprimía todo, hasta las mayores boludeces. Cada pantalla tenía su correspondiente papel. Luego, al aire libre, tomando un cafecito, o bajo los árboles revisaba y estudiaba lo más íntimamente relacionado con su objetivo. Y, por otra parte, el gran trabajo de reescribir la biografía del Enano de manera aceptable, más su condición de supuesto extranjero desconocedor de la vida cotidiana, lo autorizaban a meterse en sitios oficiales (reales y virtuales) e indagar a todo el mundo. Hacerse el yanky pelotudo que inquiera sobre lo obvio y se equivoca de oficina, le salía muy bien, y lo divertía secretamente. Era una especie de Sr.K recorriendo los kafkianos tribunales pero fumado. Veía el miedo y estaba ajeno, afuera como un escudo la sonrisa-beso y adentro oculta yacía la bestia.

Para mantener satisfechos a su empleador, el dueño de la editorial (mi publisher, lo llamaba provocándole una vibración de orgullo), y a quienes estaban en las sombras por encima de él vigilándolo todo, releyó un fragmento del Rollo pensando en reescribirlo "correctamente". Era un pasaje en el que describía corrosivamente los tejemanejes del Enano y sus ministros y asesores, las coimas, negociados y perversiones de toda índole.

*El Supremo Enano reingresó en la Casa. Afuera en los jardines, las esclavas desnudas cuidaban las plantas, las flores, las aguas de las fuentes para que todo mantuviera su belleza y plenitud. Caminó a paso lento por el amplio pasillo que llevaba al salón central y de allí vigilante recorrió las salas de reuniones donde trabajaban los ministros. Verificó que todo estuviera en su lugar antes de retirarse a descansar. Efectivamente el gabinete desplegado en sus distintas oficinas estaba cumpliendo con su deber:*

*En el departamento azul, el Primo Ministro y dos asesores cerraban un convenio con la banca Drake por el que se obtenía una inmensa ganancia a depositar en la cuenta suiza a cambio de la libre navegación de los ríos. El derecho incluía la obligación, por parte del estado, de cercar las márgenes con alambre perimetral electrificado de cuatro metros de altura, en el plazo de dos meses. Cada trescientos kilómetros, la Empresa, permitiría la construcción de un paso de ochenta centímetros de ancho de orilla a orilla, y cada quinientos kilómetros, un puente de cinco metros de ancho. El peaje sería recaudado por la banca extranjera y los sueldos del personal los cubriría el estado. La licitación se haría por un plazo de veinte años, renovable.*

Dejó los papeles a la vista, leyendo el resto por arriba porque recordaba perfectamente la idea.

Durante un largo período, solo en su cuarto como de costumbre, osciló entre el vómito y la aceptación porcina. Estaba obligado a trazar para mantener su plan en pie, pero ni siquiera así, ni siquiera en función de la furia vengativa que lo corroía, ni

siquiera en el deseo obsesivo de dar a conocer la verdad y desnudar a los poderosos, ni siquiera recordando la muerte-crimen de su esposa a manos del gobierno lograba sobreponerse a la náusea de hacer un panegírico del Supremo. Entonces se le ocurrió que podría quedar satisfecho (oh venerable síntesis hegeliana) si hacía un panegírico pro enanista tan pero tan excesivo, tan hiperbólico, tan extremado de la gestión suprema, plagado de elogios a los cortesanos (incluyendo visires, ministros, asesores, filósofos sacros, fulbometafísicos...) que ante los mediocres se presentara como realista y para los inteligentes como superior ironía o parodia o cualquier otra forma de visión distorsionada del mundo trucho. Un desvío. Un escorzo tan violentado que fuera nueva rectitud. Así, seguramente, los alcahuetes, que nunca tienen buen gusto, se sentirían satisfechos, con la panza llena, repipones.

Con su conciencia a cuestas, corrige primero y luego reescribe el pasaje.

*El Supremo, enviado de los Dioses, benefactor de los humildes, restaurador del libre cambio, hacedor del uno-a-uno y argentine very dotado male, terminó de orar en los jardines, saludó y bendijo a las multitudes (curó a ciegos, leprosos y tullidos) y reingresó en la Casa de Gobierno con la sonrisa amable de siempre y la palmada cariñosa a sus asesores y criados, pero cargado de preocupaciones: aún quedaban dos o quizás tres hambrientos en el Reino. Tampoco había exterminado todavía al vecino enemigo, como lo pedían a gritos las multitudes y bien se sabe que vox populi, vox dei.*

Al segundo párrafo sólo lo recargó un poco:

*Caminó con paz a paso lento por el amplio pasillo que llevaba al bello salón central y de allí vigilante, como el padre de todos que es, recorrió las salas de reuniones donde trabajaban los esforzados ministros. Verificó que todo estuviera en su lugar antes de retirarse a descansar. Efectivamente el gabinete desplegado en sus distintas oficinas estaba cumpliendo como de costumbre con su deber.*

Dudó un poco. Releyó lo siguiente y por supuesto no habló ni de tragadas ni de negociados sino que describió el alambre perimetral a orillas de los ríos como lleno de plantas, flores y árboles que mejoraban y embellecían el medio ambiente, y enormes dragas limpiando las aguas mientras río arriba niños, ancianos cocoon y embarazadas ya nadaban, jugaban, reían en un lugar paradisíaco con playas de arena casi blanca, blandos oleajes y aromas frutales.

Rindió luego su, llamémosla, prueba semanal con el editor (my publisher), quien tras una rápida lectura (aaahhh) se mostró ampliamente satisfecho, en especial por el uso de palabras en inglés. Lo estimuló, le sugirió (fue una orden) que acentuara esa característica: citas en otros idiomas, relato casi bilingüe en lengua metropolitana, comparaciones con prohombres...

Salió contentísimo. Siempre le había gustado la ensalada, lo agridulce, la ricota con nuez, el melón con jamón, los triples de ananá y queso. Y aún más, pensando en su proyecto de burla en segundo plano tras un exacerbado encomio, se afirmó en la idea de que el barroco, más todavía, el churrigueresco, eran la

modalidad adecuada: adjetivación que mate, comparación lugar común, hipérbole al cubo, una dosis de gongorismo, una cucharadita de surrealismo, tres medidas de fresa con leche, licor bien empalagoso todo servido tibio en un plato multicolor ornado bellamente de pétalos y seres mitológicos. A eso se le agrega como condimento el spanglish, cuatro citas en latín, una etimología griega y nada de hebreo (considerando la postura del Supremo serían más convenientes un par de arabismos). Recordó entonces cómo había disfrutado de la lectura de las Mil y una noches (en su versión completa y zafada, no la edulcorada de magisterio) que había aprovechado para darle el marco de Califa autoritario, caprichoso, etc. al Enano. Ahora, quizás también le sirviera su relectura tanto para el placer como para el plagio. Quizás, pensó, el mar se extiende a espaldas del Supremo como un vasto cristal azogado y la vista no encuentre en su vivo anhelo do fijar su fugaz vuelo, como el pájaro en el mar/la mar. Oh, la mar, como el cielo nublado (nubes de mármol sobre la llanura), se endurece, se protege de la herida arterial del rayo, se cura la mar, se yesa. Y ríe solo, caminando (la mar se yesa, repite y ríe tonto). Mejor agregar citas aparentemente cultas, como por ejemplo, sólo sé que no sé nada (sólo sé que no sé nadar, más risas), hay quien arroja un vidrio en la playa y hay quien se levanta a recogerlo (¿a quién? carcajadas), gárgaras gongorinas, churrasquitos de rechupete, chupete cachucín... volverán las oscuras golondrinas y las blancas palomitas a la escuela. Y su cabeza era una rara paella (¿pollo y mariscos? ¿y por qué no algo de cordero, cerdo, ternera y pato? Con un poquitín de pizzitas de anchobas, dos chorros de anís ocho brothers sal pimienta y roquefor a gusto.)

“Maravillosa y fantástica la tierra del Supremo era, ya que

todos los climas allí moraban, tan prodigiosa extensión que al norte las pampas son limitadas por bosques de palmeras y al mediodía por nieves eternas (tal como el ilustre maestro sanjuanino dijera en su obra cimera). Decirse podría que aquí, en este edénico paraíso, si alguien arrojara una semilla, crecería una planta, como de las piedras ásperas que Deucalión echara hacia atrás y de la que naciera nueva progenie de mortales tras el helénico diluvio mítico similar, vaya coincidencia, al bíblico y al popol vúhsico.” Más que retorcidamente barroco verruga, le pareció bolúdico pero por las dudas no lo borró. Días después se sorprendería del éxito de su parrafada nabonga: el mal gusto es a prueba de balas.

Lo distrajo el ruido de la calle, las ruedas de madera de los carruajes sonaban por el empedrado colonial de San Telmo. Especialmente a esta hora en que cerraban los bancos y las dependencias estatales, el tránsito era mayor, insoportable. Los caballos se topaban unos a otros en las esquinas, cagando e imposibilitando con su adocenamiento, que los peatones cruzaran. Intervenían entonces los sicarios del orden, ajusticiaban a un par de matungos, y así la gente podía circular un poco.

## **RUEMPO, DIJO, LA GUITARRA**

Ay, la guitarra. Extrañaba ese irse por los dedos como un encadenado de orgasmos y enervamientos sin fin, como la tersura del arroyo de montaña que se vuelve vertiginoso o reposado según los meandros, las lluvias y las rocas. Los ritmos que interpreta la mano siguiendo y no siguiendo la sístole y la

diástole, cantando, gritando, llorando con los tres dedos en las primas y el pulgar percutiendo las gruesas de arriba. Extrañaba incluso sus largas uñas de la mano derecha, a las que había tenido que acortar; una verdadera amputación en beneficio del personaje californiano que se había construido. Las uñas que sólo para el amor y las cuerdas no son zarpas. Había pensado que hubiera sido excesivo conservar del viejo yo también la guitarra. El viejo yo, la bestia, ello, id, Elio que se agazapa tras el aparentemente correcto rubión; la bestia latina vengativa que se esconde al acecho behind the nice american writer autoimpuesto. Elio debía gobernar su ello y a la vez ser. Un exterior calmo, políticamente correcto, con arito y remera de los Lakers. Adentro la furia de la idea. Extraño caso de doble personalidad, que lo llevaba constantemente a refrenar al escondido y verdadero Hyde. El bilingüismo también lo salvaba: cuando se convertía en american que hablaba bastante bien spanish, era otro. Más delgado y alto, más claro, presentable. Podía enamorarse de sus verdaderos amores y ser tolerado por turista. Era la mirada del otro. Y cuando la nostalgia, esa hiena del crepúsculo, le carcomía las partes blandas, se refugiaba en aquel, que si bien no era tan prim and proper al menos no pintaba como extremadamente outsider. El otro rincón, la otra lengua, le hacía circular sus añoranzas por memorias más soportables.

Binario. Una suma ilegible de circulitos y palitos. Así era como se sentía cuando trataba de juntarse. En realidad era Thanatos adentro y Eros por fuera, en una eterna lucha por sobrevivirse mutuamente o destruirse mutuamente. De ninguna manera comparable al unificado andrógino que como las dos manos del guitarrista se movían por separado pero armonizando.



No. Era o pretendía ser, dos hombres distintos, conocía al otro pero lo enviaba al depósito por unas horas. A menudo la dualidad le dolía tanto que hasta pensaba en abandonar su proyecto invisible de asesinato, su venganza, su deseo de reparación, para retornar a sí, para tenderse un puente escheriano desde y hacia el mismo punto, alfa y omega: él.

La guitarra resonaba en su cabeza, sin idioma, sin necesidad de traductor: La introducción de "Oh melancolía" (FA-DO-RE-FA-SOL-Bb-FA-DO), uno de sus primeros logros como estudiante tardío y autodidacta. Qué satisfacción de hallazgo, qué conquista de un planeta distante tras una ardua y metódica travesía solitaria (ahí va el capitán Beto) por silencios y vacíos, sólo el leve y amable murmullo del desplazamiento como un cajón que se abre amable, los dedos de traste en traste a pura cuerda, madera, piel. La nave de fibra hecha en Haedo en casi inaudible fricción por el espacio. Lubricada penetración de mutuo gozo: la piel y el vacío. Ronroneo de ave. De su corazón rítmico al punteo de las yemas en el aire, su mente luchaba por recuperar sin el instrumento prohibido, la sensación de música y la creación de música por mano propia. Como el rezo del rosario pero sin pedir nada, una retahíla de cuentas hedonistas, poco a poco adquieren entidad en sus oídos sin pasar por las orejas. La imagen de la rosa imperecedera, pero, ay, sin la tersura ni el aroma ni colores de la rosa.

Entonces se alzó un árbol. ¡Oh pura elevación!

¡Orfeo canta! ¡Oh árbol supremo en el oído!

Había transportado por unos momentos el espíritu de la música pero necesitaba su carne. Y la carne no existe sin su sangre y su bestia. Encarnarse significaba retornar al verdadero

yo. Por el momento debía continuar representando el papel de un iluso not to be Hamlet y esconder al to be Hamlet tras la farsa.

Llevaba en su mochila (ya lastre, ya motor) sus memorias del aprendizaje, una leve sonrisa de ella, aquellos años de escritor negro like a ghost cobrando por humorada, traducciones, guiones para que firmaran otros. Y a menudo, cuando torcía su brazo hacia atrás y metía la mano en el saco oscuro, salían retazos, mezclas que pasaban del caos de los dedos al novus ordo de los ojos, los recuerdos. Pero ahora... ¿cuándo es ahora? Hizo click en reiniciar y su disco rígido se volvió lábil.

Afuera del hostel donde moraban extranjeros (afuera de todos los hosteles burbujas), los sicarios del Enano se entretenían en secuestrar pibes con arito y tatuaje o con intolerables cortes y colores de pelo; se llevaban a los destinatarios del “¿pero a usted le parece?” que la gente decente, que no se metía en cosas raras, miraba con sospecha. También procedía a eliminar a los novios o pretendientes de chicas apetecibles, y a chicas apetecibles que no cedían con facilidad ante un sicario. De los negritos ni hablar. Una diversión propia de los ejecutores del Enano, consistía en el juego denominado Salve al comercio (colocaban al ajusticiable frente a la vidriera de un negocio y le descerrajaban un cargador a diez metros; ganaba el que no rompía el vidrio. Luego le solicitaban una colaboración al dueño, pa los muchachos.). Polá ta deiná el hombre: de todos los seres es el que puede acceder a lo más sublime y desbarrancarse en lo más terrible. Y cuando desde el poder y desde la educación se le estimulan por bombardeo los pensamientos básicos de discriminación y paranoia, todo vale.

Afuera la sangre no tenía tiempo de secarse. Se la renovaba constantemente para lubricar el engranaje social cebado con un gusto y una ideología altamente gore. Más, más, dame más. Eran comunes en los discursos del Supremo y en los sermones del Filósofo Hoguer, frases que luego serían repetidas, veneradas, convertidas en tópicos, refranes, idioms y síntesis del soporte intelectual de la masa, tales como: hay que matarlos a todos, le metés los dedos en los ojos y lo arrastrás hasta su covacha, negros de mierda, nos vienen a sacar el trabajo, esta tierra generosa, en algo andarían, esa cara no me gusta nada, piden limosna y son millonarios, si no te metés en cosas raras nadie te va a molestar, roban pero hacen. Las descalificaciones tenían una estructura maleable y permitían reemplazar en el esquema al discriminado de turno: negros-judios-putos-bolitas-paraguas-perucas-abortistas-ateos-turcos-jóvenes-gordas-de-mierrrda. (Hoguer no usaba la palabra mierda, sino execrable. Pero todos hacían traducción simultánea.)

Hasta para el sexo era dos personas. El californiano practicaba alegremente una versión rioplatense del friends with benefits. Encuentros más o menos casuales con conocidas del hostel con quienes había compartido la mesa de desayuno y mate o un encuentro previsible en algún barcito de San Telmo. Cosy cosita. Y nada de compromisos duraderos. Una, dos, cinco ocasiones del mejor contacto posible, seguro, free, bien visto en múltiples sentidos: sus observadores remachotes (los Sicarios del Supremo) se tranquilizarían ante las aventuras hetero del writer compensando entonces sus rarezas. Está bien, el yanky era raro, usaba arito, se metía en peligrosas páginas de internet, tenía a su

acceso unos papeles altamente criticados por el poder, sí, todo eso, pero tranquilos machos que el yoni se está volteando una lindas minitas. Ah, potro, es de los nuestros.

Pero eso sí, para él era una norma: nada de mujeres shield, chicas con escudo visible como el de un gladiador, los brazos cruzados paragolpes de camioneta, epa adónde va no ve todas las luces de freno prendidas. Por eso le gustaban las brasileñas, que abundaban en el hostel y en San Telmo, las brasileñas sin escudo, sin brazos cruzados sobre las tetas y luego, como consecuencia, ellas, esas, no intentarán abrazarte, aferrarte, sostener su histeria y su instinto materno del cogote del primer macho de la manada que las verduguee y al que seguramente esperarán mejorar (oh Narciso).

Y el otro, el yo profundo, Elio (-por ello- para sí mismo, para ponerse un nombre), el aprendiz de asesino era fundamentalista y no caía en la debilidad riesgosa de involucrarse. Todo in cold blood. No entendería ni podría practicar de ningún modo esos contactos friendly sexuals sin comprometerse a fondo.

La falta de guitarra sumada al autocontrol constante, le multiplicaban la furia magnicida. El plan ya tenía forma: se infiltraría como mozo o ayudante de cocina del Hotel donde se realizaría el gran encuentro del equipo de gobierno con representantes de los distintos poderes: fulbometafísicos, auríspices, filósofos sacros, imagineros-productores del Enano (coiffeurs, manicuros, modistos, periodistas), inversores, tríada de sicarios del alto mando y sus edecanes... El poder había puesto tantas fichas en la manipulación por los medios masivos y despreciaba tanto a la población que había descuidado los

controles de todos los recovecos manejados por computadora y centralizados vía internet. Fácilmente se coló, surfing the net modificó a su favor el perfil, foto y datos del peón a cargo del acarreo de champán desde las heladeras hasta la barra donde los mozos descorchan y sirven. Y para su crimen, burlón y paródico se autodenominó Elio Twain. Aún no sabía qué veneno usaría, pero lo inyectaría en las botellas. Los alcaloides se disuelven en alcohol, según encontró en la red. La redacción del libro sobre los asesinos seriales le permitía bucear en sitios sospechosos para el Big Brother. Para tranquilizar su justificable paranoia, redactó algunas páginas. Redactaba un capítulo sobre el Asesino del Zodíaco (Zodiac killer) y chusmeaba sobre venenos.

*Y el arsénico, ya conocido desde la antigüedad, fue sin embargo el veneno favorito para quitar de en medio a alguien que estorbase, tanto es así que fue llamado "polvos de sucesión", porque se administraba para heredar a algún pariente, o algún esposo o esposa que estorbase. La ventaja sobre otros venenos es que no tenía sabor ni olor y de ahí la facilidad de su administración sin que la víctima se apercibiese. Se mezclaba con facilidad con líquidos, bebidas, o con las comidas. Parecía azúcar. Fue llamado "el rey de los venenos". Y fue el arma letal preferida durante la Edad Media. Los romanos ya conocieron sus efectos mortíferos, por haber muerto accidentalmente con mucha frecuencia los mineros que inhalaban el polvillo que flotaba en el aire al extraerlo de diversos yacimientos minerales. La tristemente famosa LOCUSTA fue la gran envenenadora romana, que creó una verdadera "academia" de envenenadores con numerosos discípulos, como COMIDIO que aconsejaron a los distintos*

*emperadores de quienes fueron favoritos y consejeros en el arte de suprimir a quienes les estorbasen. Se sabe que la madre de Calígula usó de sus consejos para envenenar a su propio hijo. Agripina se sirvió de ella y su hijo el emperador Nerón. Agripina le encargó la elaboración de un veneno para deshacerse de Claudio y Nerón también recurrió a sus servicios para envenenar a su hermano Británico, pero impacientado éste porque el veneno no producía el rápido efecto que esperaba, Locusta preparó otro de más rápidos efectos siendo recompensada generosamente por el emperador romano. Más tarde GALBA mandó dar muerte a la envenenadora.*

Escribió unas páginas sobre los asesinos masivos y la utilización de venenos. Todo bastante inventadito como para justificar su paseo por esos sitios googlescos. Luego, completó con algunos datos sobre un famoso killer: El Zodíaco, quien envió numerosos mensajes a la policía, algunos en código (le había comentado al editor que la combinación crimen, textos cifrados y el nombre del asesino le parecían de mucho gancho literario –o lo que fuera). “This is the Zodiac speaking. I like killing people because it is so much fun. It is more fun than killing wild game in the forest.” Cuando le presentó el capítulo con el texto casi bilingüe, el morbo necesario, algunas citas y estadísticas, creyó que el editor acababa (es sabido que el orgasmo puede lograrse no solo por la fricción del miembro correspondiente; hubo casos comprobados científicamente de erección o humedad ante la contemplación de un pastel de chocolate, un auto rojo, un crucificado de película).

### Serial Killer Statistics:

- \*The USA has 76% of the world's Serial Killers.
- \*Europe, in second has 17%.
- \*84% Of American killers are Caucasian.
- \*16% of American killers are black.
- \*Men make up at least 90% of Serial Killers.
- \*Yet 65% of victims are female.
- \*Out of all killers, 86% are heterosexual.

Sí, realmente parecía haber alcanzado el orgasmo más placentero del año en curso. Ojos en blanco, la cabeza levemente hacia atrás, las manos tembleques frotándose, la boca semiabierto emitiendo dificultosamente las palabras. El stuttering editor acababa.

-Bu-bu-buen trabajo, Serial. Mu-mu-muy bueno.

Sí, en su interior se burlaba pero el Publisher demostró ser más smart que stutter: Serial (cuyo nombre ya se había deformado, por su propia pronunciación en Sirial, y así constaba en las agendas) llevaba consigo habitualmente un diccionario bilingüe y cometió un dangerous mistake que podría haberle costado very expensive.

(Yo no soy el sitting duck... la presa fácil, pero me sorprendieron con un diccionario al revés. Claro, un angloparlante tiene un diccionario Español-inglés, inglés-español; y no al revés como el que acarreaba boludamente yo por todos lados. Claro

que zafé, diciendo que me había comprado uno cualquiera en una librería de usados de San Telmo.)

Efectivamente había circulado por librerías de viejos y la excusa del usado cerraba perfectamente porque al no haber boleta no hay registro verificable. Pero ojo, a no pensar que estaba tratando con la compañía Duds, Morons & Opas; si bien los poderosos y sus socks-suckers carecerían de todo principio moral, de toda línea de conducta, de cualquier clase de freno, no habían llegado a esos círculos por casualidad: en la evolución de las especies aborrecibles se les había atrofiado el órgano del reparo, del brake y del control, y para compensarlos, la sabia natura, les había ido desarrollando la suspicacia, el instinto de conservación de sus puestos y la habilidad para la manipulación. Y el editor, casi lo más bajo en la escala del poder, detrás de sus reacciones aparentemente bobas, era capaz de cocinar un pato en vuelo. Y él, of course, no estaba dispuesto a ser el sitting duck para que le estamparan el cuetazo (esta vez, certero).

## **TALKIN ´ BOUT A REVOLUTION**

1

A las 6.30 el Parque Lezama corona de brillos solamente las copas de los árboles. La ciudad comienza a murmurar, a desperezarse de micros por Avenida Colón, camiones por la



Huergo, y una leve brisa del sudeste trae olores ácidos del Riachuelo, que en tanta verdura funciona en sus papilas como sal y limón en la ensalada. Un toque bitter, a kinda spirit para sus narices. La música de la Tracy Chapman, tomate con vinagre, panes con ajo, millones de meteoritos incorpóreos metiéndose no solo por sus poros sino a través de cada milímetro de piel, cruzando el hígado, besando su páncreas y todas las glándulas, recorriendo el perfil de cada hueso como un perro simpático que roe lobuno cada partícula de carne, ay, eriza el pelo, la piel de gallina, el dulce dolor del calambre en metástasis. Hasta el más íntimo rincón aún insondable de la física y la química de su cuerpo.

(Esa fuerza brutal de la música que desciende como lluvia, que te cala en medio del calor, como gotas calientes cuando los pies tiritan de nieve. Esa fuerza. Como reunir las palabras sagradas de cada uno de nosotros, las propias, las que oscuramente giran en torbellino allá adentro, en el medio formador de nuestro big bang. ¿Serán tal vez madre o padre o hijo o hermano o río y sombras o silencio playa nube shakespereana llena de camellos y mil y una noches contadas para seguir viviendo? ¿o sol amigo lluvia un trago amada junto al fuego y liquid ambar enrojecido tras el vidrio? ¿maybe yesterday all my troubles seem so far away y una página encantada de cortázar y un mate desolado en el quartier latin? ¿o revolución, herramientas, sonrisa y sudor? Tal vez para alguien sean temblor, caricia, te fuiste, ventana y pañuelo del tren.)

Para él (ahora con más de cientoveinte pulsaciones ascendiendo el peñón por la calle Brasil, con la inevitable remera lakers, arito y caracoles muy metrópoli donde resuena Tracy Chapman), fast car y tickets lo remiten a su California ilusoria, lo sacuden hacia atrás y se ve a sí mismo escuchando en un viejo LP She's got a ticket to ride, but she don't care. Oh, beat and beatles. Y extrañamente algo allí adentro se construye, a pesar de su base de arena, se le levantan muros y se siente another brick in the wall. Ya no sabe que él no es yanky, ya no sabe que es una invención moreliana del otro, y corre feliz por el Parque Lezama mientras Tracy le susurra quebrada –miel y ají putaparió- que hay whisper de revolución. ¿No lo sabes? Don't you know you're talking about a revolution, it sounds like a whisper. Él corre feliz mientras ellos hacen las largas colas, o duermen en los umbrales o pierden el tiempo esperando trabajos. ¿No lo sabes? Don't you know you better run, run, run, run, run, run, run, run, run, run, run, run, run. Pero de repente la carrera se interrumpe (cerca de la estatua de Ceres no se sienta, no lo mira la mujer enigma clavándoles los ojos negros en la nuca), no hay por donde seguir, el sendero está cerrado por un grupo de kids, con pañuelos grises salpicados de negro, ropas de outlet y zapatillas brillantes. Lo rodean, lo insultan, lo reconocen extranjero y rico, ellos con los ojos saltones, los pómulos metidos hacia adentro, el cutis aceitunado, pelos carpinchos, conchatumadre, son los pibes chorros o juegan a serlo o no pueden ser otra cosa, don't you know you're talking about a revolution, sí, another kind of revolution, a sad one. La revolución del hambre y la desesperanza sin cauce, el pegamento que se pegó a la sinapsis. If you knew

that you would die today, would you change? Would you change? Y usan ellos las palabras explotador, hambre, desocupación, dinero y se llevan los pocos billetes que acarrea y se llevan, eso es lo peor, a Tracy Chapman cantando Poor people are gonna rise up and get their share, poor people are gonna rise up and take what's theirs. Y del fondo de su negrura vuelve Elio y recibe las cachetadas y las escupidas y las palabras dolorosas, mientras sabe que él, prácticamente, piensa lo mismo, está de acuerdo, pero ellos no lo ven. Y él, Elio, sabe que es imposible tenderles el puente, otro puente escher que volvería sobre sí mismo. Y el puente que sale de él, no llega a él, se rompe. ¿Cómo, en fin, saltar hacia donde está uno mismo? Bridge to me, bridge to myself.

Solo se siente como mujer y negra y lesbiana y pobre running and running hacia el hostel, the coolest residence in the Heart of San Telmo. Mientras Elio la comprende porque cuando el joni está en esta condición (negra pobre lesbiana running running), entonces sí es uno solo and Choose sides or run for your life. No hay otro surco, ni otra frecuencia distinta, no hay ya california y riodelaplata, hay una música We gotta make a decision: Leave tonight or live and die this way. Porque de cualquier manera, corra hacia donde corriere you got a fast car, sí, por supuesto, but is it fast enough so we can fly away? Y cuando huyamos, no se repetirá la historia. Pero tal vez, la de los pibes sí. Los pibes que huyen con su reloj pedorro, los caracoles llenos de una Tracy que habla de ellos y ellos no la entienden, más unos valoradísimos pocos supres para comprar pegamento, fierita.

You got a fast car  
And i got a job that pays all our bills.  
You stay out drinking late at the bar,  
See more your friends than you do your kids.  
I'd always hoped for better,  
Thought maybe together you and me would find it,  
I got no plans i ain't going nowhere,  
so take your fast car and kep on driving.

Y entonces Elio se arrimó al potro del crimen y le pasó su palma por el lomo encabritado.

3

(Mal día, hoy. ¿Por qué los hombres recuerdan –en general– las direcciones y ellas las fechas? Cultural, ancestral. Las chicas siempre tienen calendarios, almanaques, porque su ciclo está atado a tales números menstruosos. Los hombres se ubican en el espacio quizás por la necesidad de encontrar el mamut en los sitios habituales y regresar victoriosos y con el miembro erecto a la caverna pintarrajeada. Pero hoy, lamentablemente, recordó la fecha contra todo estereotipo de género. Y la fecha traía de nuevo dolor. Era el cumpleaños de ella, que ya no cumplía vida. Era el recuerdo de la finitud, de la hoja enrojecida que cae y se vuelve tierra. Y él ya no esperaba, ya no creía como de chico, que una hoja caída habría de volver alguna vez al árbol.

Entré en mi casa, vi que amancillada la extraña habitación era despojos, mi báculo más corvo y menos fuerte, y no hallé cosa en que posar los ojos, que no fuera recuerdo de la muerte.)

4

Y la muerte del Supremo Enano ya venía marchando; el ataúd, el pequeño y mísero ataúd lleno de pedrerías y carísimas incrustaciones y maderas de oriente está doblando la esquina, los instrumentos de percusión suenan a enterramiento prematuro, ya el viento sacude las innumerables páginas de los innumerables discursos laudatorios. Ya, para Elio, el Enano yace definitivamente cadáver y los amados gusanos, Conqueror Worms, reptan definitivos porque the play is the tragedy, "Man" –Poe dixit-, and its hero the Conqueror Worm.

Entonces Elio, palmeó el caballo bufante y se montó definitivo en la idea desbocada y feroz de matar al Supremo.

5

¡Tanta mutilación! Cuánta. La muerte-asesinato de su esposa a manos de los Scicarios (científicos-sicarios) herederos de la mejor tradición mengeliana; más su propia muerte o autoinmolación en aras a un objetivo superior (matar al Enano) con la anulación o al menos sujeción violenta de su verdadero yo, con la flagelación de abandonar la guitarra y sus uñas de guitarrero; y especialmente doloroso ahora el escribir como traidor por más barroquismo irónico y churrigueresco satírico. Por

más postura posmo de distanciamiento y parodia, pastiche y quotations. Se sentía un traidor a su propia palabra, vendedor de un rengó amigo, de un Cristo solo al que hasta su padre abandonara. Quería venganza ya, sin arruinar la venganza final de su estudiado magnicidio. Venganza caliente, servida de inmediato. Que hiciera correr el hilo de baba, venganza pavlov, revenge de campana. Entonces, tomó los rollos de él mismo, el supuesto muerto, los papeles de su primer yo. Y con la autorización de su nueva vida, se sentó en el reading room del nómade Hostel y leyó (leyó lo que había escrito en aquel entonces con calentura justiciera, y las estúpidas acotaciones serviles del editor), leyó con placer, con odio, saboreando cada frase como si estuviera dando puñaladas, una tras otra –letra a letra y verso a verso- hasta que cayera la tarde en su pequeña muerte cotidiana, en su caída de otoño (fall in the fall), como su misma vida.

## **SEGUNDA PARTE**

### **PRIMEROS APUNTES DE SERIAL O LOS ROLLOS DEL MUERTO**

## **Capítulo uno**

Era la primera vez que se moría el Presidente. Hasta este momento, nadie había experimentado en la Casa del Gobierno esa fatigosa sensación de vacío. Yacía tendido sobre su triclinium con la banda presidencial puesta, el bastón de mando con cabeza de zorro e incrustaciones de jade seguía siendo sostenido con aparente firmeza por su diestra. El manto dorado y púrpura estaba immaculado, liso; sin señales de violencia caía graciosamente desde el diván hasta el centro del salón (unos doce metros) y llegaba al borde del acuario donde los peces, sus amigos, movíanse con la misma tersura de siempre dibujando los colores del arco iris bajo las flores de loto. Las jóvenes del harén, todas rubias y de piernas larguísimas, permanecían mudas, azoradas, a la sombra de las estatuas. El mismo perfume de siempre se mantenía suspendido en el gran salón supremo de la Casa del Gobierno. Los cuarenta pebeteros exhalaban el aroma de la madera del áloe.



El ministro gordo se movía de aquí para allá como si fuera un inexistente ministro flaco. El temor y el nerviosismo le ponían alas. Unas alas enormes, se entiende, para activar semejante anatomía.

En un santiamén de los de antes, llegaron los paramédicos, los médicos y el médico especial. Definir a este último como obeso, no lo distinguiría del resto del elenco gubernamental, salvo porque al lado de todos los demás era una succulenta mole. De manos pequeñas, peludas y suaves, el doctor Facciadorto, le cerró los ojos con piedad. Todos entorno al supremo cuerpo hicieron un silencio reverencial. Y es muy probable que la mayoría haya creído ver salir el espíritu desde aquel cadáver hacia arriba, como una nubecilla o un viento, como el humo de un cigarro que ya no ardía. Efectivamente así ocurrió, pero la explicación era otra y vendría a su tiempo.

Algunas dudas suscitaron a los facultativos galenos el hecho de que el miembro o zib del supremo permaneciera erecto y no a media asta como la situación lo exigía. Se lo observó detenidamente, alguno lo palpó también detenida muy detenidamente con un afán que parecía exhaustivo. Las jóvenes simétricas del harén acercáronse e hicieron cola para practicarle por turnos un solidario tratamiento de recuperación oral, the kiss of life. Fue infructuoso para el yacente.

Tras los primeros minutos de incertidumbre sobrevino el pánico. ¿Qué hacer ahora? ¿Quién le comunicaría la nefasta noticia al pueblo? Le correspondía al ministro de Estátodobien. Aunque, abusivo es decirlo, está todo mal.

Si se entera, dijo un ministro gordo, si se entera La Opositora Patota... (y todo quedó suspendido en amenaza de

terror y descalabro). Cómo sobrellevar el poder, ahora sin el supremo. El supremo presi que los había sacado de cuanta tormenta y terremoto aparecieran en el territorio. Aquel que con mano maestra había convencido a la población de que una macabra derrota militar era un fulgurante triunfo, de que la más ominosa entrega económica era soberanía y autodeterminación; aquel, ya no estaba. Aquel había muerto por primera vez y nadie - ante lo novedoso del caso- sabía hacia dónde correr.

Pues todos pensaban en correr al grito de "He is gone, he is gone!"

Ese poder por el cual habían sido capaces de cualquier clase de humillación y traición, lógicamente bajo la tutela del supremo, hoy, en su ausencia no tenía ningún atractivo por la imposibilidad reconocida por todos los integrantes del gabinete de manejar esa papa caliente sin el guante de amianto del muerto novel.

Corrieron las horas, casi tan raudas como las gotas de sudor frío, y de las innúmeras ideas esbozadas para enfrentar la crisis -descabelladas, las más- fue perfilándose la que sugiriera uno de los cerebros ministeriales: clonación. Idea tan antigua y efectiva como la simulación de una guerra para ocultar una felatio washingtoniana.

El tiempo avanzaba como el nerviosismo del gabinete, y en su vertiginosa fuga se pulieron bastantes detalles -pasaron por alto algunos aspectos muy gruesos, es cierto, pero en general y con buena voluntad, el clon quedó bastante aceptable (se lo vería de lejos, hablaría poco, aparecería muy esporádicamente).

Era gordo, como el supremo, con una sonrisa extraña, mirada fascinadora, pocos escrúpulos como el supremo, vestido con carísimos trajes italianos, corbatas de seda, zapatos a

medida, etc. como el supremo. Claro, si era un clon.

Cuando el supremo resucitó misteriosamente transformado en petiso, no supieron qué hacer con la réplica. Finalmente el Supremo Petiso (hasta tres días antes, Supremo Gordo), lo destinó a cómico de gobierno y lo puso al frente de La Casa de Nuestra Moneda. Tenía el clon gordo dos enormes virtudes, a saber, su tontería y su genuflexión. El supremo lo bautizó con el mote de El Gordo Boludo (EGB). Y el gordo boludo sin necesidad de ejercerle violencia a su nombre, lo llevó a la cima de tales palabras. Le encantaba pavonearse cargado de alusiones al Poderoso: portaba un enorme cartel en su remera que decía Viva El, pendíale un llavero con la cara de Él, un aro con el nombre de Él y un enorme crucifijo en donde Él aparecía cómodamente instalado, aunque parezca imposible, y con su sonrisa ganadora. A su paso, el Bolú -como también lo llamaban- repartía monedas con la cara del jefe (que era, oh Borges, su misma cara), en colores y relieve. Por la mañana, muy temprano, salía el clon a dirigir la colocación de pasacalles por todo el recorrido que luego haría el Señor. Leyendas obviamente laudatorias de colores inevitables arrojaban sus destellos perfumados sobre los paseantes. El gordo transcurrió una vida feliz, hasta que los poderosos se hartaron de él y lo discontinuaron. Con sus restos armaron un sinfín de estatuas -mudas, por supuesto- que alegraron los jardines gubernamentales.

---

-----  
**ACLARACIÓN DEL EDITOR:** el Supremo Gordo se muere y al tercer día resucita con cuerpo de petiso.  
-----  
-----

## **Capítulo dos**

Por primera vez los Investigadores se vieron obligados a una inspección de las habitaciones del mismísimo supremo. Por ley universal se había decretado durante la última enmienda que todos los habitantes de la región puesta bajo la advocación del supremo gordo serían objetos de observación continua y sostenida a excepción, como queda dicho, del mismísimo supremo presi. Pero esta era una situación muy irregular, y por lo tanto era imprescindible saber qué había ocurrido. Los Investigadores, tres hombres casados padres de gemelos varones, vestidos de saco verde y pantalón pinzado amarillo patito, rigurosa corbata negra, sombrero bífido rojo y el emblema tan temido en la solapa derecha: un ojo de rubí de cuatro centímetros de diámetro (ante el que a todos los observados se le abrían inmediatamente las compuertas de abajo), entraron solemnemente con su extraño paso (dos rectos al frente, uno lateral a la izquierda, dos rectos al frente, uno lateral a la derecha) que confundía a quienes querían hacerles respetuosamente lugar.

Sólo miraron al Primo Ministro, ante quien tributaban en caso de acefalía. Y lo saludaron con las palabras inaugurales:

-Boinas- dijo el Investigador Mayor.

-Qué acelga –saludó el del Medio.

-Nalga- intervino el Menor.

-Oh, nietos de los Abuelos de la Nada, oh hijos del Padre de los Piojos, oh soberanos parientes leopoldinos de Gog y Magog, Barrantes y Barroso, Cástor y Pólux (nombres de sus respectivos gemelos), sed bienvenidos.

-Graci... ela, qué tul?

-Cómo te ba... ila?

- Nalga- dijo el Menor con parquedad.

Y el Primo Ministro los acompañó, algo confuso por el paso especial, hacia las habitaciones privadas donde yacía el cuerpo. Los tres Investigadores, a la vez, hicieron la señal del Supremo.

-Esta.

-Esta.

-Y... iesta!

Acompañaron al ministro hasta un rincón, le indicaron que tomara asiento y le solicitaron absoluto silencio e inmovilidad. Luego, colocáronse en cada uno de los restantes ángulos de la gran sala, quitáronse los bífidos sombreros rojos y del interior extrajeron un extraño aparato mezcla de magiclik y bujía de citroen 2cv al que calzáronle, los tres al unísono, un cablecito enroscado cola de chancho y del otro extremo a la parte inferior del gran ojo de rubí. Hicieron una prolongada pausa murmurando y luego, mientras repetían con voces enajenadas "meeenteee, espíiriitu, múscalooo" una extraña luz inundó la sala, el pájaro del

gran reloj cucú cantó aceleradamente mientras las agujas giraban raudas al revés.

El Primo Ministro vio entonces pasmado y boquiabierto, la escena que referiría después al resto del gabinete.

Cuando la rara luz empezó a disiparse como si hubiera sido bruma, el cadáver había desaparecido y en su lugar estaba el Supremo Gordo, oh gran jefe en su estado anterior, vivo y sonriente rodeado por sus dos preferidas. Estaba envuelto en las enormes toallas que usaba al salir del hamman, entraron los acólitos que le hicieron sus habituales zalemas y lo vistieron con los colores del gozo, luego se dirigió al jardín y de la puerta secreta extrajo una tinaja de oro, verificó su contenido y volvió a esconderla. La favorita le acercó su bebida. Luego él leyó durante unos cuantos minutos el libro sacro. Comenzó a rascarse hasta que capturó una pulga y cuando iba a pisarla se transformó en un espantoso efrit. Tenía seis cuernos en la cabeza, cada uno de cuatro codos de alto y tres rabos ahorquillados, de la misma extensión. Uno de los brazos tenía cinco codos de largo y el otro únicamente medio; era cojo y jorobado y tenía los ojos en el centro de la cara y de arriba abajo. Sus manos, mayores que calderos, acababan en garras de león; las piernas, terminadas en cascos, lo hacían renguear, y su zib, más gordo que de un elefante, le daba la vuelta por la espalda y salía triunfador. Besó la tierra entre sus manos delante del supremo, permaneciendo ante él humildemente, con los brazos cruzados, y dijo:

-Oh, mi señor, soy el esclavo que aguarda tus órdenes.

El Supremo Gordo, entonces, le acarició con ternura (y cierta dificultad) la cabeza y le dijo:

-Canta, oh Efrit, una hermosa poesía que alegre mi jornada.

Entonces tomó un melodioso laúd de madera de sicomoro de manos de una esclava y pulsando tersamente con sus garras leoninas entonó:

¡Sus nalgas! ¡oh sus nalgas! ¡Me estremezco al pensar en ellas! ¡Son una masa tan pesada que obligan a su ama a sentarse cuando se levanta y a levantarse cuando se tiende!

¡Tiene un trasero enorme y fastuoso, que requeriría una cintura menos frágil que aquella de la que está suspendido!

Constituye, tanto para ella como para mí, el origen de incesantes torturas y conflictos, pues a ella la obliga a sentarse cuando se levanta y a mí, al pensar en él, me pone el zib erguido.

¡Así es su trasero! De él parten dos muslos de glorioso mármol blanco, sólidos, unidos por una corona en lo alto. Luego vienen las piernas y los delicados pies, tan pequeños que me asombra que puedan sostener tanto peso.

El supremo gordo oyó extasiado la rara poesía y el mágico son del laúd. Hizo una seña a una de las esclavas quien al instante trajo dos copones de oro. El supremo tomó uno para sí y le dio el otro al efit. Brindaron. El gigante vació de un sorbo el contenido y dijo:

-Oh, amo, debo agradecerte el buen trato que me has brindado, la fina copa y el sublime néctar y especialmente no haberme destruido cuando era pulga. Y en retribución os daré el maravilloso zumo que fortifica los compañeros y endurece el zib a tu antojo.

Como el supremo accedió con un gesto, el efit voló hasta el zoco, compró lo necesario y regresó al instante con cuanto

necesitaba para la preparación: tomó dos onzas de zumo de copaiba china, una onza de extracto graso de cáñamo jónico, una de cariofilina fresca, una de cinamomo rojo de Serendib, diez dracmas de cadamono blanco de Malabar, cinco de jengibre indio, cinco de pimienta blanca, cinco de pimentón de las islas, media onza de tomillo de las montañas. Lo mezcló todo diestramente y, tras machacarlo y pasarlo por el tamiz, le echó miel pura, formando así una pasta muy compacta a la que añadió cinco gramos de almizcle y una onza de huevas de pescado machadas. Le añadió también un poco de julepe ligero de agua de rosas y lo puso todo en el tazón de porcelana.

-Señor, si con esto no consigues atravesar las paredes y fecundar un peñasco, llámame y tortúrame. Me convertiré nuevamente en pulga para que bailes sobre mis cuernos (en su rincón de observador único, el Primo Ministro intentaba memorizar desesperadamente la receta).

Y le dio el tazón a la preferida número dos, Cintura Más Flexible Que Palmera, y ella lo pasó a la preferida número uno, Más Dulce Que El Jugo Del Dátil, quien con los brazos extendidos y las rodillas en el mármol, lo brindó al Supremo Gordo.

Lo bebió de un prolongado sorbo ininterrumpido, puso los ojos luego en el cielo, una rara luz inundó el salón, cantó el pájarillo del cucú, desapareció el efrít y el supremo desplomóse de espaldas, eso sí, con el zib muy erecto.

Del rincón en el ángulo oscuro, silencioso y cubierto de asombro yace el Primo Ministro. Todo ha ocurrido ante sus ojos. Ha visto la verdad por obra de los magníficos Inspectores padres de gemelos. Ellos se han retirado ya, a su ritmo:

-Chau... cha



-¿Y ahora... qué acelga?

-Na... lga.

Y él ha quedado estupefacto frente al cadáver del Supremo.

Lo volvió en sí el sonoro ruidaje de sus tripas famélicas, se incorporó, regresó al salón de reuniones donde lo esperaban ansiosos todos los demás ministros y asesores. Para reponerse del impacto pidió algo de comer e inmediatamente refirió puntillosamente todo lo visto.

Sospecharon que le hubieran dado al Supremo algún gran pedazo de banj capaz de dormir a un elefante dos noches seguidas pero luego el médico verificó que no. A todo esto ya habían mandado decapitar a las dos jóvenes del harén que habían pasado la siesta con él, Más-Dulce- que-el-jugo-del-Dátil-Goncéliz y Cintura-más-flexible-que-la-rama-de-palmera-Fernándiz. Antes y durante el procedimiento justiciero, los ministros se hicieron recitar repetidas veces el fragmento de la poesía que el efrít cantor habíale entonado al Supremo al compás del melodioso laúd de sicomoro. También se hicieron representar por las dos jóvenes cada momento, cada verso del poema.

Gran impresión debió causarles a los ministros aquella puesta en escena. Pues mientras las dos jóvenes en cuatro patas eran decapitadas, obligadas a mover el elemento real hasta el fin, sonreían ellos nerviosamente y tomábanse ansiosos de las partes.

-----  
-----  
-----  
Nota del editor: Los investigadores reconstruyen el momento de la muerte: un monstruo le da al Supremo Gordo un líquido que le para el coso pero muere.  
-----  
-----  
-----

### **Capítulo tres**

En su etapa anterior fue Gordo, ahora, entre otras transformaciones de menor importancia, había devenido petiso. Sus ministros y asesores, obviamente, se mantuvieron en su vieja condición. Ellos no mutaron pues carecían del don de morir y resucitar.

¿Y qué hacer, cómo demostrarse verdaderos discípulos del humano Maestro siendo ellos obesos y Él, pequeñín? ¿Tomaría a mal el Supremo la falta de identificación de sus súbditos? Esta era la nueva preocupación gubernamental. Algo había que hacer. Se intentaron dietas fulminantes con las cuales solamente se obtuvo que medraran algunos médicos asociados y también quienes habían contratado a los galenos (incluidos los subcontratistas y algún pariente más o menos cercano de los mismos). Era imposible que comieran verdurita y bebieran jugo, inmersos como estaban entre las suculentas pastas, pantagruélicos asados con achuras y alcoholes de variada graduación. No. Ese no era el

camino para mostrarse buenos acólitos. Por otra parte había mucho trabajo por hacer: el cambio de imagen presidencial suponía una enorme serie de acomodamientos legales, publicitarios, culturales en fin. Después de agotadoras jornadas cómo privarse el primo ministro de dos o tres pizzas de anchobas, palmitos, jamón, queso, aceitunas, huevo duro, puré, cantimpalo, cebolla, panceta, brevas con miel, roquefort, ananá, cuatro quesos, nuez y novedades. Un trío de botellas de champán para bajarlas y unas masitas de postre. En la cama, dos whiskies.

Se multiplicaron los desayunos, más las picadas, entremeses, tentempiés, refuerzos, hacer base, algo que se pegue al riñón y meriendas de trabajo. Todo suculento para poder afrontar el sobrepeso de las tareas.

¿Y la ansiedad? ¿qué decir de la voraz ansiedad? A toda hora, comidas de trabajo. A toda media hora, a todo cuarto de hora, se comía por ansiedad. Al agrandamiento de los estómagos se sumaba el achicamiento de las voluntades.

Los rangos habían estado asociados al volumen. Qué ocurrirá ahora, se preguntaban. Dirigidos por tal petisez, serían los últimos de la escala.

La lógica del primer ministro tranquilizó a los demás: podemos ser o parecer petisos aún siendo gordos. Ahh de alivio y todos comenzaron a agacharse, encogerse, incrustar la cabeza entre los hombros o simplemente andar de rodillas.

Esta idea estuvo asociada a la revolución social que se iniciara con el cambio de condición suprema. Una nueva política de inmigración lanzóse con violencia innovadora: se dieron enormes ventajas a ciertos y determinados habitantes de otros lares que quisieran venir a morar en esta tierra generosa. Y así

fue como llegaron italianos del sur, coreanos, pigmeos del Brasil, nativos de las Islas de Andamán, jockeys y jocketas de cualquier país, ciertas tribus africanas. Sin importar raza, religión o condición social; basta con el deseo de vivir en estas pampas y especialmente de medir menos de un metro sesenta ya que esa era la altura del Supremo, o metro del patrón.

De la misma manera se prohíbe el ingreso al país en condición de inmigrantes, turistas o cualquier otra clase de visita o aparición pública de zulúes, nórdicos, watusys, jugadores de básquet.

Junto al medio aguinaldo se abonará un complemento semestral (no remunerativo) a todos aquellos ciudadanos que no superen la medida básica universal ya sea por naturaleza o por autoimposición.

Estos no son parches circunstanciales, ha dicho en conferencia de prensa el primo ministro, sino un plan quinquenal consolidado. Por tal razón, añadía, se bonificarán y se multarán a aquellos que trabajen en pro o contra de la Patria (lo dijo con mayúsculas). A saber (calzóse la gafas y leyó): visto y considerando el actual estado de cosas, se resuelve: primero: premiar con dosis extra de polenta a aquellos que porten los siguientes apellidos o similares: Cortina, Shortman, De Cicco, Picolino, Corti, Pequenino, Chiquisuela, , Carozzo, Granillo , Picolli, Gambacuorta, Mini, Pichonni, Petit, Cortazzo, Cortizo, Cortona, Plana, Del Curto, Del Pizzo. Pizolini, Escasena, Petti, Pulguinha, Senzalargura, Quasignomo, Petinato, etc. Pasan a considerarse de interés nacional los diminutivos. Y, segundo: se decide expulsar por antipatriotas, desestabilizadores y subversivos a aquellos que porten y/o se aferren a los siguientes apellidos o

similares: Grandinetti, Della Colina, De Arriba. Arribeños, Zubiaga, Altman, Cumbreira, Montagna, Del Cerro, Sierra, Monte, Haut, Longaniza, Longoni, Cima, Cimera, Scala, Aconcagua, Fitzroy, Himalaya, Altai, Karakorum, Mont Blanc, etc.

A partir de las 12 horas del mediodía de la fecha se permite y estimula la persecución y muerte de los guerrilleros nominales. Dotándose a los encargados de tal faena, militares y/o civiles, de los fondos necesarios para la consecución de tal fin.

-----  
-----  
**ACLARACIÓN DEL EDITOR:** El presidente gordo se transformó en petiso. Los ministros seguían siendo gordos. Entonces sus ministros se hacían los petisos agachándose.

-----  
-----  
**Capítulo cuatro**

Ya de gordo supo tener mal gusto, pero la concentración en petisez le multiplicó gigantemente, entre otros efectos colaterales, su estética general. Hizo el Supremo modificar completamente la Casa del Gobierno y la Quinta del Olivo. Se invirtieron sumas fabulosas a las que cada estamento del eslabón encargado del presupuesto le agregaba algún cero. Pero el beneficio sería

grandioso.

El techo del salón principal elevóse hasta los diez metros para que cupieran, entre otras cosas, los siete fantásticos cardones pintados con los colores del arco iris. Debajo del amarillo una tinaja repleta de aceitunas negras que se renuevan día a día; un bambi sonriente pareciera pastar aunque está embalsamado, bajo el naranja; a su lado un puma vivo encadenado al rojo cardón por momentos dormita aburrido, de a ratos gruñe al bambí que es untado con jugos cárnicos para tal fin; bonsái de ombú, fuente desde donde orina simpático un angelito y el original del pensador de Rodin presiden cada uno de los siguientes cardones. Y al pie del último, fiel a la leyenda, yace una inmensa tinaja llena de oro (lingotes, cálices, dientes, anillos de boda... donaciones, en fin, de amigos y servidores).

Una vitrina repleta de abanicos, otra con muñecas antiguas, otra con mariposas disecadas, otra con banderines de clubes de fútbol de todo el mundo, otra con platitos decorados, otra con ikebanas, otra con réplicas diminutas de estatuas, otra con reproducciones de construcciones famosas hechas con palillos y/o fósforos, otra con marquillas de cigarrillos y latas de cerveza. Sobre ellas veladores y portavelas, recuerdos de diversos lugares, piedras, conchas, fotos antiguas, diplomas de cursos y títulos.

Y en la pared principal, un retrato del Supremo, de cinco por nueve, al óleo, iluminado por spots de cine.

Con dos juegos de tres columnas (una jónica, otra dórica, otra corintia) se enmarca la puerta, que remata sobre el dintel con una ojiva gótica.

Pequeños nichos en el pasillo central representan como *via solii* la vida del Supremo con pintorescas estatuas coloreadas

donde se lo ve de niño luchando contra un dragón y escenas similares de heroísmo, bondad y récord sexual.

## **Capítulo cinco**

Marijú fue educada con frialdad y distancia por un petiso orejudo al que siempre amó secretamente porque también ella estaba impedida de manifestar sus afectos. Cuando mayor, por algún mecanismo psicológico simplísimo, identificó a su progenitor con el supremo, que si bien no era orejudo, era gordo y sería repetiso (su amor hacía él se lo anunciaba). Fue entonces que aquel calzado contenido y controlado por su entorno familiar y por ella misma, fue arrojado con inusitada violencia a los aires, es decir, revoleó con énfasis la chanclita. Tanto que la misma no regresó. A partir de entonces fue premiada por el impulso gubernamental, alrededor de tres veces al día. Fue su etapa feliz, salía en las tapas de las revistas del corazón y de la farándula, luciendo en pose sugerente sus tetitas (porque esto fue previo a los implantes). Pero un mal día, el corazón o lo que fuera del supremo, olvidóse della y reemplazóla por otra minerva. Entonces fue el dolor de dientes y la acritud del rostro. Su expresión volvióse constipada, y su intestino también. Por estas y otras razones comenzó a sufrir de gases. De tal calaña y hedor que convirtió en irrespirable la cámara alta, y qué decir de la cámara baja. Por un decreto de necesidad y severa urgencia, se la destinó a la Inspección de Espacios Alejados y Abiertos y Despoblados,

munida de un sumón impresionante para gastos reservados y para gastos lo que te guste. Así fue que de vez en cuando, merodeó los grandes bosques, plantaciones de cerezas, frutillas, kiwis y otras delicias que por razón y efecto de su petología supina convirtiéronse en poquísimo tiempo en bosques quemados y eriales sin frutos.

A los ardores sin sexo del frente, sumó la orejuda los gaseosos del fondo. Y si grato fue pasar de una obligada castidad a tres dobles diarios, proporcionalmente ingrato fue el regreso a la suma carencia pues doloroso es amar y no poderlo decir pero más lo es que no te den el succulento tentenpié con el tercio pie.

## **Capítulo seis**

Marijú, después de tres horas y media de baños, cremas, masajes, peinadores, manicuras y selección de vestuario, salió de su petit hotel directamente en el auto. Si el chofer se apurara un poco, llegaría casi a horario. El hombre, rubio, joven y fornido, le encendió un cigarrillo lamiéndolo durante unos cinco segundos. Ella revisó unos papeles. El contrato de privatización del agua de ríos y lagos le dejaría una importante ganancia. Volvió a leer la suma de su comisión, dudó, le solicitó una birome o lapicera al chofer y corrigió la cifra. Le agregó un cero. Dio una profunda pitada, lamió más que el filtro, miró por la ventanilla: el otoño se demoraba, la caída de las hojas y el color amarillento la ponían melancólica. Miró nuevamente el contrato y convirtió el tres en un ocho. Luego, los ceros en ochos grandes y los unos en cuatros angulosos (salvo uno que logró convertir afortunadamente en



siete). Ya satisfecha e imposibilitada de hacer más modificaciones, guardó la birrome ajena en la cartera propia. Abrió la portezuela del barcito de la limousine y se sirvió una copa de champán. Helado, de pequeñas burbujas. Afuera el viento comenzaba a arrastrar las hojas. Fastidiada por el tedio de la inminente reunión, añoró estar ya en su piso frente al Central Park que se ponía hermoso en primavera. Lo había comprado el año anterior, sí, recordó, "una semana después del contrato de privatización de teléfonos". Volvió sus ojos a la lejanía neoyorkina. "No", corrigió, "lo compré cuando las autopistas... Una semana después de los teléfonos, fue mi viaje a Suiza y las islas Caimán".

El vehículo oficial entró por el portón sur. Daba un poco de impresión estar en el subsuelo de esa inmensa mole que había hecho construir el presidente supremo. La Casa del Gobierno, con sus enormes salones finamente decorados, miraba a la plaza central y al río, al que se comunicaba por un larguísimo túnel secreto.

El oficial, de librea, le abrió la puerta y la acompañó hasta el ascensor. Dos guardias gigantes y con cara de mongoles, reciente adquisición que nunca se mostraba en público, la acompañaron. Marijú los observaba con deleite, quizás recordando, y comenzó a acariciar la chaqueta de raso verde intenso de uno de ellos como evaluando la calidad de la tela. Se detuvo en el delicado pañuelo azul que adornaba el bolsillo del gigantón, lo extrajo y olió el perfume (había sido una recomendación de ella cuando se privatizó la guardia y se adquirieron los costosos uniformes, fue justo antes de comprarse el campito en el oeste). Lo plegó con delicadeza, el ascensor ya llegaba a su destino, y lo guardó en su cartera.

El primero en saludarla fue EGB, el Gordo Bolú. "Me postergo a sus pies", dijo con gentileza y le besó la mano derecha. Luego, el ministro de Cultura le acercó una copa de champán. "El rubio burbujeante champán para la recién ministra llegada". Sentáronse a la mesa,

-¿Cómo el clima trátala, Marijú?

-Oh, muy bien, Farnández.

-Mas en Nueva ciertamente York estar preferiría acaso.

-Y, la verdad que sí.

-Bueno, terció Bolú, igual no todo lo que retumba es oro. Allá a veces neva.

-Sí, nieva (acentuó el ministro de Cultura).

-Ay, otra vez me equivoqué, me salió el culo por la tirata.

Cuando el gordísimo primer ministro, el doctor Epérez, iba a hablar, sonaron las fanfarrias, aparecieron los negros vestidos de dorado tocando clarines, trombas, fagots y cornos, seguidos por los liliputienses bombistas y tamborinistas. Las porristas clonadas para la ocasión (rubias, boconas, piernas largas) comenzaron a revolear con gracia sexy los bastones y plumeros. Vestidas con cortísimas faldas rojas llenas de lentejuelas, chaleco sin botones, generosamente abierto, amarillo rabioso con tachas y una flor azul en cada pezón, eran y hacían las delicias del poder. Tras un épico himno suspendido en lo alto del salón de reuniones, se hizo el silencio y apareció el Supremo. Todos se prosternaron y se hicieron la señal del enano, musitando con devoción: "¡Esta, esta, esta!"

Luego, él les acarició las cabezas a la distancia y todos aplaudieron. La comparsa se ubicó en abanico alrededor del Supremo, y cuando lo indicaba el libreto aplaudían, saltaban,

vitoreaban.

Entonces empezó Él a proferir la palabra ante los discípulos en genuflexión. Los brazos hacia delante, las palmas para adentro como enviando Sus innegables dones. Los ojos fijos más allá. Y los mortales allí presentes eran solamente orejas para Él. Aunque poco entendieron por el batifondo de los fuegos artificiales que acompañaron cada inflexión de Su voz. Porque a Sus espaldas brillaban y explotaban multicolores y sinfónicos los artilugios chinos. Comprendieron que llegaba al fin la alocución porque hubo un clímax que cubrió el cielo de flores radiantes y un manantial de espejos astillados. Luego se produjo un silencio de templo antiguo, las manos de Él retornaron a una postura más natural, indicó con la cabeza –un levísimo gesto- que podían ponerse de pie y luego sentarse cada ministro en su trono. Y así lo hicieron.

Marijú sacó sus anotaciones, y lamió la birome que le sacara al chofer (a quien llamaba chófer). Encendió un cigarrillo y también lo lamió recordando al ascensorista. Luego, con un delicado gesto, extrajo el pañuelo que le quitara.

EGB comenzó a agregarle ceros a un billete de 10 supres (una de las monedas oficiales). Era una de sus tareas más importantes y la realizaba cada vez que había que pagar los sueldos o partidas populares especiales. Cuando se le acalambraba la mano o se quedaba sin tinta llamaba a su amigo Chico. Chico Chicón era un especialista en la materia, imprimía dinero para países extranjeros y duplicaba las series para luego venderlo por su cuenta. Le había caído en gracia al Supremo por su apellido acorde a esta etapa diminuta presidencial. En esta reunión de gabinete, el gordo Bolú no podía recurrir al Chico, por eso le pidió prestada la birome a Marijú quien tras pegarle una

profunda lamida se la entregó. EGB siguió concentrado en su tarea, dibujando ceros con una copita en cada billete. Ponía tanta atención en ello que la lengua se salía de la cueva y pendía como su baba.

Bendecido por el Presi, el Ministro de Cultura se dirigió al frente, llamó a un nutrido grupo de jóvenes asesores que desplegaron con eficiencia pantallas gigantes, proyectores y laptops.

El jefe de asesores, alrededor de veinticinco años, rulos pequeños húmedos y un mechón cuidadosamente gelizado sobre la mitad del ojo derecho hasta el nacimiento de la boca, orlado por una mariposilla y una vaquita de San Antonio brillantes. Arito en el párpado izquierdo. Traje azul eléctrico, zapatos al tono, camisa blanca y corbata negligé con la cara de Groucho.

Comenzó una larga y complicada exposición con gráficos y videos sobre la manera de recaudar más dinero para el estado con un impuesto nuevo consistente en algo así como tasa al salario. La mayoría de los ministros estaba distraída. Empezaron entonces a charlar entre ellos de mujeres y comida. Al supremo tampoco le interesaban las cuentas ya que sabía perfectamente que eran invenciones fantásticas y erróneas en lo matemático solamente útiles para recaudar y poner en ejecución sus planes.

Llegó la comida. Mientras los jóvenes asesores chateaban entre sí y el jefe exponía sus sinrazones, el ministro de Estátodobien se zampó un par de triples de caviar en dos mordiscos. A su lado EGB lo intentó con tres pares en dos mordiscos. Lo logró y miró con sorna a su vecino quien no quería perder; de un solo tarascón, entonces, engullóse dos pares. La ecuación era compleja para el gordo Bolú (dos pares de tres es a

tres pares de dos como...), de manera que optó por comerse de una vez una pila incontada. Frente a él se debatían en lucha incruenta el jefe de gabinete y el ministro de Salud. Estaban empatados en doce canapés por vez y en la misma cantidad de arterias tapadas. Llegaron refuerzos. Tras media hora los cocineros no daban abasto, no ya en cocinar (tarea de la que habían desistido frente al alud de dientes) sino en abrir paquetes de los delíveris (al día siguiente, los periódicos y noticieros explicaron la alta concentración de motos como una clara muestra del crecimiento económico. “Dicen que hay hambre, comunicó el periodista central, pero anoche no se podía caminar por la cantidad de motocicletas cargadas de pizzas y empanadas”). El jefe de asesores explicaba cómo hacer para que el diez por ciento de cien fuera veinte. Bolú tragó diez triples de pepino y anchoa más doce canapés de palmitos y tres minipizzas de provoleta y cantimpalo, alcanzó de tal manera la pole position.

Al ver ciertos pastelillos algo removi6 los fondos del Supremo quien con su natural gracia enton6:

¡Oh pasteles! ¡dulces, finos y sublimes pasteles, enrollados con los dedos! ¡Vosotros sois la triaca, el antídoto de cualquier veneno! ¡Nada me gusta tanto, y constituís mi única esperanza, toda mi pasión!

¡El corazón se me estremece al ver un mantel bien extendido, en cuyo centro se aromatiza una kenafa nadando sobre la manteca y la miel en una gran bandeja!

¡Oh kenafa! ¡kenafa fina y sedosa como cabellera! ¡Mi deseo por saborearte ¡oh kenafa! llega a la exageración! ¡Y me pondría en peligro de muerte el pasar un día sin que estuvieses en mi mesa! ¡Oh kenafa!

¡Y tú, jarabe! ¡adorable y delicioso jarabe! ¡Aunque lo estuviera comiendo y bebiendo día y noche, volvería a desearlo en la vida futura!

-----  
-----  
(Nota del editor. Kenafa: especie de pastelillo hecho con fideos muy finos)  
-----  
-----

Emocionados, al borde de las lágrimas y el arrobamiento poético, dieron cuenta entonces del cangrejo con coco, la calabaza con jengibre en salsa de vino y sésamo, un garam masala para chuparse los dedos, cuscús de cordero, harissa, limones en conserva, aceitunas verdes escabechadas, arroz Pilaf, babaganoush, zaaluk, desmaterializaron la ensalada de trigo burgol, volatilizaron la crema de pepinos con menta y las bolitas de queso y el borek relleno de champiñones y panceta, fuese por el aire raudo el falafel de garbanzos, el laaddass; el ministro del Culto (preclaro discípulo del filósofo Grasiela, el invisible) dio cuenta de los niños envueltos en hojas de acelga.

Oíase en el parque del Gobierno al ruiseñor que modulaba melodías, mientras la tórtola entonaba su lamento de amor, el mirlo silbaba como un hombre y el palomo arrullaba como un ebrio. Más el tilín tilín de la cajita de música.

Llegó el Gran Transporte del Delivery y tanto el tagine de carne de cordero con ciruelas secas como la favata, la cubarda y

las albóndigas ovaladas de carne y trigo, tanto el pan de pita untado en crema de berenjenas como la pasta filo, el cerdo asado en tamarindo, las codornices a la cantonesa, el cerdo con miel y salsa hoisin como el pato ahumado al alcanfor y té con caracoles de mar, pollo con diente de dragón, codillo con azúcar, osobuco a la jardinera, pavo con salsa de cajú, tanto el blinis de pavo ahumado como las milanesas de soja a la napolitana, fueron.

Entre los regüeldos, hipos, pedos, eructos, flatos, ventosidades, sickes, cuescos, lanzamientos, regurgitaciones, gases y reclamos de alimentos trajeron de emergencia los postres. Hubo un juego de luces anunciándolos y por un instante pasó un ángel o un efrít. Catorce mozas con otras tantas bandejas sirvieron los albaricoques de almendra dulce. Volaron. Ciruelas del color de hermosos labios y mirabeles de dulce encanto e higos rojos, blancos, verdes; peras, manzanas, bananas, kiwis, bolitas de melón, cuadraditos de sandía, duraznos... fueron arrasados. Los ministros y asesores en manga carcomieron, manducaron, mandáronse a coleteo los helados, postres helados, cremas, tortas, masas.

Quince minutos más y las bandejas raleaban. El gordo Bolú, en caída libre, se masticó un fajo de billetes de ex diez y ahora cien. El ministro de Salud incorporóse un fajo similar más un teléfono satelital. El primo ministro duplicó la apuesta, tragó las extensiones de todas las secretarias, cuatro vinchas, tres pañuelos, los anillos de sus amantes, la laptop de un asesor y un resto de pizetta que extrañamente había caído sobre sus faldas, al hacerlo notó que le faltaban los zapatos. El ministro de Seguridad atacaba pósters turísticos, y para acompañar, como ensaladas, los cueros embetunados, rumióse dos ramos de calas

naturales y uno de caléndulas plásticas. Marijú lamía con delectación de cucurucho la corbata del jefe de jóvenes asesores mientras éste explicaba que podrían llamar a licitación para crear una empresa proveedora de porcentajes.

Llegaron los refuerzos culinarios donados en la emergencia por enriquecidos cocineros empresarios: fueron engullidos de sobrepique, de la siguiente manera: apenas los mozos comenzaban las maniobras de descenso de sus plateadas flying saucers, las primicias que las colmaban eran desintegradas en el aire como en un día de la independencia. Así caducaron cien porciones de arrollado de faisán con trufas, tortillas quemadas al rum, lomos de ciervo al pepinillo, gambas con salsa de rúcula, jabalí con cerezas y arándanos, una damajuana de tinto (graciosamente transportada sobre la cabeza de un ministro), seis fuentes de vittel thoné, porciones de maná con salsa de champignones, anillos y gemelos de algún mozo.

En el contiguo jardín las rosas más bellas que mejillas de mujer, temían; la violetas como llamas de azufres, temblaban; las flores más raras y diversas tenían pánico de ser atacadas: narcisos de negros ojos, violas acherontias bien regadas, amapolas.

Los liliputienses de la murga presidencial estaban desnudos y sin peluquín mientras en un rincón próximo varios secretarios de estado roían los instrumentos de percusión. El salón había quedado literalmente pelado, sin plantas, ni adornos, ni manteles, todo devorado. Hasta los cuadros de naturalezas muertas, incluidos los marcos, habían pasado a los vientres. Los ministros echados en cuatro patas roían las idems de la mesa. Comenzaron a mostrarse las dentaduras postizas, algún diente y fundas. Se



tiraron tarascones famélicos unos a otros. Cuando el ágape se complicaba en gruñidos, ante un leve gesto supremo, se abrieron las ventanillas de aireación y cayó un beatífico polvo que fue ferozmente inhalado, lengüeteado, succionado por los presentes. Se duplicó la música y con ella las pastillas multicolores. Hubo gemidos, aullidos, quejidos, alaridos y hasta maullidos. Sin ropas, acelerados y con la panza bastante llena, atacaron a las hembras y los mozos, en primer lugar, y luego mutuamente hasta quedar formada una enorme masa copulante en la que solamente se podía distinguir al Supremo, arriba de la bola de gente, ensartando con su gracia sucesivamente a cada ministro, secretario de estado y asesor, en riguroso orden jerárquico.

El ministro Farnández, en el clímax, logró arrebatarse a EGB la birome para anotarse un número de teléfono en la mano, mientras Marijú convertía los seis en nueves y los nueves en seis.

-----  
-----  
Nota del editor (letra casi ilegible, quizás nerviosa): una  
cena con los ministros.  
-----  
-----  
-----

## Capítulo siete

Salió el sol, parecía que el vasto horizonte ardía. La masa gobernante comenzó a desperezarse. Por los vitrales que antes fueran de la Catedral, la luz rojiza del amanecer golpeó las caras de quienes habían quedado arriba de la humana montaña. El loro presidencial empezó a entonar la Marcha de Nosotros. El Supremo, que nunca dormía, dio la orden de inyectar a los remolones con una fórmula secreta antirresaca traída no se sabía de qué remota aldea del Cáucaso. El gordo Bolú aún seguía sintiéndose mal. Abrió los ojos. "Creí que me había dado la muerte súbdita", dijo, lo inyectaron y recuperó los colores. El ministro de cultura recitó apenas fuera pinchado la Oda al Sol acentuando el ritmo marcial en el estribillo "¡Oh Sol, oh sol, oh sol!". El primo ministro, el doctor Epérez, quitóle al recitante la birrome, dibujó en el aire una cifra secreta, y guardóse la en el bolsillo de la bata roja que uno de los asesores de vestuarios le acercaba. Farnández sin dejar el recitado, escogió la robe plateada.

Sonaron trompetas y campanillas y se hizo presente con gran pompa el representante de los dioses, el filósofo-mago Hoguer, delgado, afeitado y pulcro como estatua de mármol, alto el jopo, alta la mirada, firme el paso, y munido como siempre de su portafolios sacro.

-Héroes, os bendigo. Supremo, Supremo, Supremo, los dioses estén con Vos.

-¿Amado filósofo-mago, cuál es vuestro mensaje?

-Oh, Supremo, Supremo, Supremo, tráeme una cuestión que incomoda a los Altísimos según he vislumbrado esta

madrugada en las entrañas de los cerdos y el vuelo de los caranchos.

-Decid.

-Oh, Supremo, Supremo, Supremo, se presagian, se auguran, nos anotician de nefastos negros horizontes si no procedemos con premura y rectitud. Al abrir los vientres las entrañas bulleron en clara señal. Confronté con el vuelo de los caranchos y comportáronse cual blandas palomas en lugar de comer la diaria carroña. Malas señales de los Altísimos.

Oh, Supremo, supremo, supremo, invoco a los nuestros benefactores proveedores Cafarón, divino Ducler, inmáculo Trusho, a Juárezón a Palitón propiciadores del sacro metal de los dioses, dorado o plateado, nuevo o gastado, al portador, endosado, diferido, caimanizado off shore; venido del aire, de la blanca pureza o el ingenioso clering. Oh, supremo, supremo, supremo, el poderoso caballero que rige sobre ruines estómagos y elevados bolsillos. Sacro, sacro y sigo sacrando, oh supremo.

Oh supremo, supremo, supremo, ved las entrañas tronar, ved las vísceras gemir, ved amigos en desgracia perseguidos y sin vento para afrontar justicias.

“Justicias afrontar, justicias afrontar” replicó el de Cultura Ministro.

-Los quieren convertir en chivos respiratorios –EGB dixit.

En el sublime momento por encima de los límites, mientras con los ojos en blanco y las manos extendidas en humilde solicitud al Supremo, el filósofo-mago Hoguer lleno de púrpura, lleno de brillo, erguido el jopo, clamaba casi elevado sobre los mortales ministros (que yacían o beatos babeantes, o resacosos babeantes); mientras el ministro divino de la valija mágica

esparcía sus bendiciones hacia el poder, las aves canoras comenzaron a sobrevolarlo como mensajeras de las alturas. El cisne Pítico, Diana jilguero, Baco pinzón, Cibeles avestruz, gavián protector de Sunio, el cuervo Nevermorro.

Oh, invoco a los héroes, a las aves, a los hijos de los héroes, al porfirión, al pelícano, al pelecino, al fléxide, al tetraon, al pavo real, al elea, a la cerceta, al elasa, a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

Oh, esparcid, esparcid, derramad, derramad, y vil metal traed, traed.

Oh, venid, jilguero, carpintero, golondrina.

Volad, traed, depositad.

Idos, idos, las de mala voluntad.

-Sí, clamó Bolú, que se vayan los pájaros de mal aujero.

Venid, oh carancho, volad hacia aquí tijereta, colibrí, zorzal y hornero.

Era aquel un cuadro homérico: el sol en el horizonte, las majadas rumbo al mercado central. Jamás se ha oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a los Altísimos lluvias para los campos propios, fecundidad para los ganados ministeriales y asociados, tolerancia y silencio para los ciudadanos, seguridad para los vuelos a Colombia por la ruta del Inca. Oh vientos del sur. Oh, lluvias de abril.

Oh, supremo, supremo, supremo –continuó con voz tonante- aquí os traigo los dones. Y con un gesto delicado pero firme abrió cual San Félix su mágica valija, arca de la nueva alianza, la reciente alianza, de la que surgieron para alegría y azoramiento de los circunstantes voces, cantos, risas doradas.

“Todo está bien, todo esta bien” oyóse entonces, entonado por el oportuno Coro. “Paz, paz, paz y dejadme en paz” respondió el semicoro. Los bajos “Supremo, Supremo, Supremo”, contraltos “Todo está bien, todo está bien”. Y entonces abrióse la valija y vistosas cacatúas multicolores desplegaron sus alas y circunvolvieron a los presentes en una formación que como flecha señalaba la cabeza del Supremo. Todos aplaudieron y luego cuando con voces conmocionantes entonaron “La marcha de Nosotros”, hasta el primer ministro lloró, hasta EGB se emocionó, hasta la Marijú moqueó mientras pellizcaba las nalgas de un mozo que tampoco paraba de gimotear.

Y nuevamente el del jopo clamó “Amigo en desgracia, afrontar justicia”. Y el de Cultura Ministro replicó “Oh amigo oh desgracia oh afrontar oh justicia”.

Y el del jopo alzó sus brazos al cielo elevando la sacra valija femeninamente abierta hacia el Supremo.

Entonces ocurrió. Las aves detuvieron su vuelo y su canto, quedaron pendientes en donde las encontró la gran hora como guirnaldas ya con el pico abierto, ya con las alas desplegadas, ya a punto de abonar el piso palaciego.

En ese momento algo grande sucedió: el Presi descendió del pedestal (lo que provocó que todos se prosternaran, cara al suelo y manos extendidas hacia Él), se dirigió hacia la magna valija, que seguía prodigando milagros, y depositó en ella una orden de pago para que el sacro filósofo de la corte, el señor Hoguer, ayudara religiosamente a Amigo en desgracia.

El del jopo, hizo una solemne genuflexión, recogió una

birome ajena que descansaba en la punta de la mesa, escondióla en su maleta feliz, y retiróse, diciendo: "No hay mejor amigo que el que deposita todo por su amigo".

## **Capítulo ocho**

El sacro convento pequeño para la renovación del Libro Mayor, o conventillo, constaba de tantas salas de descanso y meditación cuantos superfilósofos había. A Hoguer le habían destinado un megadormitorio de techos dorados cuyo oro, según la venerada tradición, había sido extraído por los nativos de las minas, todos de piel oscura, menores de edad y analfabetos. Espejos venecianos de cuerpo entero, adornaban el techo, y encajonaban –por así decirlo- la inmensa cama. Descansaba allí el filósofo. La cabeza dulcemente apoyada en una almohadón persa con forma y contenido de valija mágica, mientras Migorda, a quien Hoguer veía por el espejo de espaldas, en cuatro patas, desnudo (lo ordena el ritual), palpábale y sobábale y untábale los miembros en clara actitud beatífica y renovadora. ¿Qué pensamientos, qué iluminaciones, qué visiones del mundo de arriba se erigirán en la mente del supremo filósofo? ¿Tal vez los efrits buenos, quizás las huríes, dancen bajo sus párpados que pujan por abrirse y observar con placer los espejos mientras Migorda, el acólito, lo adoba?

En otra habitación simétrica, el filósofo Grasiela, el invisible, en posición invertida besa en sesenta y nueve chakras (lo ordena el ritual) con humildad al joven acólito, que yace en otro juliano boca arriba observando el georgiano espejo. Aquí las paredes son

acolchadas con capitoné, el techo es plateado y penden de él arañas con caireles de perlas caribeñas. Esposas y cadenas en la cabecera y piesera de la enorme cama, son claros símbolos de las ataduras y la esclavitud del hombre que sólo puede ser librado por la reiteración obsesiva de los ritos adoptados desde el último Cónclave de filósofos.

Otros auríspices han llegado desde todo el reino del Supremo Enano para participar de la magna renovación y reforma del Gran Libro. Algunos, según lo indica el ritual y el gusto personal, tal el caso de Polígamo de Tyro, están sumergidos en jacuzzis acompañados por jóvenes asistentes mientras las aguas y las sales bullen. Otros se purifican por la comida y la bebida, y en una ceremonia de muerte y resurrección simbólicas se hartan ("se matan" según su jerga) con los frutos de la tierra, el mar y el aire para luego proceder a su expulsión a la manera romana y nueva ingesta y continuación del culto. Otros, solitarios, optan por prepararse a través de las imágenes, y pasan las horas observando fotografías y videos para inspirarse a sí mismos. Mientras unos fuman las pipas del oriente, otros aspiran los polvos protocolares.

Así transcurre la siesta del Cónclave. Largas son las horas de meditación y trabajo. Suena la campana del salón de conferencias a la hora prevista y todos los filósofos se ponen las ropas púrpuras, violetas o índigas que corresponden a su edad y procedencia. Ya en el gran ámbito, el Supremo Enano les reitera su amor, les impone las manos y se retira dejándolos solos para que continúen con su tarea. Mientras se aleja, todos entonan la Marcha de Nosotros.

El turno de la palabra le corresponde a Tártaro de Saboya, quien se pone de pie, saluda con una leve inclinación de cabeza a izquierda y derecha, y procede a leer su propuesta. Sintéticamente, digamos, que consiste en la modificación del pasaje en el que se reivindica la violencia. El nuestro, dijo Tártaro con unción, debe de ser siempre un mensaje de amor. Hizo una indicación al acólito Migorda y éste comenzó a leer el pasaje discutible:

“...encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados delante de sus mesas. Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, desparramó las monedas de los cambistas, derribó sus mesas y les dijo a los vendedores: Saquen esto de aquí y no hagan del Templo una cueva de ladrones.”

Volvió a su asiento lateral Migorda y Tártaro retomó la palabra. “Hermanos auríspices, exclamó, ¿opináis vosotros que éste es un pasaje veraz? Ciertamente que no. ¿Opináis vosotros que aquí el Supremo se comporta de acuerdo a los preceptos de afecto y solidaridad y respeto por el trabajo? Ciertamente que no. ¿Opináis que es éste un mensaje que está de acuerdo con la libertad de comercio y la seguridad jurídica de nativos y extraños? –prosiguió retórico y subiendo el volumen. Ciertamente que no. Ergo, hermanos, propongo la abolición de este fragmento malamente incorporado por algún copista tendencioso y cargado de foránea ideología.

-Ciertamente que sí. –Respondieron a coro. Y así quedó consignada como primera enmienda reparadora.

Entonces tomó la palabra el empurpurado Grasiela, el invisible, acompañado por Lázaro de Torres, su acólito preferido



vestido con un jubón de fustán y un sayo de manga tranzada y una capa frisada. Lázaro adoraba al filósofo, quien le había hecho romper los zapatos por primera vez. Desde entonces había roto más que todo el convento. El diminuto y pálido Grassín o Grasiela, el invisible, tomó entonces la palabra y con su habitual manera de no mirar a los ojos, solicitó a su acólito que leyera el pasaje seleccionado.

“Los dos ángeles llegaron a Sodoma al atardecer, mientras Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad. Al verlos, se levantó para saludarlos, e inclinándose hasta el suelo les dijo: Les ruego señores que venga a pasar la noche en casa de este servidor. No, le respondieron, pasaremos la noche en la plaza. Pero Lot los convenció. Aún no se habían acostado cuando los hombres de la ciudad se agolparon alrededor de la casa, estaba toda la población desde el más joven hasta el más viejo reclamando que les entregaran a los ángeles para tener relaciones con ellos...”

Aquí, con un gesto algo nervioso, Grasiela, el invisible, indicó al joven que interrumpiera el relato.

-Ya sabéis como continúa y cómo según esta versión apócrifa del Libro, fueron castigados los habitantes de Sodoma y Gomorra: “Llovió azufre y fuego del cielo y toda la región quedó abrasada y un humo subía de la tierra como el humo de un horno.” Pero frente a esta versión adúltera, podemos citar esta otra interpretación que los exegetas han considerado más ajustada al espíritu del Libro. Y en ella, os recuerdo, se habla de la superioridad del hombre sobre la mujer en todos los aspectos.

“El Supremo ha modelado el cuerpo de los adolescentes con una admirable perfección, en detrimento de las mujeres, y mis gustos me llevan a preferir siempre lo perfecto a lo imperfecto...”

Y más adelante: “El Libro afirma que los hombres superan en mucho a las mujeres porque Él les ha dado la superioridad. Por tanto el hombre está por encima de la mujer y el adolescente es preferible a la muchacha.” Y baste agregar del Libro lo que ha cantado el poeta sacro:

iOh mi única beldad, oh mozalbete! iTu amor es mi fe! ¡Es para mí la religión predilecta entre todas las creencias!

iPor ti he dejado a las mujeres, hasta el punto de que mis amigos han observado esta abstinencia y han supuesto, los muy ignorantes, que me había hecho monje y religioso!

Y otro ha dicho:

iOh niño hermoso, eras mi esclavo, y te liberté para utilizarte en infecundos ataques! iPues tú, por lo menos, no puedes criar huevos en tu seno!

Iba a ser espantoso, en efecto, acercarme a una mujer virtuosa de anchas caderas, Nada más cabalgarla, me daría tantos hijos que no podría contarlos toda la comarca.

Se aprobó por unanimidad esta reforma. Cabe decir que en un intervalo previo, el Supremo Enano se había entrevistado con Hoguer, el portador de la valija, y le había manifestado los inconvenientes que se avecinaban por la gran crisis del petróleo y cómo sería sumamente ventajoso para la Patria (lo dijo con mayúsculas) que nuestros hermanos de oriente no fueran discriminados a la hora de reformar el Libro. Se había decidido

entonces (y Hoguer lo comunicó luego al Cónclave) utilizar mil y una fuentes orientales e incorporar todo lo necesario en el Nuevo Gran Libro enmendado. El Supremo invocó a San Banel, el cajero, para convencer a los distintos representantes empurpurados, avioletados e indigados. Y el portador de la mágica valija partió hacia la sala del cónclave y aceptáronse, tras breve regateo filosófico, las enmiendas ut supra mencionadas.

Grasiela, el invisible, respetuoso de las altas autoridades, sugirió también la incorporación de este otro poema mil y uno:

La gente, oh amigo mío, nos acusa de algo que les es desconocido y de nosotros dice todo lo malo que se le ocurre.

¡Ven, amigo! ¡Seamos lo bastante generosos para darle la razón a nuestros enemigos y, puesto que sospechan una cosa, hagámosla por lo menos una vez! Luego, si te parece, nos arrepentiremos. ¡Ven, amigo dócil, a esforzarte conmigo para que quede en paz la conciencia de nuestros agresores!

Doblado y con un nudo allá abajo sintióse Migorda al escuchar de su también admirado Grasiela, el invisible, estas palabras.

Se aceptó la sugerencia bilateral y redactaron nuevamente el fragmento:

“En aquel tiempo, estando con su discípulo favorito, díjole estas palabras divinas: “La gente, oh amigo mío, nos acusa de algo...”

Se acordó que por una cuestión de sincretismo religioso, eso dijeron, se reemplazara cualquier nombre de divinidad antigua o moderna, oriental u occidental, por el de Supremo:

“En aquel tiempo, estando el Supremo con su discípulo favorito...”

Se aclararon ciertos ítems del capítulo Números 17 y siguientes, especialmente en lo referido al diezmo para los filósofos del Supremo, los derechos de los mismos a participar de todo aquel emprendimiento que resultare exitoso y especialmente el derecho a pernada (con la propia pierna o la del otro).

“Una vez que hayan reservado la mejor parte, ustedes (es decir los filósofos) y sus familias podrán comerla en cualquier lugar, porque esta es la recompensa por los servicios que prestan al Supremo”.

A continuación se ubicó un párrafo de los capítulos 25 y 30 del Exodo “Las contribuciones para la construcción del Santuario” y “El impuesto para el Santuario” con algunas pequeñas modificaciones, a saber: la palabra santuario fue reemplazada por mansión quedando entonces “El impuesto para la mansión del filósofo”.

“...oro, plata y bronce; púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí; lino fino y pelo de cabra; cueros de carnero teñidos de rojo, pieles finas y madera de acacia; aceite para las lámparas, perfumes para el óleo de unción de las doncellas o los mozos según el caso; piedras de ónix y piedras de engaste para el efod y el pectoral. En la construcción de la mansión y de todo su

mobiliario han de ajustarse exactamente a los modelos que elegirán los filósofos como así también en la ubicación del predio que deberá estar en un parque nacional (frente al lago Nahuel Huapi, en el Palmar, el Valle de la Luna, las Cataratas...) que serán convenientemente cercadas y su coto vigilado con extremo celo para preservar la paz, la meditación y el placer de los sacros filósofos.”

Y a continuación se agregó, modificado con extrema dureza, el capítulo 22 de Éxodo “Delitos contra la propiedad del filósofo” y el capítulo 25 del Levítico denominado “Ley del talión” y el 26 “Promesas de maldición”:

“Pero si no me obedecen ciegamente y no cumplen al pie de la letra con cualquiera de mis normas, órdenes, pedidos, sugerencias y/o caprichos, yo el Supremo los trataré de la siguiente manera...”

Hubo un intermedio para comer y luego se redactarían los 333 tipos distintos de castigos, que van desde la extracción de todas las muelas, uñas y testículos o pezones, hasta los más severos.

Durante el recreo totalmente culinario, el filósofo Hoguer, portador de la valija, apuró su paso para poner al tanto al Supremo Enano de las modificaciones. Le presentó los originales del Libro Reformado y mientras ingería autoflagelante sus sándwiches de miga (jamón y queso), el Presi observó rápidamente el texto.

-Oh, sacro aúripice, noto que habéis corregido dignamente el viejo Libro. Solamente quisiera haceros algunas observaciones. La palabra Supremo, que alude a todo gran hacedor, debería

aparecer más a menudo, oh Hoguer.

Mientras se despegaba con delicadeza un trozo de miga que se le había adherido al paladar, el filósofo solicitó la carpeta con un leve gesto, la abrió, la revisó y cuando el resto de sándwich se liberó finalmente, dijo:

-Oh, Supremo, Supremo, Supremo, inmediatamente se hará vuestra voluntad.

Y el Presi magnánimo volvió a llenar la valija del filósofo.

De regreso al salón pasó por su habitación donde lo esperaba Migorda. Algo le ocurría al acólito, pero la premura por cumplir con el deber filosófico-teológico lo llevó a obviar toda zalema y dirigirse prestamente a la cámara del Cónclave. Habló en primer lugar con Tártaro y Polígono, inmediatamente se incorporó Grasiela, el invisible. Decidieron proponer un cuarto intermedio hasta el día siguiente, que fue aceptado en seguida de manera unánime pues los representantes estaban cansados, famélicos, con todos los apetitos desplegados y síndrome de variadas abstinencias.

Regresó veloz y no se sorprendió de encontrarlo a Migorda sobre la cama, lloriqueando.

-Tengo que trabajar, después hablamos. -Ordenó. Migorda se incorporó, secó las lágrimas y le acercó con presteza una bandeja de sándwiches de miga, que había hecho con sus propias manos (el pan untado con manteca en lugar de mayonesa, más queso que jamón).

Comenzó por el principio, es decir el libro de la creación del mundo y la caída del hombre. Primera gran modificación, ya acordada unánimemente, usar "Supremo" en lugar de "Dios",

“Jehová” o similar. A la ya conocida descripción del Edén le anexó una aclaración que consideraba altamente necesaria:

“Al principio creó el Supremo el cielo y la tierra... y dijo: que haya un firmamento... que las aguas se llenen de una multitud de seres vivientes y que vuelen pájaros sobre la tierra, por el firmamento del cielo... que la tierra produzca toda clase de seres vivientes...

...entonces, viendo que todo aquello era bueno pero el hombre no lo aprovecharía correctamente y en plenitud, decidió el Supremo privatizar sectores del Jardín para beneficio futuro del pueblo... y así fueron cercados los lugares más fértiles y las aguas más puras...

De Edén nace un río que riega el jardín, y desde allí se divide en cuatro brazos. El primero se llama Pisón donde hay oro. El oro de esa región es excelente y en ella hay también bedelio y lapislázuli. El segundo río se llama Guijón. El tercero se llama Tigris. El cuarto es el Éufrates. Y el Supremo otorgó la concesión de ellos a dos magnas empresas extranjeras: la primera norteamericana con el 51%, la segunda del mercado común europeo con el 49% restante, aunque en ambas también había capitales del Oriente. Y vio el Supremo que lo recaudado para sí era bueno y descansó...”

Hoguer levantó la vista después de releer el texto reformado y sonrió satisfecho. Luego tomó otro triple de miga y continuó. Lo referente a la creación de la mujer le daba fastidio, de modo que optó por dejar que ese capítulo lo retocara Grasiela, el invisible y sus jóvenes ayudantes. Se detuvo, eso sí, en una cuestión que consideraba capital: la referente a la serpiente opositora venida de tierras foráneas ajenas a nuestra cultura y ética. Pero lo ganó

el cansancio, llamó a Migorda y le indicó que le preparara el baño. Ya en el enorme jacuzzi, mientras el acólito lo sedaba con su canto y sus masajes, le preguntó por qué había estado llorando. Estaba muy sensible, dijo. Y el buen filósofo le solicitó entonces que le contara alguno de aquellos viejos cuentos que había animado sus primeros encuentros.

Y Migorda leyó:

Ante aquel llamamiento tan formal, Grano-de-Belleza cogió por las caderas a la joven, y asestó el robusto y dulce nervio en dirección a la puerta de los triunfos y empujándolo hacia el corredor de cristal, lo hizo llegar rápidamente a la puerta de las victorias. Después lo desvió del camino real, y lo impulsó con brío por el atajo hacia la puerta del montador; pero como el nervio vacilaba ante lo angosto de aquella puerta amurallada, forzó el paso desfondando la tapa del tarro, y se encontró entonces en su casa, como si el arquitecto hubiera tomado las medidas por ambos lados a la vez. Luego siguió su excursión, visitando lentamente el zoco del lunes, el mercado del martes, el bazar del miércoles, y los puestos del jueves. Y habiendo desatado así todo que tenía que desatar, descansó, como buen musulmán, a la entrada del viernes.

Y tal fue el viaje de prueba de Grano-de-Belleza y de su niño por el jardín de la muchacha ...

Aquí Migorda no pudo contener el llanto y sus lágrimas brotaron cual catarata. Hoguer entonces le acarició la cabeza y dulcemente le preguntó qué le ocurría. Tras un hipo y gimoteo, el acólito, con voz quebrada murmuró: Hoy es el aniversario de



nuestra primera batalla. Y entonces, el filósofo recordó la fecha, lo besó tibiamente en la frente y lo acogió en su seno.

Y decidió el filósofo Del Jopo continuar él con las lecturas motivadoras. Y leyó:

"...no tienes más que seguirme a mi lecho. ¡Y allí me probarás positivamente si eres un buen jugador de ajedrez!" Y saltando sobre ambos pies, contestó Anís: "¡Por Alah, ioh mi señora! que en el lecho vas a ver cómo el rey blanco supera a todos los jinetes!" Y diciendo estas palabras, la cogió en brazos, y cargado con aquella luna, corrió a la alcoba, cuya puerta hubo de abrirle la servidora Hubub. Y allí jugó con la joven una partida de ajedrez siguiendo todas las reglas de un arte consumado, e hizo que la sucediese una segunda partida y una tercera partida, y así sucesivamente hasta la partida décimoquinta, haciendo portarse tan valientemente al rey en todos los asaltos, que la joven, maravillada y sin alientos, hubo de darse por vencida, y exclamó: "Triunfaste, ioh padre de las lanzas y de los jinetes!" Luego añadió: "¡Por Alah sobre ti, ioh mi señor! di al rey que descanse!" Y se levantó riendo y puso fin por aquella noche a las partidas de ajedrez.

Entonces, nadando con alma y cuerpo en el océano de las delicias, reposaron un momento en brazos uno de otro.

Oh, mi señor Hoguer, dijo conmovido Migorda mientras ponía una mano sobre el libro para detener la lectura, oh mi señor Hoguer, están tocando nuestra canción. Después de la pausa, el filósofo continuó:

Y durante tres días obraron de tal suerte, sin tregua ni descanso, haciendo girar la rueda por el agua, y rechinar sin interrupción el huso del jovenzuelo, y dar de mamar de su madre al cordero, y entrar el dedo en el anillo, y reposar el niño en su cuna, y abrazarse los dos gemelos, y meter el tornillo en la rosca, y alargar el cuello del camello, y picotear el gorrión a la gorriona, y piar en su nido caliente el hermoso pájaro, y atascarse de grano el pichón, y ramonear el gazapo, y rumiar el ternero, y triscar el cabrito, y pegarse piel con piel, hasta que el padre de los asaltos, que nunca quedaba mal, cesó por sí mismo de tocar la zampoña.

Tras de lo cual me hicieron dejar el hammam y me condujeron al aposento íntimo de mi reciente esposa, que me esperaba ataviada sólo con su belleza.

Y al punto vino ella a mí, y se echó sobre mí, y se restregó conmigo con un ardor asombroso. Y yo ioh mi señor! sentí que mi alma se albergaba por entero donde tú sabes, y di cima a la obra para la que había sido requerido y a la tarea que se me pedía, y vencí lo que hasta entonces pertenecía al dominio de lo invencible, y abatí lo que estaba por abatir, y arrebaté lo que estaba por arrebatarse, y tomé lo que pude y di lo que era necesario, y me levanté, y me eché, y cargué, y descargué, y clavé, y forcé, y llené, y barrené, y reforcé, y excité, y apreté, y derribé, y avancé, y recomencé, y de tal manera, ioh mi señor sultán! que aquella noche Quien tú sabes fue realmente el valiente a quien llaman el cordero, el herrero, el aplastante, el calamitoso, el largo, el férreo, el llorón, el abridor, el agujereador, el frotador, el irresistible, el báculo del derviche, la herramienta prodigiosa, el explorador, el tuerto acometedor, el alfanje del guerrero, el

nadador infatigable, el ruiseñor canoro, el padre de cuello gordo, el padre del turbante, el padre de cabeza calva, el padre de los estremecimientos, el padre de las delicias, el padre de los terrores, el gallo sin cresta ni voz, el hijo de su padre, la herencia del pobre, el músculo caprichoso y el grueso nervio dulce. Y creo ¡oh mi señor sultán! que aquella noche cada remoquete fue acompañado de su explicación, cada cualidad de su prueba y cada atributo de su demostración. Y nos interrumpimos en nuestros trabajos sólo porque ya había transcurrido la noche y teníamos que levantarnos para la plegaria de la mañana.

Mientras tanto Migorda, lloraba leve y dulce.

Luego ordenó por señas a sus mujeres que llevaran una mesa grande y baja, hecha de un solo trozo de plata, y en la cual había grabados estos versos gastronómicos:

¡Hunde las cucharas en las salseras grandes, y regocija tus ojos y regocija tu corazón con todas estas especies admirables y variadas!

¡Guisados y cochifritos, asados y cocidos, confituras y helados, fritadas y compotas al aire libre o al horno!

¡Oh codornices! ¡oh pollos! ¡oh capones! ¡oh enternecedores! ¡los adoro!

¡Y vosotros, corderos cebados durante tanto tiempo con alfónsigos, y ahora rellenos de uvas en esta bandeja, ¡oh excelencias!

¡Aunque no tenéis alas como las codornices y los pollos y los capones, me gustáis mucho!

¡En cuanto a ti, ¡oh kabab a la parrilla! que Alah te bendiga! ¡Jamás me verá tu color dorado decirle que no!

¡Y a ti, ensalada de verdolaga, que en esta escudilla bebes el alma misma de los olivos, te pertenece mi espíritu, ¡oh amiga mía!

¡A la vista de esta pareja de pescados asentados en el fondo del plato sobre menta fresca, te estremeces de placer en mi pecho, ¡oh corazón mío!

¡Y tú, bienhadada boca mía, cállate y sueña con comer estas delicias de las que por siempre hablarán los anales!

Entonces las doncellas les sirvieron los manjares perfumados. Y ambos comieron juntos hasta la saciedad y se endulzaron. Y les llevaron los frascos de vino, y bebieron ambos en la misma copa.

Era una mesa llena de vajilla del Khorassán, de oro y de plata, y que ostentaba cuantos manjares fritos y asados pudiesen desear el paladar, la nariz y los ojos. Entre otras cosas

admirables, había allí aves rellenas de alfónsigos y de uvas, y pescados servidos en buñuelos de galleta, y especialmente una ensalada de verdolaga, a cuyo solo aspecto se me hacía agua la boca. No hablaré de las demás cosas, por ejemplo, de un maravilloso arroz con crema de búfalo, en el que de buena gana hubiera hundido mi mano hasta el codo, ni de la confitura de zanahorias con nueces, que tanto me gusta -¡oh! estoy seguro de que algún día me hará morir-, ni de las frutas, ni de las bebidas.

Y llegó hasta el sitio en que estaba Hassán, y se puso a mirar por todos lados, sin ver a Hassán. Y su hermana también miraba en torno suyo por todas direcciones, pero no veía a Hassán. Y Hassán se preguntaba: "¡El caso es que estas pequeñas amazonas no son ciegas! ¿Por qué no me ven, entonces?" Y les gritó: "¡Estoy aquí! ¡Venid!" Y las chiquillas miraron en la dirección de donde partía la voz, pero no vieron a Hassán; y tuvieron miedo, y se echaron a llorar. Y Hassán se acercó a ellas y las tocó en el hombro, y les dijo: "¡Heme aquí! ¿Por qué lloráis, niñas?" Y las muchachas levantaron la cabeza, pero no vieron a Hassán. Y se aterraron tanto entonces, que echaron a correr con todas sus fuerzas, lanzando gritos estridentes, como si las persiguiese un genni de mala especie. Y a la sazón se dijo Hassán: "¡No cabe duda! ¡Este gorro está encantado! ¡Y su encanto consiste en hacer invisible a quien lo lleva en la cabeza!" Y se puso a bailar de alegría, diciéndose: "¡Alah me lo envía! ¡Porque, con este gorro en la cabeza, puedo correr a ver a mi esposa sin que a mí me vea nadie!"

Y al punto retornó a la ciudad, y para comprobar mejor las virtudes de aquel gorro, quiso experimentar su efecto ante la

amazona vieja. Y la buscó por todas partes, y acabó por encontrarla en su aposento del palacio, sujeta con una cadena a una anilla empotrada en la pared, por orden de la princesa. Entonces, para asegurarse de si era invisible realmente, se acercó a un estante en el que habían colocado vasos de porcelana, y tiró al suelo el vaso más grande, que fue a romperse a los pies de la vieja. Y lanzó entonces ella un grito de espanto, creyéndolo una fechoría de los malos efrits que estaban a las órdenes de Nur Al-Huda.

Hoguer, el de la valija, interrumpe su lectura. Una leve gota de sudor ha perlado su magna frente y se desliza desde la sombra del jopo hasta el cuidado entrecejo. Migorda quédase rígido, atónito. Percibe que un inesperado silencio inunda el megadormitorio dorado. ¡Aire, aire!- murmura el acólito, se intercomunica y a los dos minutos con treinta segundos alguien golpea tímidamente la puerta. Es el Reparador de Sueños. Hace una reverencia hasta el piso alfombrado, levanta luego la cabeza y prestamente se aboca a la revisión y reparación del equipo de aire acondicionado. En siete minutos la atmósfera retoma su temperatura estable.

Hoguer, el de la valija, recompone su imagen tras secarse la leve gota de sudor que hubo perlado su magna frente, mientras Migorda (lo indica el ritual) golpea brutalmente durante seis minutos al Reparador de Sueños, que se arrastra hasta la puerta y se retira con un saludo reverente.

## Capítulo diez

El Supremo Enano vestido con el ropón dorado del atardecer salió a los jardines. Hoy, su humor lo guiaba al rincón del calor. Caminaba solo, vigilado a distancia por algún ministro y los custodias por si necesitaba algo. Con paso solemne se dirigió a la fuente del verano. Una maravilla de mármol que alcanzaba los diez metros y se extendía por un diámetro de cinco. Erguíanse en ella figuras míticas, árboles cargados de piedras preciosas enormes como frutos, hermosas mujeres representando las diversas razas en actitud de zambullirse graciosas a las puras aguas de la fuente donde circulaban raras especies ictícolas. Cuatro ángeles y cuatro huríes expelían desde las alturas chorros multicolores por sus bocas. Golpeaban las gotas en los cuernos de un efrít de bronce y saltaban isócronas hacia cada relieve del brocal: el borde áureo de la fuente estaba adornado con flores exóticas entretejidas como hiedras por los doce metros del círculo perfecto matizadas aquí y allá por los cien retratos del Supremo.

Se sentó en un banco con el libro en la mano. Cada tarde repetía su paseo y descanso a la misma hora frente a una fuente distinta de un jardín distinto para que los admiradores del pueblo, que se amontonaban contra las enormes rejas, pudieran verlo.

Sonó la campana de la oración y tanto la plebe como los ministros, no solamente los acólitos sino también los filósofos, dejaron sus tareas por cinco minutos (lo ordena el ritual) y se prosternaron hacia la Casa del Gobierno desde donde el Supremo enviaría su diaria e imprescindible bendición.

Un gran silencio se hizo entonces. El Supremo se puso de pie, apoyó el libro en el brocal de la fuente y con los brazos como quilla hacia los cuatro puntos cardinales (las cuatro grandes puertas de la Casa del Gobierno) murmuró su inaudible mensaje salvífico. Por unos breves instantes pareció flotar a veinte centímetros del suelo sagrado. Luego, volvió a sentarse, retomó la lectura y las gentes transportadas no notaron que el Supremo en su poderosa magia mantenía el libro al revés.

Sonó la campana del secreto. Todas las puertas fueron clausuradas por los telones amarillos ante los cuales debían los visitantes cerrar los ojos y retirarse nuevamente a sus hogares. Los magnos lienzos dejaban ciego al que osaba mirarlos y los ciegos tenían menor ración de polenta. Cayeron lentos cubriendo toda abertura al exterior. Por dentro, las ilustraciones que imitaban cada sector del jardín los disimulaban. Lentamente se desplazó la comitiva de danzarinas que acompañarían al Supremo. Lo rodearon, lo alzaron y se dirigieron hasta el salón rubí sin dejar de entonar sus zalemas. Lo esperaban con una rodilla izquierda los peluqueros, todos sordos y eunucos. Formaban dos semicírculos, el grupo de verde con peines, el de rojo con tijeras. El Supremo fue depositado por las doncellas en el centro del semicírculo, sonaron las fanfarrias y todo comenzó. El Gran Peluca, el único que había sido premiado con el mantenimiento útil de sus orejas, asistido por su séquito numeroso, peinaba al Supremo según el diseño elaborado por el equipo asesor de imagen. El nuevo sistema de batido le agregaba dos centímetros a la ya estirada estatura del Presidente Enano. Una verdadera obra de ingeniería capilar armada en torno a una estructura invisible de



hilos de oro que se entretejían como alambrado sobre el que se pinzaban los pelos uno a uno hasta formar una cúpula abovedada que concluía hacia el frente en un medio flequillo negligé y hacia los lados y la popa en una combada catarata casi beat. Oh yeaaa. La faena, ardua y fundamental en la agenda del gobierno, solamente podía ser interrumpida por una catástrofe política. Y tal fue el caso. El Primo Ministro, más cianótico y agitado que nunca, entró todo lo rápidamente que su soberana obesidad le permitía, al salón rubí, que era el destinado a las revoluciones del cabello. Por un instante, el Supremo pareció alterarse. Un leve parpadeo. Pero de inmediato recuperó su eterna frialdad. El gran gordo le informó balbuceante que estaba por saltar a la primera página de algunos diarios, la verdad sobre la muerte de Juanpi.

Juan Pablo, o Juanpi como lo llamaban cariñosamente, era uno de los pocos filósofos del Cónclave Reformista, que se había opuesto tenazmente a ciertos cambios del Libro Sagrado. Favorecía las modernizaciones de ciertos aspectos de la vida recogida de los filósofos, como por ejemplo en lo atinente al celibato y, para los fieles, en lo relativo al control de la natalidad. Juanpi consideraba que en el Santo Libro nada se decía en contra del matrimonio de los consagrados y creía también que en determinados casos podría aceptarse la utilización de métodos no químicos para aquellas parejas que lo necesitaran. Un grupo, aunque ciertamente reducido, de filósofos, apoyaba estas posturas. Pero Hoguer, Grasiela, el invisible, y la línea dura se oponían tenazmente. Como las votaciones se complicaban y casi todos los integrantes del grupo contrincante se negaron a aceptar regalos de San Banel, el cajero, y después de secretas reuniones entre el de la valija y el Supremo, apareció muerto Juanpi.

Evidentemente envenenado. Se ocultó el hecho y la votación siguió su curso. De más está decir que el resto del grupo contrera aceptó finalmente las reformas propuestas por los "duros".

Pero ahora, nadie sabía cómo, la verdad parecía estallar en los medios de comunicación. Era extraño que ocurriera, aseguró el Primo Ministro, ya que habían sido enviados como de costumbre los sobres a determinados periodistas y se había abonado en término toda la pauta publicitaria.

Ante un gesto del Gran Peluca, todos quedaron en silencio. Las tijeras y peines y secadores y cepillos, detenidos en el aire, congelados. El Supremo le hizo una leve indicación al peluquero para que continuara y así lo hizo. Luego llamó a los Sicarios y les dio sus breves indicaciones.

Al día siguiente las primeras planas y todos los noticieros sólo hablaban de la gigantesca explosión en el edificio del Deporte y de las setecientas muertes que el atentado extremista había ocasionado.

Y cuatro días después esta noticia se fue desvaneciendo frente a la irrupción paralizante de un supuesto meteorito que caería en menos de una semana sobre nuestro planeta.

Hasta los mismos ministros, que sabían cómo se fabricaban las crónicas periodísticas, suspendían cualquier actividad para mirar el noticiero central:

"Meteoro gigante destruiría la tierra a la brevedad."

Pasamos a desarrollar la información: Un meteorito, aerolito o cometa estaría por precipitarse, caer, desmoronarse, abatirse sobre nuestro querido planeta tierra o pacha mama. Según

informaron, avisaron, comunicaron desde la central o centro astronómico de observación estelar cósmica un bólido de colosales dimensiones inmensales caería sobre nuestro hogar en el espacio, este hermoso planeta nuestro que tiene todos los climas en un breve lapso temporal.

Después del corte ampliaremos la información con una comunicación en directo con nuestro compatriota el ingeniero aeronaval Walter Cusin.

Damos vuelta la página, el director técnico de Arsenal habría criticado al Coco Cusamen.

Tenemos la comunicación o vinculación telefónica con nuestro compatriota el ingeniero aeronaval Walter Cusin. Pero antes la respuesta del Coco Cusamen al Chino Antunes por la pérdida o derrota el último domingo frente al eterno rival, por no decir enemigo futbolísticamente hablando, del Allboys Juniors por tres a cero donde el cual Coco, alias Mamut, marró, erró, pifió, equivocó o bien diríamos desvió hacia la bandeja alta dos tiros desde los doce pasos lo cual motivó como causal que el técnico, el profesor Antunes, decidiría no incluirlo en el próximo encuentro.

Pero atención, debemos interrumpir para comunicar o avisar que el meteorito se encuentra más cerca. Podrán observar en la parte superior derecha de la pantalla una cuenta regresiva que indica cuánto tiempo nos queda y los kilómetros que nos separan de esa mole helada de roca.”

Al cabo de una semana, como de costumbre, el meteorito informativo languideció dando paso a cinco días muy tensos con las imágenes de un ángel que había sido atrapado en Garmendia, un pueblo situado a ocho kilómetros de la Cordillera y a tres de la

zona fronteriza. Un periodista estrella fue enviado al pueblo hermano para reportear al ser alado, que resultó ser muy viejo, con unas alas enormes y que hablaba en una lengua extraña, noruego tal vez. Mientras tanto pasó desapercibido el suicidio de varios testigos del caso Juanpi. El filósofo Hoguer analizó sesudamente en su programa televisivo dominical las posibilidades de que el ser que descendiera tras una tormenta en Garmendia, fuera realmente un ángel. Características, usos, modos y costumbres de los mismos.

Por su parte Tártaro de Saboya, conocido filósofo místico, comentó en el mismo espacio televisivo el cumplimiento de las profecías de Nostradamus. "La aparición de un viejo ser alado será coincidente con el gobierno magno de un Presidente Brillante. La aceptación de todas sus decisiones y caprichos será la llave que abra el cofre de la bienaventuranza para los pueblos."

Durante toda la semana siguiente en cada casa, escuela, fábrica restante, comercio de extranjerías por dos monedas, y oficinas, solamente se habló, discutió y analizó la predicción como así también el gol malamente anulado al Coco, alias Mamut, en el partido en zona de promoción del Apertura, ida, segunda fase.

También apoyó Grasiela, el invisible, las opiniones filosóficas de sus compurpados con su reflexión en torno a las profecías de San Malquías sobre los presidentes.

Grasiela no solamente tenía el don de la invisibilidad, gracias al backsided palo mágico, sino también el de la oportunidad. Su perspicacia lo hacía acertar con la reflexión justa y el regalo preciso para el Supremo. Apenas el Enano se había convertido en tal, le obsequió el filósofo un libro con las profecías

de San Malaquías, el irlandés visionario que hiciera los lemas sobre los papas venideros. En otra ocasión le regaló las Centurias de Nostradamus. Y el Supremo Enano entretenía sus tardes con la lectura de aquellos anticipos y los interpretaba a su manera atribuyéndose las acciones, revoluciones, nombres que le resultaban convenientes y atractivos. Por ejemplo, comenzó a hacerse denominar como Presi Romanus (tomado de Petrus Romanus) porque le sonaba bien, y le gustaba la idea imperial, aunque él no tenía nada de romano. Cuando le dijeron que aquel lema correspondía al último en la lista de Malaquías y se vinculaba al fin de los tiempos, sin inmutarse respondió el Enano: por supuesto, después de mí, el diluvio, el Apocalipsis, las siete plagas. Se hacía entonar por alguna de sus doncellas acompañadas con laúd, los versos de Nostradamus.

#### XXXII

El gran Imperio será pronto trasladado  
En lugar pequeño, que bien pronto crecerá.  
Lugar bien ínfimo de exiguo condado.  
Donde en medio vendrá a poner su cetro.

#### XLIII

Antes de que llegue el cambio de Imperio,  
Llegará un caso maravilloso,  
El campamento enmudecido, el pilar de Porfirio  
Puesto, transmutado bajo la roca retorcida.

#### XLIV

En breve volverán sacrificios.  
Contraventores serán llevados al martirio:

No habrán más monjes, abates, ni novicios,  
La miel será mucho más cara que la cera.

Y en su cabeza todo se mezcla de manera extravagante o incomprensible al menos para sus ministros, quienes aceptan los caprichos del soberano a pie juntillas. Por eso, se supone, que el precio de la miel se fue a las nubes, y los empurpurados comenzaron a denominarse a sí mismo "filósofos o auríspices". Algunos versos que anunciaban su venida y los lemas que lo anticipaban, fueron introducidos en el Gran Libro cuando se realizó la Reforma. De allí en más fue reconocido como "flor de flores", "el del olivo", "rex populi", "pene mágnum", y otros.

En retribución a Grasiela, el Supremo Enano le había regalado el palo de la invisibilidad: Apenas transformado de Gordo a Enano, tras recibir los regalos del ahora invisible, una noche de inspiración reunió a sus ministros y a sus íntimos colaboradores y filósofos destacados y les demostró las magníficas posibilidades de una especie de kohl en polvo negro muy fino. Primero untó con él un gorro, se lo calzó e inmediatamente lo perdieron de vista. Él les hablaba desde distintos rincones del salón, pero ningún ministro, colaborador o auríspice sacro lo podía hallar. En medio del asombro, el Supremo se quitó el gorro mágico y reapareció. Luego untó con el polvo negro muy fino algunos objetos a cuyo contacto desaparecía el portador. Llamó a Grasiela y le hizo el honor de ser el primero de los elegidos (muchos fueron llamados, pocos electos) en recibir como premio un objeto invisibilizante. Grasiela eligió un palo y al introducirselo en su cuerpo desapareció. Desde entonces prácticamente no se lo podía ver, salvo en contadas ocasiones. El Supremo era el único ante quien

nadie, por ninguna magia, gorro o palo o fino polvo negro de kohl, pasaba desapercibido. Con el don de convertir en invisible, el Supremo tenía también la gracia de ver todo lo visible e invisible.

En las afueras de la Casa del Gobierno, tras la puerta que está junto al gran olivo, se agolpaba cada mañana la multitud. Una interminable cola de ancianas rezadoras, viejos protestones, jóvenes con frío o calor, madres muñidas de niños, padres con una zapatilla sola, entre otros, esperaban la hora señalada. Algunos, que se gloriaban con su actitud pedante (mentón hacia arriba, mirada soberana) de ser los primeros, se habían instalado con la puesta del sol. Pasado largamente el amanecer se acercaban a la puerta los funcionarios (varios gigantones) y comenzaba el ritual.

Los golpes eran dados meticulosamente y sin furor, casi con una actitud sacramental. Consistían generalmente en trompadas en el estómago, latigazos (alrededor de diez) en las espaldas y concluía con la clásica patada en el culo ante la cual, el joven funcionario instalado tras la mesa de algarrobo, extendía el pertinente certificado de asistencia.

Hacia el fondo de la cola se ve que sigue llegando gente.

-¿Están pegando muy fuerte hoy?

-No, por suerte empezaron livianito.

-Sí, pero a medida que van pasando se va calentando el motor, como quien dice.

-Claro... y... yo no iba a venir hoy, estoy con una gripe... pero después es peor, entre la multa y los intereses por mora...

-¡Qué barbaridad! ¿no le parece?

-Y qué le va usted a hacer...

-La cosa es así, nomás, todos hicimos alguna macana, seguro, no?

-En algo andaríamos...

-Con un poco de suerte nos toca el pelado.

-Mientras no me toque el de bigotito... ese está dando con ganas.

-¿Le parece que se ofenderán los funcionarios si me agacho para frotarme el pie?

-Y... yo le diría que...

-Tiene razón, mejor me aguanto.

-Sí, me comentaron que ayer a muchos le dieron la otra zapatilla, sabe.

-Ojalá.

-A los que llegaron primeros les dieron doble ración de polenta.

-... y pensar que...

Pero se interrumpió porque le tocaba el turno. El gigantón pelado hoy estaba benevolente, sólo le dio ocho rebencazos en las nalgas y la ceremonial patada en el culo. Le firmaron la libreta y le dieron la bolsita con el paquete de arroz, una pila nueva para la radio y otra zapatilla izquierda.

El Supremo Enano reingresó en la Casa. Afuera en los jardines, las esclavas desnudas cuidaban las plantas, las flores, las aguas de las fuentes para que todo mantuviera su belleza y plenitud. Caminó a paso lento por el amplio pasillo que llevaba al salón central y de allí vigilante recorrió las salas de reuniones donde trabajaban los ministros. Verificó que todo estuviera en su



lugar antes de retirarse a descansar. Efectivamente el gabinete desplegado en sus distintas oficinas estaba cumpliendo con su deber:

En el departamento azul, el Primo Ministro y dos asesores cerraban un convenio con la banca Drake-Morgan por el que se obtenía una inmensa ganancia a depositar en la cuenta suiza a cambio de la libre navegación de los ríos. El derecho incluía la obligación, por parte del estado, de cercar las márgenes con alambre perimetral electrificado de cuatro metros de altura, en el plazo de dos meses. Cada trescientos kilómetros, la Empresa, permitiría la construcción de un paso de ochenta centímetros de ancho de orilla a orilla, y cada quinientos kilómetros, un puente de cinco metros de ancho. El peaje sería recaudado por la banca extranjera y los sueldos del personal los cubriría el estado. La licitación se haría por un plazo de veinte años, renovable.

En el inmenso departamento rojo, el Ministro de Prensa y Medios en gran reunión ampliada, discutía con los creativos publicitarios sobre próximas elecciones, campañas y cortinas humeantes. Para levantar la ya elevada popularidad del Supremo se propusieron distintas ideas, la mayoría de ellas ya habían sido aplicadas con éxito en otros reinos o en este mismo antes. Las que se aprobaron y pasaron a carpeta para ser analizadas posteriormente por las comisiones creadas para tal fin fueron:

- 1) Inventar una guerra contra algún país remoto y desconocido, real o imaginario (se sugirieron Macondo y la Ínsula Barataria, la Atlántida y Tartesos pero finalmente se optó por un país vecino muy pobre, se llenarían las calles de banderas y se inventaría que esos negros nos vienen a sacar el trabajo, tienen olor a pata, sus mujeres tiran a los recién nacidos desde arriba de

los árboles contra una piedra, comen ratas y gatos y perros y no creen en la divinidad del Supremo).

2) Matar a un pariente, o supuesto pariente del Supremo, echarle la culpa a algún intelectual opositor que viva en el extranjero. O inventar un grupo guerrillero y financiarlo. Luego traicionarlo.

3) Repartir pan dulce, alfajores y coca.

4) Obligar a todos a tener relaciones sexuales por lo menos dos veces por semana.

5) Crear más falsas opciones "yo o la inundación". "Después de mí, se desborda el Salado o se viene el terremoto o chocan los planetas o similar."

6) Ganar un campeonato de algo.

7) Inventar otro romance del Supremo con alguna súper estrella de Hollywood.

8) Repartir soma o paco.

Cuando notaron que las sugerencias en este plano se agotaban, decidieron abocarse al tratamiento del tema electoral. Se propusieron distintos combos nuevos porque el de la entrega de una zapatilla antes de la elección y la otra después en caso de ganar, ya se había utilizado reiteradas veces y por algún error financiero se habían "olvidado" de entregar la que completaba el par. En torbellino de ideas estaban cuando Jaime, el respetado joven reconocido creativo de las marcas mejor instaladas en el mercado, comenzó a hablar. Todas las miradas se dirigieron a él, quien con un gesto levemente teatral se puso de pie, desgarrado, pulcramente desprolijo, y se dirigió a la pizarra donde comenzó a garabatear algunas ideas mientras las comentaba. Sugirió

proponer distintos combos para que la población electora tuviera la sensación de elegir. Y anotó algunos, a los que se sumaron otros y otros más de boca de los restantes jóvenes creativos:

Primer combo preelectoral:

A cambio de un voto, se daría un vale por: tres cuotas de un electrodoméstico (todavía no se había decidido si una plancha o una licuadora), un centímetro plus (sea voto masculino o femenino) y un superpancho con mostaza y mayonesa.

Segundo combo:

Un voto= 2 centímetros plus, una cuota de heladera y una de microondas.

Tercer combo:

Un voto= un caballo, una cuota, medio centímetro.

El Supremo siguió su paseo y finalmente se detuvo por unos momentos en el salón verde, donde el Ministro de Finanzas, calculadora en mano, resumía la evolución diaria:

“No hemos tenido inconvenientes con la cotización del centímetro, es decir que se mantiene la paridad cambiaria (aplausos generalizados):

o sea que un centímetro común sigue equivaliendo a un centímetro. Y en la cotización flotante, un centímetro supremo vale 1 punto 3 centímetros. Recuerden que ayer estaba a 1.28”.

Nuevas ovaciones y sonrisa de satisfacción del Supremo, quien saludó con una bendición y se retiró a descansar, sintiéndose aún más alto que de costumbre.

Tras la puerta blanca, Él lo sabía, el resto del gabinete se dedicaba a catar las comidas que serían servidas al día siguiente. EGB se incorporaba a dos manos lapas y caramujos y bígaros en escabeche, sopa de batata, ensalada de papaya verde con col fermentada, panecillos de Yorkshire, filetes de cocodrilo rebosado, curanto en olla, empanadas de pato, canguro salteado con fideos, albóndigas de erizo y coco, pizza con champán, kalapirukat, kulebryaka, y koeksisters de postre. Mientras los demás ministros hacían lo que podían.

Lo llamó Marijú para quejarse del asesor de peluqueros de la región 5, especialidad eventos livianos. Aparentemente, según pudo percibir telefónicamente el Supremo de la andanada de palabras chilladas por Ella, una de las extensiones realizadas habría sufrido un rechazo del resto de la cabellera. Solía ocurrir en el pasado con los primitivos transplantes de órganos. En casos agudos, como el reemplazo del corazón o el hígado, habían sido mortales. Pero ahora toda esa etapa había sido superada, especialmente en lo que al pelo se refería. Para complacerla y dejar de oírla dio la orden y de inmediato los hermanos Sicarios capturaron, torturaron y eliminaron al problemático asesor de peluqueros de la región 5 especialidad eventos livianos y le llevaron como trofeo y prueba el cuero cabelludo (reutilizable) y las uñas para postizos

Marijú y el Supremo estaban ahora reconciliados tras una etapa de separación. Al menos mantenían las formas. Cada cual hacía su vida pero eran para el pueblo la Suprema Pareja.

Después de escucharla reflexionó el Supremo. Claro, con todo esto del lanzamiento de su campaña electoral, los preparativos que venía sufriendo la primera Suprema lógicamente le provocaban stress, nerviosismo, en fin, tensiones. En los últimos cuatro meses había intensificado patrióticamente el cuidado de su cuerpo sin dejar nada librado al azar. Largas sesiones de sacrificios: se sometió a máquinas que le estimularon y fortalecieron los músculos por medio de secuencias de electricidad transmitidas por electrodos que modelan y afinan muslos, cintura y cadera. Más los ejercicios para levantar la cola, endurecer las rodillas, afinar los tobillos y eliminar la grasa excesiva de las caderas, prácticas realizadas dentro de una cápsula (solo la cabeza queda afuera) a altas temperaturas para descongestionar las zonas con adiposidad, flacidez o celulitis. Luego el relleno de labios con mezclas de ácido hialurónico con un polímero glucídico llamado dextran y con colágeno y microesferas de polimetilmetacrilato. De allí, directamente a la lipoaspiración de muslos por medio de jeringas. Inmediatamente a esculpirse las uñas con el adherido de puntas de acrílico. Casi corriendo al blanqueamiento de dientes y la micropigmentación de labios por medio de implantaciones de colorantes especiales en la piel para dibujar el contorno y destacar la boca, disimular imperfecciones y asimetrías. Nuevamente al quirófano para la blefaroplastia que consiste en la extracción de la grasa sobrante que se acumula bajo los ojos por medio de una incisión con un bisturí eléctrico.

La pobre primera Suprema, no tenía paz. Y para colmo no había tratamiento que le solucionara el tema de los gases que había contraído cuando se distanciaron Ella y Él. Habían consultado, pagando altísimas tarifas, a prestigiosos especialistas de todo el orbe: medicina tradicional, homeopatía, digitopuntura, acupuntura, quimioterapia, brujería afrocaribeña. Algo en su interior se rebelaba y al salir era un pequeño armagedón. Finalmente se logró paliar el efecto por medio de un pequeño tanque de GNC (gas natural comprimido) que, hábilmente oculto en el miriñaque del vestido, guardaba el metano. El envase debía reemplazarse aproximadamente cada dos horas. Tarea que realizaba con presteza y eficacia el equipo de producción que la acompañaba a todo acto público: camarógrafos, iluminadores, musicalizadores completaban el grupo. Los asesores de imagen había recomendado un tipo especial de iluminación y la puesta en escena requería de clímax y anticlímax creados por el guion de sus discursos y por la gradación musical. Nada librado al azar. La ropa y las joyas carísimas no se repetían nunca. Poseía cofres y armarios llenos de suntuosidades, vestidos de Mordin, telas de Baalbeck, sederías de Homs, brocados de Bagdad, gasas de Mossul, mantos de Mogreb, bordados de la India. La asistían además un gran número de esclavos negros y de esclavos blancos, de mamelucos turcos, concubinas, eunucos, mancebos de Grecia y de Siria, doncellas de Circasia, pequeños eunucos de Abisinia y mujeres de todos los países que se trasladaban munidos de armas de Damasco en camellos de Bactriana y dromedarios de carrera. Había un mueble en el que se guardaban exclusivamente los cinturones y lazos, se destacaba uno de diez hileras de bolas de ámbar y medias lunas de oro, y en cada bola de ámbar iba

incrustado un rubí, y en cada media luna nueve perlas y diez diamantes. En distintas tinajas enormes brillaban el oro, las pedrerías, la plata, las perlas, los relojes, los cintillos, las peinetas, las ajorcas, brazaletes, rubíes, pulseras, esmeraldas. Cuando ya no hubo lugar para tanta riqueza, el Supremo hizo construir un anexo en la Casa del Olivo que contaba de siete salas (fue un regalo de reconciliación): La primera sala estaba atestada de enormes montones de perlas, grandes y pequeñas, abundando las grandes, que tenían el tamaño de un huevo de paloma y brillaban como la luna llena. La segunda sala superaba en riqueza a la primera, y aparecía repleta de diamantes, rubíes azules y carbunclos. En la tercera había esmeraldas solamente; en la cuarta, montones de oro en bruto; en la quinta, monedas de oro de todas las naciones; en la sexta, plata virgen; en la séptima, monedas de plata de todas las naciones. Las demás salas estaban llenas de cuantas pedrerías hay en el seno de la tierra y del mar: topacios, turquesas, jacintos, piedras del Yemen, cornalinas de los más variados colores, jarrones de jade, collares, brazaletes, cinturones y todas las preseas, en fin, usadas en las cortes de reyes y de emires. La mudanza trajo dolores de cabeza a Marijú, angustiada porque todo estuviera en su sitio. Y para colmo, el cansancio y el stress le multiplicaron la producción de gases.

## **Capítulo once**

Día de pago. Alegría general y expectativas por premios. Ningún ministro, asesor, director, en fin ningún funcionario está ausente en el microestadio donde cada semana se procede a

entregar en mano el sobre supremo. Nombre impropio ya porque no consistía precisamente en un sobre sino en tinajas que serían acarreadas por los respectivos acólitos vestidos con el gris taparrabo ritual que hubo bendecido en su oportunidad el filósofo Hoguer. El del jopo, con su mágica valija, también está presente, junto a los demás integrantes del filosofato sacro, en la platea principal frente a la mesa consagrada donde se ubicaría el Supremo, quien en persona hace los viernes la donación a cada cabeza de grupo para que luego continúe piramidal la distribución según méritos y favores.

Suena el gong. Todos prosternados de cara al centro. Desde lo alto, en una plataforma dorada, lentamente desciende el Supremo. Cuando toca el piso suenan las fanfarrias y se interpreta con emoción La Marcha de Nosotros. El Supremo está radiante con su nuevo peinado, la tiara sobre él y el ropón magnífico. Doce doncellas desnudas, vírgenes por el momento, representando los signos, lo acompañan en media luna. Se hace un silencio al vacío y tras pocos minutos ingresan desde los cuatro rincones los acólitos de gris bendito acarreado cofres, vasijas, bolsas. El filósofo Hoguer, siguiendo el ritual, se acerca y se ubica a la derecha del Supremo, dos escalones más abajo y extiende las manos sobre la mercancía. "Dichosos los llamados al escritorio del Supremo", recita y luego comienza a entonar el Himno al que se acoplan todos los presentes con unción. Sólo se repite, como un karma, ¡Supremo, supremo, supremo! por espacio de cinco minutos vibrantes, hasta que las gargantas flaquean y los ojos se enturbian.

El primo ministro y el Jefe de la barra sicaria se acercan y reciben los grandes dones: una tinaja con monedas regis y



metcales, otra con dirhemes, maravedíes de oro, doblas castellanas, reales, mancus, denarios grossos o gros, croats, florines, excelentes, escudos y una tercera con pepiones, centenes isabelinos, lingotes, dracmas, títulos de la deuda pública, dinares almorávides e incluso vellones de metal vil para las categorías gubernamentales inferiores. En saco aparte se entregan las monedas para el pueblo que consisten en sal, polentones, petes y petones, bolones frailunos, buñuelos, choripanios, donas, arrozas y algunos tetrabricos plateados que serán arrojados, como de costumbre, al paso de la comitiva oficial y en los actos que se consideren multitudinarios. Para ocasiones especiales se destinan también cartas de juego firmadas por el Supremo. La moneda convertible sólo obra en poder del Supremo quien ha enviado a plazas financieras de Estados Unidos, del Ducado de Luxemburgo y especialmente al UBS AG y el Credit Suisse de la Confederación Helvética, u\$s 507.420.707,21 más otros 13.589.000 en bonos y 13.453.000 en cupones rindiendo por año intereses por unos u\$s 3.440.501,29 netos. El segundo puesto en derivaciones lo tiene al momento la primera suprema con depósitos en Caimán Islands.

Nadie lo dice en voz alta, pero los más próximos saben que Aldo Cafaro y Eduardo Dukler colocan otros dineros del Enano en Banco Blanco de Juárez de México. Todo es producto de gentiles colaboraciones de grandes entidades agradecidas al titular de la Casa del Gobierno.

En su tren privado llegó Francesco Micro, el empresario del reino. Desde los tiempos en que, recién transformado el Supremo en Enano, se cediera la gestión estatal a grandes capitalistas, una

gigantesca reforma ocurrió con los ferrocarriles. Las líneas dejaron de cruzar por olvidables y deprimentes puebluchos provincianos para concentrarse en las zonas altamente urbanizadas. Como así también daban pérdidas, se decidió utilizarlos en forma no ya privada sino muy privada. Por eso se conservaron y mejoraron exclusivamente los cursos que unían los puntos imprescindibles, es decir, las mansiones de Francesco Micro con los cascos de sus estancias, más la Casa del Gobierno y una salida libre al puerto. El servicio desde entonces había mejorado notablemente, la locomotora de última generación desplegaba una velocidad asombrosa, el vagón comedor era cinco estrellas y su cocina estaba a cargo de los mejores chefs. El vagón dormitorio tenía jacuzzi y también había sido aportado por el estado como una retribución contractual obligatoria. Para evitar las demoras en el tránsito y el tráfico se habían elevado los rieles unos tres metros en todo su recorrido, como se pensaba aprovechar el espacio inferior para construir unas viviendas populares, el costo fue completamente solventado por las arcas estatales. Finalmente no se construyeron las unidades habitacionales porque el presupuesto se elevó tanto que las autoridades decidieron interrumpir la obra y destinar lo restante a la mejora del jardín este de la Casa del Gobierno. De todas formas la población aprovechó los espacios como pudo.

Aunque el Supremo ya estaba informado de la entrevista con Micro, las bengalas que despedía la locomotora como aviso, le confirmaron la pronta llegada. El encuentro fue afectuoso y breve, intercambiaron como de costumbre algunos regalos. El Enano le facilitó una virgen de su harén, casi una niña. Y el empresario le

retribuyó con una hermosa doncella de piernas muy largas y cabellera rubia tal como le gustaban al gobernante. Francesco quería obtener la concesión de la fábrica única de calzado. Tras acordar los porcentajes, comisiones y menudencias legales, se procedió a la firma de los contratos. La nueva fábrica daría trabajo a quinientos niños, doscientos cincuenta testeadores de calidad, noventa supervisores para los turnos rotativos y cincuenta operarios empaquetadores mayores de trece años. Los más jóvenes aportarían sus cuerpos para las pruebas de calidad que consistían en cumplir con las normas internacionales de verificación de durabilidad y ajuste de los distintos modelos de calzados, deportivos o de vestir.

Los niños eran colocados en las banquetas diseñadas para tal fin y recibían de parte de los testeadores (jóvenes y adultos realmente robustos) las pateaduras, pisotones, aplastamientos, taconeos, voleos, tacazos, planchazos, puntinazos, coces, patadas voladoras, chanfles y tres dedos correspondientes durante las doce horas del turno en distintas partes del cuerpo: traste, entropierna, tobillos, rodillas, hueso poplíteo, estómago, codos, lomo, brazos y cabeza. Los testeadores, de riguroso uniforme, constataba cada raspadura, mancha o rotura que se le producía al calzado y anotaban minuciosamente la tolerancia a los golpes, cantidad de horas de prueba y regiones corporales que más afectaban a cada bota, zapato acordonado, mocasín, zapatilla. A medida que se desmayaban los P.R. (probadores de resistencia) eran reemplazados por otros para que el break reglamentario de quince minutos les diera tiempo a reponer fuerzas. Todo bajo la mirada de los supervisores propuestos para tal fin por las entidades gremiales.

El Supremo consiguió además que se les diera un día libre por mes a los menores de doce años para que pudiera descansar en las moradas especiales. En realidad había sido una sugerencia del filosofato transmitida por Hoguer, el del Jopo y la valija, e ideada por Grasiela, el invisible.

En otros países hay maquinarias que realizan esas tareas pero tanto el Supremo como sus ministros y asesores y el cuerpo colegiado del filosofato sacro opinaban que con su utilización se deshumanizaba el trabajo por pérdida de operarios. Además, en el reino del Enano hay concepciones muy particulares con respecto a la ciencia. Por ejemplo: no se cree en la teoría de la gravedad, ni en el metro patrón ya que el Gran Libro no los menciona. "Y lo que no está en el Gran Libro -ha dicho Hoguer-, no existe." Pero no todo es convicción trascendente, también se hicieron comprobaciones experimentales: una vez el Supremo logró elevarse treinta centímetros del suelo sin artefactos ni arneses. En otra ocasión varias personas que estaban acampando junto a un lago vieron rebotar una piedra en el agua. Y la creencia en una medida universal conservada entre algodones en una capital extranjera, era considerada un atentado contra las libertades individuales. "Para mí, un metro mide noventa centímetros", dijo EGB. "¿Y cuánto mide exactamente un pie, eh? ¿o acaso no existen distintos talles, eh?" agregó convincente. Por lo tanto se concluyó que no existen las leyes universales y que cada ser humano será juzgado según distintas variables. No es igual, por ejemplo, la pena por estupro, mamada automotriz, sodomía, pederastia, prebendas, coimas, coimetes, coimines, aprietes, apretes, etc. llevados a cabo por integrantes o favorecedores del

gobierno que por los simples mortales. Porque la inmersión en los problemas del Arriba generalmente hace olvidar o confundir los problemitas del abajo. "Recordad, dijo el filósofo sacro, el caso de Tales de Mileto quien por observar el cielo, cayóse a un pozo. Así va la vida de los seres superiores: observamos los movimientos metafísicos del Reino y obviamos las preocupaciones inferiores, las ataduras. Pues liberarnos de ellas nos permite volar. Lo que prueba, de paso sea dicho, la inexistencia de la así llamada ley, je je, ley... de la gravedad". Un conmovido, especialmente conmovido gabinete en pleno, aplaudió y felicitó al aurispice, al moderno Tiresias, por sus sabias palabras. El Supremo sea loado. Y para demostrar en qué grado de aceptación las tenían sumieronse de nuevo, con renovados bríos, en sus habituales jornadas de conocimiento profundo del otro y/o en recolección de beneficios para la corona (también conocidos antes de la reforma del Gran Libro por los nombres de sodomía y prebenda).

Los tesoros para premios, bonificaciones, subsidios y tinajas varias se conformaban con los impuestos recogidos por las huestes del Gran sicario (así llamado por ser "así de ario") en todos los rincones del reino, y por las contribuciones generosas de los grandes Beneficiarios (antes de la reforma, empresarios), como por ejemplo Franceso Micro, el del tren, o Pedro Gass del combustible. El petróleo, antes en las manos laxas del estado, había pasado por decisión suprema, a grupos privados que habían obtenido inmensas ganancias y a cambio de ellas también habían hecho ganar dineros al Gobierno. Inmensas, modernísimas tuberías financiadas por el estado como parte del contrato, recorrían el reino desde los lugares donde se producían hasta el

puerto donde se exportaban. Para que los gases y fluidos no perdieran su presión, solamente había unas pocas salidas dentro del territorio del reino: en unas casonas de los barrios del norte donde moraban los integrantes del gabinete, en el palacio trascendente del filosofato, en la Casa del Gobierno, en la estación del tren de Micro y en el estadio central de fútbol. Allí brillaban día y noche los ventanales como en un Olimpo que causaba admiración a propios y extranjeros. El resto de la superficie gozaba de la plenitud del sol y la paz de la oscuridad o a lo sumo alguna que otra vela latía en los ranchos nocturnos o en los monobloques rodeados por los soldados del Supremo.

## **Capítulo doce**

La oposición criticó como pudo las privatizaciones, especialmente de la energía y los trenes. Pero por diversas razones no fue escuchada. En primer lugar hubo un mejor manejo de los medios masivos por parte del gobierno (propietario o socio, es necesario decirlo, de prácticamente todos los periódicos, revistas, radioemisoras, canales de tevé, propaladoras vecinales). Además la campana subsónica de uso obligatorio para opinar públicamente alteraba los oídos y el sistema nervioso de los oyentes, entre los cuales se encontraban los mismos opositores. O sea que un opositor difícilmente concordara con otro opositor ya que al mencionar determinadas palabras, como por ejemplo "gobierno, supremo, ministro, tren, petróleo, dinero..." se activaba el irritante zumbido. La utilización de este sistema había

sido aprobado por el Cónclave (regla 12, inciso 3). Por otra parte todavía flotaba residual el gas dyr cuyas propiedades eran tremendamente anticoagulantes. Según decían se había desprendido del cuerpo del Supremo, como un viento, como un aura, cuando murió como gordo y resucitó petiso, extendiéndose instantáneamente por vastas extensiones. Sus siglas quizás significaran "divide y reinarás". Efectivamente había llevado a los opositores ("la opositora patota", según el nombre oficial) a enfrentarse entre sí por nimiedades como el uso de la visera hacia delante o atrás para subdividirlos luego en los grupos: atrás inclinada, atrás erguida, adelante torcida, adelante quebrada. Y cada facción en tantas más (atrás inclinada mucho, poco, levemente a la izquierda, muy, casi, completamente), las subfacciones a su vez se separaban según tuviera o no pompón la gorra, fuera un botón forrado, una bola de algodón o una cáscara de nuez barnizada (los de la cáscara se subsubdividían: de maní, de nuez, de almendra) y así hasta la fisión total del núcleo.

De paso sea dicho que la atmósfera del reino tenía además del Dyr otros gases particulares que según alguna de las teorías sobre el origen y advenimiento del Supremo Enano se despedían de su cuerpo multiforme. En general sus propiedades eran adormecedoras (calmaban el hambre, la sed de justicia), mejoradoras y estimulantes (hacían ver al petiso como un gigante) y edulcorantes. Ante la llegada de cualquier extranjero rubio y sajón la población babea e intenta aprender su lengua, entrega a sus hijas e hijos según los gustos del visitante, acompaña en peregrinación sumisa, aplaude, ríe y sonríe, regala,

dona, da lo que no tiene. Caminito se transforma en Little Road Neiborough, etc. EGB se hace llamar Eiyibí. El primer ministro es the cousin minister. La primera dama es the first queen. Pequeñas confusiones producidas a imagen y semejanza de los balbuceos lingüísticos del Supremo. Su dificultad para el lenguaje oral (le escriben otros) ha sido atribuida también a su origen, sobre el cual hay un gran número de teorías.

Varias de ellas suponen un origen extraterrestre. O bien es alguna clase de virus que se infiltró en algún satélite de comunicaciones o nave de regreso, o vía telescopio. La cuestión es que como exótico Papá Noel ingresó por la chimenea de la Casa del Gobierno cayendo en el momento oportuno para hacerse del poder sin violencia, como si hubiera estado ejerciéndolo desde siempre, como si fuera inherente al reino, convirtiéndose en Monarca Viral o Radiactivo. O en cambio, según otros suponen, también con innúmeras pruebas documentales bien fundamentadas, vino de otro planeta, de otra galaxia y al entrar en la atmósfera terráquea su polaridad se invirtió, allá era un superhéroe y aquí, no. Porque es realmente un enviado con un objetivo superior pero al llegar a nuestro sistema solar, se le invirtió la carga eléctrica. ¿Viene de un planeta con menos gravedad y aquí se encogió? No se sabe. Pero cada vez que se produce una alteración exótica e incomprensible para los habitantes de este planeta (tormenta solar, desplazamiento del eje por un cismo, cometas, radiaciones) algo cambia en la estructura del Supremo y se hace gordo, petiso, nabo, mudo, doble, cabezón, lenguón aunque siempre conserva su núcleo, alma, espíritu o cómo se llame. Si fuera, tal como parece, un extraño ser unicelular que huyó o enviaron de su planeta y se



infiltró como un virus informático a través de un telescopio, las dudas se originan en que aquí todavía se desconoce esa tecnología. Por eso, dicen, es mutante como el virus de la gripe, en lo externo: un día es bajito y cetrino, otro bigotudo y panzón, otro narigón y nabo con una cohorte de hijos coimeros por menudencias y una mujer gigante y mandona. En lo interior, ideológico, es mutante también. No tiene memoria; cada transformación es para él la eternidad, de manera que nunca miente, siempre dice lo que está de acuerdo con su estado actual. De todas maneras tiene un estado básico, recurrente, que es ser rey.

Las pastillas que le dan para mantenerlo despierto o erecto o para que logre volar bajito o tener una mirada hipnótica, tienen acciones colaterales y serían, según otros investigadores (autodenominados Los Adivinos), la causa de sus metamorfosis (se lo verá narigón, bigotudo, incluso se comenta que también se transforma en mujer y es sucesivamente Marijú, Chichú, Caracú, Champú).

Cada vez que aparece muerto, no lo está. Sino incubando.

Ciertas teorías o creencias son realmente delirantes: algunos lo denominan El Presi  $i$ , o sea el presidente imaginario (como raíz cuadrada de menos nueve). Es ingeniosa. A partir de ella, desarrollaron la idea del Supremo Pi o Presi 3,14 o presi periferia pues es una relación constante entre él y su entorno. Y finalmente, en escalada bizarra, el Enano Fi o relación Da Vinci, inspirada en el dibujo de Leonardo conocido como Hombre de Vitrubio donde la divina proporción es otra y en lugar de estar en un círculo dentro de un cuadrado, la enanez (como antes la gordura y luego otras alteraciones) lo convierten en un óvalo

enmarcado por un cuadrilátero de lados desiguales. La proporción áurea se convierte entonces en proporción ahora o "proporción a la voz de aura", ya que luego será otra según la multiformidad del Supremo.

Algunos más prosaicos explican su ser y proceder basándose en la gran capacidad mimética del Enano. Un camaleón que no sólo copia lo exterior sino también ciertas habilidades y mañas. Por ejemplo, aprendió de médicos y mecánicos a exagerar en escalada: "ese ruidito es un perno del pistón, si no lo arregla ahora le raya el pistón, salta el mismo y le agujerea el block, rebota en la hélice del ventilador, la rompe, vuela como estrella ninya y le rebana el nabo y lo deja tuerto, se le contagia al otro ojo y al chocar usted por su ceguera se lastima la nariz..." Lo mismo pasaría si no lo votaran o le desaprobaran un decreto o le criticaran cualquier medida de gobierno o actitud personal.

Las diferentes teorías y suposiciones son alentadas desde el poder porque todo es útil para focalizar la atención sobre un único tema: la vida y obra del Supremo. Como en toda saga épica, después de cantar o relatar los momentos cruciales de su vida como soberanos (y no es error el plural), se habla ya de su infancia ya de su familia o amigos. Cabe decir que después de cada transformación se le vuela un cromosoma y surge de él un hijo, también llamado coso o clon. Justamente es el cromosoma de la resistencia al influjo de otro y fue Coso quien acaparó ese poder. De tal forma que el Supremo hacía todo lo que Coso, Cosito para los íntimos, sugería. A veces, por una cuestión de imagen, el Presi aparecía con un gorro frigio verde y una cala en el ojal, siempre serio y de traje oscuro. Obviamente Coso estaba detrás de ese look. Coso lo lookeaba. El hijo, clon o coso, creció

de una sola parte y lógicamente no tenía todos los cromosomas en la pipeta o en el tubo de ensayos. Quizás fuera esta última la causa por la que se copaba con cualquier trivialidad (o gansada): comida china cruda, amigos binorma y cada vez menos bi –por moda-, novias que cantaban en croata, helicópteros de vuelo rasante limitado, motos con tres ruedas. Porque, ha dicho el filósofo, quien puede contemplar todo o mucho se cree pequeño, pero el que apenas es agujero del culo, asshole dijo el filósofo, se cree big bang. Y él, el Coso, en su enorme limitación, creía poseer grandeza, sabiduría, pinta, y sobrevolar las torpes mentes de la población a la que suponía idiota y digna de manipulación simple y cuyas vidas no valoraba, por supuesto. Esa soberbia y tontera lo llevaban al clon a correr innumerables riesgos de los que nunca salía ileso. Es decir, siempre moría tontamente. En una ocasión electrocutado en el baño por llevarse la tele a la bañera, en otra enroscado en un alambrado con su avioneta, etc. Afortunada o desafortunadamente (según para quien), cada vez que se transformaba el multifacético Supremo, volaba el cromosoma y resurgía el Coso o Cosito con renovados bríos pero la misma boludez genética.

Se supone también que la causa de la absoluta sumisión al poder por parte de ministros, asesores y demás, se origina en otra pequeña serie de cromosomas y genes que despide el Presi transformista y queda en forma residual en la Casa del Gobierno. Es un efecto colateral contra el que no hay desinfección posible. Aunque tampoco es seguro porque en realidad echan toda clase de fluidos, desodorizan, tiran gamexane y flit, acaroína, lavandina, según los libros contables. En realidad nunca se vio ningún frasco

ni lata ni sachet ni tambor de nada porque todo es virtual y el dinero para tal fin va a parar a las arcas del ministro encargado.

° El desprendimiento genético o de azúcares del cuerpo del Supremo al transformarse (conocido vulgarmente con el nombre de "falta de caramelos en el frasco") pareciera ser la causa de ciertos olvidos. La población sigue circulando en carruajes y viste como en la prerrevolución francesa porque el Presi, después de una de sus mutaciones, sólo recordó determinados hechos y costumbres y otros se le mezclaron. En consecuencia los asesores de continuidad, salieron a destruir los autos y a construir carruajes. Hubo una licitación que obtuvo quien correspondía, para beneficio del reino y especialmente del jefe de asesores. Los periodistas oficiales (que son prácticamente todos) hicieron el panegírico de la tracción a sangre, sus ventajas ecológicas, no contamina, las bondades del abono, el pintoresquismo, qué lindo me hace acordar a cuando era chico y mi abuela me mandaba a comprar el pan. El Supremo recuerda, también a su modo, cómo era el sistema eleccionario: toda la población tiene un voto (en total); el congreso de ministros, otro, y Él, otro.

### **Capítulo trece**

Era un placer viajar. Ir y venir. Dar y recibir. Porque durante la gestión del Supremo multimorfo, se favoreció el viajar. Algunos, especialmente los comerciantes (como los fabricantes de

sombreros, peluquines y carruajes), profesionales (como los diseñadores de togas y alhajas, arquitectos de mansiones, periodistas, bailarinas del vientre), compañeros de balompié y baloncesto, se vieron favorecidos pues cobraban en ducados de oro que se cambiaban muy ventajosamente en el interior del reino y muy desventajosamente en el mismo interior del reino para otros. Una provisión de polenta había ascendido a los tres mil ducados, equivalentes a setenta y dos horas de trabajo del grupo familiar. Además, aquellos selectos grupos se veían también premiados con la llegada de misiones extranjeras, fundamentalmente de la capital planetaria. Se estableció entonces como moneda internacional de cambio, el sexo. De forma tal que se depositaban en una cuenta a cien años los ducados oros de los poderosos internos, más los títulos de propiedad de todas las tierras, el mar y el aire y el subsuelo, y los comercios de otros reinos o países les habilitaban la compra de electrodomésticos pasándoles el miembro por la ranura.

-Una licuadora exprime centrífuga pela cáscaras y las convierte en fruta brillantada para nosotros, otra igual para las respectivas madres. Una planchita a energía solar para campamento.

-Mirá gordi, llevemos esa calesita holográfica para mesa de luz de hotel veraniego. Media docena de portasánguches de miga triples, otra media para simples. Termos de cuarto litro, de sección cuadrada, prisma de pulgada por pulgada de base, se carga con los rayos catódicos mientras mirás tele.

-Voy a agarrar otros tres reproductores de dvd, cvx, http, gnc, hdp, jtp. Enderezador de bandera para actos supremos.

Llavero con alarma. Celular con video y pc con antena porongánica de veinticinco centímetros para ella o él. Un inflador de gomas de auto inalámbrico. Lápices con autocorrector ortográfico.

-¿Cash?

-Sí.

-Plic, plic, plic...

-¿cuánto es?

--¿Virgen o puesta?

- La nena es virgen, ¿no ´cierto vieja?

-Sí.

-De ambos lados, no ´cierto. Bien... son tres cuartos de virgen total.

-Muy bien. Vení nena.

-Ay, no tiene cambio, no tiene una nena más chica. ¿Le puedo dar unos caramelos o una hija de veinte años con el culo roto?

-Y, no sé, sí, no ´cierto vieja?

-¿Y si llevamos también la máquina de fotografiar enanos de jardín?

-Sí.

-Bien, les sobra una pierna. Les doy una bolsa de chocolatitos de colores o una hija embarazada de mellizos.

-No, mejor llevamos otra licuadora. ¿Con eso da justo, no, sin cambio, no?

-Le faltaría media sorbida o una tocada de culo de veterano/a.

-Y... sí, tocada de culo.

-A usted o a la señora.

-Es lo mismo. A esta altura. Bueno, vos. ¿No, vieja?

-Sí.

-Un momentito que llamo a la supervisora. Por favor pasen por el costado así le cobro al muchacho que solo trae una caja porta garuletes para carruaje deportivo de color rojo con dirección hidráulica. Mientras tanto puede ir la nena al box número tres para que le hagan el orto. Gracias.

-Sí, como no. Vení nena que te cargan por acá.

-Efectivo, ¿muchacho?

-Sí.

-Es una mamada con tres manoseos de filósofo.

-Bien.

-Mientras te lo embolso pasá por el box veintiocho.

-Sí, Sharon, ¿me llamaste?

-Mire, supervisora, no tengo cambio, necesito autorización para sobada ojetal a veterana.

Clíclí.

- Listo.

-Señora, pase por la siete. Qué casualidad.

Aunque hay muchos clientes esperando (la mayoría del reino), el cobro se realiza con rapidez y pulcritud.

-Bueno, ¿listo las chicas?, ayúdenme con el carrito, entonces. ¿Nena, te pasa algo? Qué cara che. Estos jóvenes siempre con mala onda. La verdá vieja que la atención en este país es impresionante. No veo la hora de llegar a la patria y mostrarles a todos el video. Uds. No se olvidaron de pedir la copia de los boxes, no? Ah, menos mal.

Qué viaje, mi dios, qué viaje. Y pensar que todavía algunos hablan mal del supremo. Se les tendría que caer la cara de vergüenza.

Mientras tanto en el reino sigue la preocupación por el meteorito gigante que se encontraría, según los últimos datos a quinientos metros sobre la ciudad de Garmendia. Tiene el tamaño de la Casa del Gobierno y se desplaza a una velocidad asombrosa. Información de último momento: el bólido ha sido desviado por las fuerzas mancomunadas del reino y la mano salvadora del Supremo cuando se encontraba a solo tres metros de una calesita repleta de niños y abuelitos.

Y finalmente, con el correr de los días (no muchos pues la memoria popular es frágil), la noticia del meteorito se precipitó en el olvido, y fue necesario reforzar el interés por estar informados con el detalle al minuto del caso criminal del pequeño raptado, torturado, violado, sepultado vivo, vuelto a violar y finalmente (un par de semanas después) resucitado y recompuesto en todos sus sectores por las manos extendidas del Supremo. Las pantallas a través de las cuales fue casi imposible observar (por la sangre que salpicaba los oculares) lograron restablecer el aliento de millones de seres, recuperar la confianza perdida en la humanidad, recobrar la fe e incluso las demás virtudes menores, gracias a la acción salvífica del Enano Gobernante; quien una tarde, cuando el sol se derretía en donde corresponde, extendió sus manos hacia él y pocos minutos después los micrófonos registraban la voz quebrada de llanto de esa madre que se reencontraba con un niño al que ya sabía muerto, violado, enterrado vivo y vaya a saber



qué barbaridad más, que mejor ni pensarlo.

## **Capítulo catorce**

En momentos de gravedad reinal, de cualquier índole (ya fuera porque se veía afectado el normal desarrollo de las actividades de la región, ya porque se podrían poner en evidencia coimas, crímenes, chanchuyos varios), o sea, es decir, en esos momentos en los que había que salir a poner el pecho en defensa de la bandera del gobierno, allí estaban, inmediatamente, con el pelo recién lavado y pulcramente enjuagado y peinado y encoletado, los filófulbos en conferencia de prensa. Prácticamente ningún medio gráfico, radial, televisivo, celular, faltaba a la cita. Era el momento de las grandes preguntas y las grandes respuestas que mantenían paralizados los corazones y especialmente los cerebros de la población. Los filófulbos, también denominados filósofos estrellas o filósofos campeones o seglares (para diferenciarlos de los filósofos sacros) o metafísicos futbólicos o pensadores balónicos o reflexóbolos áureos, entraban al gran salón luciendo los colores sublimes (los mismos que flameaban en los gigantescos mástiles de cada estadio y que eran izados meticulosamente cada mañana antes del trabajo o el colegio). La bandera del reino y en el costado izquierdo, junto al corazón, la dorada pelota número cinco, que parecía girar en comba de mucha rosca para clavarse en el rincón de las ánimas.

Si había parálisis cordial y mental mientras entraban los primeros héroes, cabe decir que se precipitaba la saliva de las

comisuras con el acceso triunfal del máximo, el monarca del team, el rey de reyes coronado con la vincha dorada de primo campeón, el Coco Buenacuccináseno, cuya imagen vigilaba tutelar al frente de las aulas, en la entrada de las fábricas restantes, en algunos sellos postales y en el membrete de todas las comunicaciones gubernamentales. Arriba, el Supremo; debajo y un poco más pequeños, los retratos de Hoguer (a la derecha) y el zurdo Coco (a la izquierda). La sacra tríada o trípode triunfal.

Reflexiones tales como "Basta de palabras, acá lo que hay que hacer es trabajar toda la semana, preparar jugadas de laboratorio y transpirar la camiseta." O "si todos le ponemos pila, arrancamos", o "yo para mí, lo importante es competir" y otras de la misma intensidad, encabezaban las primeras planas y eran repetidas en cualquier ámbito y circunstancia (política, social, familiar, sexual, etc.). En las escuelas eran utilizadas por los docentes, por recomendación ministerial, para el dificultoso análisis sintáctico, o el cálculo de repeticiones de palabras.

Para mantener en alto la moral de la población, el Supremo también formaba parte del Olimpo Balónico y también se lucía en todos los deportes. Y el filosofato sacro, siguiendo las preferencias del enano, jugaba una vez por semana, generalmente los domingos al mediodía (a veces los sábados a la tardecita), al fulbo cinco. Los habitués eran Hoguer Del Jopo, Grasiela, el invisible, Migorda (iba al arco), Dedoacusador, Moralino y su doble (Doble moralino), Lito de Lázaro, entre otros. Armaban partidos contra preclaros propietarios de grandes medios, empresarios y buena parte del elenco supremo. A menudo Él participaba, siempre ganaba, hacía goles de taquito, de palomita, de rabona y media chilena (para lo cual era sostenido en el aire por sus

asesores y también por algunos rivales). En la tribunita estaban las chicas que vivaban al Supremo y los chicos llevados por Grasiela, el invisible, y Del Jopo. El coro sobrevolaba a prudente distancia a los deportistas piando sus cánticos laudatorios.

Cómo la mueve el Presi, como la mueve,  
Si no juega de diez, juega de nueve.

En ocasiones se dividían en semicoros. Izquierda y derecha del estadio, todos compitiendo en fervor, alabanza, decibeles, entonación.

A la una, a las dos, a las tres,  
Vamos todos a apoyar,  
De la cabeza a los pies,  
Vamos, vamos a ganar.

Y con idéntica elegancia, la otra ala clama:

Viva, viva, viva el Presi,  
Que la rompe y te la emboca,  
Viva el presi, viva el presi,  
De los pies hasta la boca.

Cuando el del Jopo jugaba ocasionalmente en contra (siempre estaba religiosamente a favor), el coro atronaba:

No podrás ganar Del Jopo, del Jopo,  
Ni siquiera un poco.  
Si jugás en contra Hoguer, Hoguer,  
Te vamos a marcar.

Terminado el encuentro (el equipo del gobierno siempre goleaba), el Supremo con gesto magnánimo hacía declaraciones a la prensa, intercambiaba camiseta con el capitán de los contrarios y ponía algún que otro bono supre en la mágica valija del gran filósofo y amigo.

Luego se iba rápidamente a la Casa del Gobierno a mirar las repeticiones de sus goles y los comentarios de los comentaristas.

“Aquí me pasan las estadísticas, gracias Julio Ricardo Eberto Normando: sí, muy bien, gracias Julio Ricardo Eberto Normando. Tiros al arco, ninguno. Atajados, dos. Tiros de esquina, ninguno. Tiros, una bocha al aire. Escupidas de delanteros, 36. Escupidas de defensores, 36. Esto es, me parece, un empate. Sí, efectivamente, como tú me acotás Julio Ricardo Eberto Normando, son trece las tocaditas de culo. Una mirada de soy remacho y te recago a trompadas. Acomodamiento de vincha, treinta y nueve. Rascada de tero, tres. Rascada de tero con escupida y acomodamiento de vincha, ocho. Goles de ojete, tres. Rascada de tero con escupida y acomodamiento de vincha, ocho. Saludo a tribuna, veinte. Tocada de césped con genuflexión a medias y casi señal de la cruz, cuarenta y nueve. Mientras esperamos, estimados oyentes y Muy Estimadísimo Oyente Supremo, que nuestro asesor de campo o edecán de la verde gramínea color esperanza en esta gestión gubernamental que el pueblo todo acompaña con vítores constantes a quien desde la Casa del Gobierno o desde el Estadio Único destácase como el goleador planetario al menos y... bien, gracias Julio Ricardo Eberto Normando: Cambios, dos; arqueros, dos, arcos, dos; áreas, dos;

banderines, cuatro, qué curioso, no? Violaciones en el vestuario, tres. En el partido anterior fueron ocho, sin contar las violaciones reiteradas a los pibes alcanza pelotas porque obviamente no tienen el rango supremo de jugadores. Bueno, grassia Dio han bajado o retrocedido o se han menoscabado en cuanto a cantidad menor. Acá Julio Ricardo Eberto Normando me alcanza un gráfico de barras despreciable, gracias Julio Ricardo Eberto Normando, a ver qué es lo que tú me acotás a la hora de lo que se denomina vulgarmente y con perdón de la mesa servida jugar al balompié: sí, pitadas del referí, 698, levantadas de banderín solferino, 43. Ladridos de perros de policía, 3; ladridos policiales, 33. Bien, tenemos una nota en la boca del túnel...”

No se podrá decir que dejara de poner voluntad en superarse como jugador. Una vez a la semana se reunía con su equipo de diseño de jugadas gloriosas, discutía cada paso, cada movimiento del rival y luego lo practicaba hasta que saliera perfectamente. El equipo de diseño citaba en un estadio privado (y a puertas cerradas) a los futuros rivales y ensayaban, cual paso de baile colonesco, todos y cada uno de los movimientos que llevarían al supremo a convertirse en goleador ilustre y admirado por la insólita población.

Le tocaban el balón para su pierna menos inhábil, la derecha, y en momentos en que despanzurrado le salía al encuentro un mediocampista rival, le tocaba la bocha suavemente entre las piernas en caño increíble. La tocaba al costado mientras picaba, es un decir, hacia el borde del área donde era rodeado por el resto de sus coequiperos quienes lo alzaban para que pudiera al menos rozar la pelota en maravillosa chilena. Levemente inerte, la

redonda se dirigía hacia el arco ante la mirada contenida de los circunstantes.

Por las telepantallas luego se pasaba, para no perder tiempo, a mayor velocidad.

“Nos vemos en la histórica misión de comentar la sumatoria de puntuación futbolísticamente hablando en el plano ya de la transmisión vertiginosa que en un nivel o análisis filosófico-metafísico-teológico-cuántico-biológico-molecular-algebraico-cordal, ¿influye o no la teoría de la relatividad en lo que se refiere a la curvatura espacio temporal de Bolivia donde la pelota no dobla? ¿cuántas atmósferas bolivioaltiplánicas pesarán los botines a nivel del mar de los hermanos sin salida al mismo? ¿el arquero es ser o ente? ¿en un agujero negro, se puede hacer un gol olímpico? ¿el director técnico es el vicario de Cristo? ¿la línea del juez de línea es directamente proporcional a la tercera ley de Kepler sobre el desplazamiento? ¿cuando un jugador se rasca el testículo izquierdo hay corrimiento al rojo o efecto Doppler? ¿los seres de otros planetas juegan a la defensiva, existen los carrileros en Marte, en Próxima Centauri concentran más de cuatro en el medio campo, cuando llueve ácido sulfúrico en Júpiter, se suspende el partido; rebota bien el balón en la luna Titán; por qué saltan más alto para cabecear los jugadores en la luna? ¿Dios es bostero? Obviamente el diablo es de Independiente. ¿Eolo será de Huracán? ¿los sátiros le pegan con tres dedos? Los codeguines de un jugador con amplia dilatación testicular pesan más en Júpiter que en la Tierra, y esto es necesario que lo tenga en cuenta el técnico. Y aprovechamos para

saludar al máximo goleador y Máximo Presidente que seguramente nos está mirando y escuchando.”

También jugaba el petiso Supremo al basketball o baloncesto. Otro equipo de diseño lo asesoraba con las jugadas. Los técnicos se encargaban a su vez de dilatar, subir o bajar el aro, acercarlo, alejarlo y las necesarias combinaciones (alejar-dilatar, subir-acercar-dilatar, alejar-bajar, etc.) para que el Presi convirtiera los tantos.

Los domingos a la noche, en horario central, se repetían las mejores jugadas, bien editadas y comentariadas, de los deportes que hubiera practicado soberanamente el Supremo.

¡Al aro, Supremo!

Emboca y lo queremos.

Los lunes era tema obligado de conversación en la primera hora de clases escolares, desayunos de trabajo, oficinas y fábricas restantes.

-En el segundo gol le pegó con tres dedos, viste.

-Sí, uno de él y dos del que lo sostenía.

-Eso es juego de equipo, viste.

Luego, en la segunda hora de clase, traían al maestro, enganchaban la cadena al frente para que pudiera llegar hasta el pizarrón, y procedían a realizar sus tareas de aprendizaje significativo: se calculaba la velocidad del disparo, la distancia al aro, la parábola descrita por el balón, la historia de la pelota y se memorizaban y repetían a coro los colores sublimes de las distintas remeras deportivas.

## Capítulo quince

Cierta vez vinieron embajadores extranjeros o para mejor decir, enviados observadores de Arriba. Gente principalísima. No eran simples turistas, sino altezas del mundo superior macro mega capitalino. Por lo tanto era imprescindible dar una buena imagen. Se procuró desde la Casa del Gobierno que ningún aspecto fuera desamparado. Todo debería ser cuidado, prolijo, presentable. Con una gigantesca y carísima campaña se concientizó al frente interno, a la menguada población del reino. Los aviones y carruajes fumigadores exhalaban noche y día el sahumero de la sonrisa y la sumisión. Se suministraron en las escuelas y las fábricas restantes los refuerzos terapéuticos necesarios para mantener bien pum para arriba el estado de ánimo de la población toda. Para tal fin se amplió incluso el horario de concursos televisivos y sorteos numéricos como así también los premios y bonificaciones. Hubo una cucharada extra de polenta en muchos platos y el mismísimo Supremo apareció reiteradas veces en cadena nacional y en diversos programas exitosos haciendo recomendaciones paternales. En las escuelas se dictaron clases especiales. Hubo jornadas de reflexión en cada vecindario a cargo de los filósofos sacros. Y, por su parte, las grandes estrellas sumas del filosofato fúbico, se enfrentaron gloriosamente en un partido homenaje cuya recaudación toda se destinó a la compra de alfombras rojas que irían desde el aeropuerto hasta la Casa del Gobierno y solamente serían holladas por sus majestades de arriba.



Se multiplicaron en todos los ámbitos las clases de nociones de la lengua de Ellos. Aún se recuerda con emoción al coro de representantes del reino entonando la canción de bienvenida:

“¡Qué grande la tiene Míster President of the World!” o “God save Mr. President’s big stick”. Luego, en las celebraciones, ágapes, conferencias, encuentros o cónclaves, cada individuo de sexo masculino debía inclinar la cabeza mientras decía con una sonrisa leve de sumisión alegre “I only think in sucking you, my lord”. Y las damas, leve genuflexión acompañada de manos en alerones laterales, parpadeo pícaro seguido de mohín y el reglamentario texto con voz tímida y quebrada: “Dont you want I blow your níger?” o el más confianzudo y directo “I kiss your ass and give my ass”.

Las mujeres, a medida que el cortejo recorría la ciudad, exclamaban tras las ventanas “me estás matando”, “qué larga la tenés” y gemidos variados en el idioma de los visitantes. Las persianas de todas las casas vibraban con los “yes, yes, oh, oh, my god, yea, yea, I’m *going*” (en una mala traducción porque nosotros *nos vamos* pero los yankys *vienen*) y similares.

En la concepción de tal plan (plot) se conseguían según los organizadores al menos (at least) dos efectos:

- 1) Mostrar al mundo (the world) lo remachotes que eran o podían ser en el reino. Y
- 2) aprender un poco del idioma, que nunca (never) viene mal y hasta puede permitir una salida laboral (a job).

El coro de aullantes tenía una corifea o prima donna: la mujer en la Casa del Gobierno, que había logrado con sus

gemidos no sólo romper los cristales sino también algunos jarrones de gruesa alfarería local. De todas formas, para mostrar la educación y sometimiento necesarios a los enviados de Arriba, y para evitar que se sintieran disminuidos en su condición sexual, cualquier ocasión era aprovechada para reiterarles los saludos protocolares obligatorios que en la mayoría de los casos aludía al enorme, inconmensurable tamaño (size) de sus virilidades. E incluía palabras como donkey, aubergine, carrot, banana, hose, blind otter, eel, etc. correctísimamente pronunciados y siempre acompañados por big, huge, huge grant, long, enormous, like an obelisk, oh my god I can´t believe this!

Los observadores de Arriba regresaron muy contentos a sus tierras. Portaban la sonrisa de los ganadores (winners) por haber sido tan elogiados y por la firma de nuevos y generosos contratos.

### INFORME FINAL DEL SICARIATO ACERCA DE LOS ROLLOS DEL MUERTO EN ENFRENTAMIENTO CONTRA LAS FUERZAS DEL ORDEN.

Terminó de leer, pero no terminó. En el rollo había unas hojas que no eran propias: con distintas caligrafías y colores varias manos habían hecho anotaciones. Ya había leído las primeras, procedían del Editor que se había ido asustando progresivamente al notar el cariz de su relato, solamente había ido sintetizando los primeros capítulos. Evidentemente luego se sintió sobrepasado, y le trasladó la responsabilidad a algún

superior. Varios monjes negros, sub sicarios, sicarios, semi empurpurados, aursípicos y demás asesores del Supremo, hicieron sus comentarios, recomendaciones y amenazas. De allí, de alguno de ellos, había salido la idea de enviarle matones a su departamento para que hicieran justicia con sus cargadores. No contaron con Dalí, el fondo y la figura, la ventana y la guitarra. Y se salvó. Luego vino la huida al tanque de agua, la bicicleta y el retorno como Sirial. Las imágenes de los meses transcurridos pasaron volando (oh Holywood) por su cabeza. Se quedó fijo unos instantes con el rollo desplegado en las páginas del informe. Aún estaba sentado en el reading room del nómada Hostel. Se había sentido aliviado mientras recorría sus propias palabras. Pero ahora, la furia vengativa regresaba. Leyó rápidamente las anotaciones de los alcahuetes:

Con tinta roja, decía:

Sugerimos saltar estos primeros capítulos e ir directamente a la síntesis de la página 38. Nos vemos en la obligación moral y ética de aclarar que estos primeros capítulos están plagados de malas palabras, aluciones (sic) obscenas, burlas contra las instituciones.

Sin firma. Pero se reconocía la letra del editor.

Luego, con caligrafía escolar (quizás de colegio de curas), letra redondeada y construcción clásica de las curvas, mayúsculas de libro, en lápiz negro intenso, trazo grueso, surcando el papel:

Todas las immaculadas instituciones patrias como así también los credos, son aquí mansiados y vitupereados. No se dejan de pie ni a santos ni a próceres. Se ataca por igual a todos los fundamentos de nuestro sistema de vida, se deshonra en situaciones ignominiosas a la prensa y sus representantes, el poder, la democracia, los pilares de nuestros artes y nuestras ciencias. Esta obra está plagada de discriminación, anticlericalismo, anticapitalismo. Se describen con ironía y crueldad a los cardenales, obispos, el Papa, el gran Rabino y el Patriarca de Constantinopla, como también a los destacados miembros de la cinematografía norteamericana y la televisión nacional. No por nada la CRMF (comisión de los representantes de la mejores familias) dijeron que era un asco y tras leerla y analizarla detenidamente procedieron a quemarla para que no cayera en manos de sus hijos, esposas y secretarias.

Por todo ello, y otras barbaridades que mejor callar, se recomienda mantener este engendro lejos de los niños y personas sensibles.

Un sello: Jefe Sicario, región VIIª.

Como breves notas sueltas, aquí y allá:

No lo puedo creer.

El Vicario Castrense

El autor: gay, adicto, marxista y homosexual.

Comandante de la Brigada Montada de los sistemas de Ventania y Tandilia.

Luego un texto más extenso con correcciones y borroneos:

“¡Qué lo reparió carajo!” es el insulto más habitual en esta obra, aparece ciento treinta y dos veces. Y no es el único. A él se suman palabrotas tales como: culo, teta, pito, caca, mierda, sorete, boludo, boludón, pedo, la concha de tu hermana y/o madre y/o tía y/o abuela, de la lora, de la vaca, puñeta, trolazo, balín, bufarrón, bufanda, cabeza de poronga, cara de orto, pitulín, garcha, garca, boliviano, cachucha, jeropa y miles de etcéteras. Se aluden y describen con crudeza escenas de sexo explícito, paidofilia, zoofilia, fetichismo, homosexualidad, bisexualidad, sodomía, gomorría, zwinglerismo, pas de trois, kamazutrismo.

Sin ninguna firma. Tiene algunas tachaduras en verde, realizadas evidentemente por un supervisor que además agregó el siguiente comentario:

Incluso algunas palabras o frases exceden toda posibilidad de reproducción en este informe como por ejemplo:

Vení que te sorbo la piiiip-cha (página 18).

Si te agarro te reviento el piiip-lo a piiiip-rongazos (pags.14 y 23).

No querés que te la mande a guar-piiip por el or-piiip (pag 78).

(Y en la misma página 116:) Y si te acabo entre las piiip-tas y piiip piiip.

Ya es hora de que me recontrachupes la piiiip-ja.

Supervisor Sicario (suplente a cargo)

Y después de este sello, con la misma letra y bolígrafo verde:

Si a lo menos habría disimulado un poco. Por dar solamente un ejemplo a manera de ilustración del mencionado caso: "la pu...nta del sauce verde", o "me ca...igo y me levanto", "a la miér...coles, me ca...che en diez, cara...coles, qué lo tiró de las patas, pucha, carámbanos," o "andá a ca...rgar", o "qué lindo cu...erpo que tenés". Pero no, nada de eso, Señor, acá hay un regocilamiento en el mal. No se puede creer. Es la manzana putrefacta, y ya se sabe, una manzana putrefacta pudre todo un recipiente de los antemencionados frutos que no estaban para nada putrefactos. ¿Y si sería un individuo putrefacto? ¿Adónde nos dirigimos a parar?

Y otra vez el sello de Supervisor Sicario, suplente a cargo.

Regresó a su habitación con baño compartido, dejó el rollo con su gomita lúbrica sobre la mesa, se acostó. Debía descansar bien, los próximos días serían intensos en preparativos para la Fiesta del Supremo (preparar y envasar el veneno, dar los últimos cibertoques a sus permisos para ingresar) y en la larga jornada laboral de la misma fiesta. El Hostel estaba silencioso y una leve lluvia repiqueteaba en la ventana. Podría ser una tarde romántica

de siesta con ella. Pero estaba solo. No necesitaba que nadie le señalara al culpable.

Colocó el rollo con su gomita joni en el cajón de siempre. Y puso ya todas sus fuerzas en la etapa final.

## **TERCERA PARTE**



\*

Soy el exterminador; tengo muchos finales y ningún principio.

Yo soñé con el crimen perfecto y estoy a punto de concretarlo. Un crimen perfecto es una obra de arte y como tal requiere la bomba encima de un pueblo vasco, el agotamiento de la figura, la relatividad, Freud, la revolución rusa y una mano aburrida de pintar patas de pájaros que se haya entrenado en períodos rosa y azules y cúbicos. No hay otro camino rumbo a Guernica, como no existe tampoco el viaje a Indias sin la Niña de velas nuevas, sin una vocación obsesiva genovesa ni desprovisto de sed de oros y caída de moros. La perfección criminal requiere abrir el cofre de Pandora, disparar todas las pestes y olvidarse de Esperanza. Cuando todos los caminos se han agotado, por viejos, por olvidados, queda matar; poner patas abajo lo que está para arriba, transitar lo feo que se convierte en hermoso.

No la masacre. Ese burdo despliegue de sangre, intensos rojos bermellones chorreando espesos en los títulos catástrofe, con sus niños decapitados, mujeres descuartizadas, balazos y cuchilladas por doquier. No. Nada más que la destrucción en negro, blanco, gris azulado. Un solo golpe que elimine el hálito olvidado de un hombre, con precisión y sin furia. La gran campana debe sonar en cada oído y generar un visceral temor que replantee los tiempos; el hombre –cada hombre, todos los

hombres- frente al pelotón viendo el fogonazo y con horas suficientes entre esa luz y el impacto para verse y ver.

Así será mi crimen y no dudaré en adjudicarme públicamente la autoría porque su perfección pasa por el efecto global, más que por desconocer al artífice. Y escribir es igual a matar.

Mi obra será un parto, pasaje a realidad superior.

Quedan invitados a la cena del exterminador.

## **FESTÍN DESNUDO**

Bastó con que pasara el dedo por la ranura de control (el ADN no se adultera fácilmente pero sí la estúpida máquina que lo registra) y atravesara sin sonidos de alarma por las barras detectoras, para encontrarse en la cocina, con las botellas de champán a su disposición. En el sofisticado escalafón de asistencia a las fiestas supremas, había trabajo para todas las especialidades: desde el plegador de servilletas, el acomodador de servilletas, el de tenedores, el orientador de las asas de las tacitas de café... hasta lo inimaginable. Desplegó con absoluta tranquilidad y a la vista de todos sus enseres magnificadas: el sachet con el litro de veneno para alimentar a toda la jauría, el gotero traspasacorcho y los guantes. En medio de tanta parafernalia gastronómica, nada llamaba la atención. Una campana conminó a cambiarse de ropa a los recién llegados:

boinas ladeadas (el color indicaba la función), pañuelito rojo al cuello, camisa blanca, faja étnica, bombacha de campo y alpargatas (todo diseño italiano).

El encargado de rotar las botellas del espumante de un cajón a otro del freezer, hizo la pausa de treinta segundos cada tres horas (última conquista gremial) en cuanto la luz roja se encendió. Casi de inmediato titiló la amarilla, y la verde dio paso a una nueva serie de tres horas sin interrupciones. El champán debía estar exactamente a 432 S° (grados Supremo), cuando falten cinco minutos para servirlo lo hará bajar un grado más para que con la fricción del descorchante, la mano del mozo, el acarreo al aire climatizado, volviera a recuperar su exacta temperatura. De cualquier modo, tal como era habitual, después de tomarse la tercera botella, nadie estaría capacitado para percibir esos detalles. Igualmente –y en eso descansaba el asesino- cada empleado cumplía las órdenes hasta la muerte. Para Elio era fundamental que no hubiera ningún cambio extra, para no llamar la atención, porque precisamente colocaría el veneno a partir de las cuartas botellas. El frío mata el gusto, y el champán matará al enano y sus secuaces.

El gong gigantesco anunciaba las llegadas. Con un código similar al de las horas, se indicaba la categoría del invitado: aurispice, asesor, fulbometafísico, subalgo, viceotracoza, asistentedecualquiera. Poco a poco el magno salón comenzó a llenarse. Finalmente, apareció como un gigante el Supremo Enano, rodeado por su cohorte de soldados liliputienses (una imitación de la guardia vaticana). Los ingresos se habían organizado meticulosamente para graduar, en escala ascendente, las apariciones: inmediatamente antes del Supremo, ingresaron

Hoguer y Micro, antes la Prima Dona, antes el Capitán del Equipo, el Primo Ministro...como un organigrama vivo de le Empresa de Gobierno. Cuando tras la interminable sucesión de gongs, sonaron las fanfarrias, recordó lo que había escrito en sus Rollos. Contuvo la sonrisa e intentó seguir con la tarea ardua y prolija de vaciar las dosis en cada botella. No pudo resistir, de todos modos, pegarle una mirada al salón y a la entrada triunfal.

Caminó unos metros hasta la puerta más cercana y por encima de la vaivén observó azorado. Primero, por la posición en que estaba, le llamaron la atención (lo golpearon, lo tumbaron, le picanearon cada terminal nerviosa) el decorado de las mesas: sobre manteles celestes y blancos como un cielo feliz con leves nubes, se extendían vastos arco iris de fuentes, desde el rojo de los tomates hasta el extraño azul de las fuentes con pescado, y en el extremo de la mesa una inmensa marmita de oro. Y así cada mesa, del azul de las coles y los rockefores, o las uvas o las trufas clonadas, al rojo violento de manzanas, vinos, algo como batatas. Y todo el arco saturado de guindas, remolachas, ciruelas, bebidas en botellas exóticas o jarras traslúcidas, papayas, cocos, atunes, zanahorias... con raras luces que encendían aún más los propios brillos. Le dolían los ojos. Se los restregó, y como si se sacara el velo producido por tal visión, lo asaltaron entonces los colores y formas de la vestimenta. Él sabía, había oído, que en cada gran partusa celebratoria los presentes debía usar ropas de determinadas épocas, pero ver a más de un centenar de personas ataviadas como franceses del siglo XVIII era demasiado. Pelucones enrulados, cara de talco, labios pintados, calzas, culottes. Los asesores de imagen, en la mayoría de los casos, habían copiado a Watteau.

El Supremo caminó olímpico hasta el centro de la mesa principal. Todos de pie con la cabeza gacha esperando la señal. Se ubicó y parecía en la cima porque las mesas se encontraban a distintas alturas según las jerarquías. Se hizo un gran silencio, el Supremo alzó los brazos en gran saludo, sonó nuevamente la fanfarria y empezaron a comer, devorar, tragar, incorporar, demoler, ingerir, mandarse al colete, consumir. Los mozos (uno cada dos muy comensales), prácticamente no daban abasto: la pizza, plato preferido, no llegaba a posarse porque las manos se alzaban misilísticas y exterminaban a lo armagedón. Tras la segunda botella comenzaron a tomar del pico, mojar la de anchobas en las copas, mezclar las carnes con las frutas y lamer los platos. No faltó quien se armara con un restito de hueso de pollo, pepitas de uva, salsas varias, pétalos de rosas sobre la concha de un caracol ya en proceso digestivo, un canapé para endulzar la espera de la pizza de ananá y caviar que estaba llegando. La mayoría, mientras con una mano se atragantaba de tocino enmermelado, con la otra manoseaba las partes del vecino de al lado o enfrente o las suyas propias. Como con la desesperación manoteaba todo lo comestible y bebible, no siempre usaba la misma mano para igual tarea. De modo tal que las ropas, en ciertos lugares, se pringaban, se manchaban con los colores del arco iris, más las humedades que tales fricciones generaban. La música, que nadie escuchaba ni oía (tal era el crujir de dientes) podría calificarse de babosa. Se adhería al ambiente como los jugos a las ropas. Los olores no iban en zaga: carísimos perfumes franceses vaciados sin medida sobre la piel y las pieles, se mezclaban con el aroma oriental de los pebeteros, los sudores de tanto ejercicio manual y las secreciones. Por eso, cuando

llegaron las cuartas botellas de champán, con su correspondiente veneno, nadie notó nada. Se lanzaron sobre ellas y no solo las bebieron sino que también se las arrojaron, en el entorpecimiento etílico y pánico, sobre la cara, las corridas pelucas, los senos. Hoguer, meticoloso, iba por su vigésimo sandwich de miga (ascético jamón y queso), y como los de la mesa principal (el Supremo, La Prima Dama, el Primo Ministro, el Gran Fulbometafísico) no comenzaron a beber sino hasta que todos iban por la tercera botella, tal como indicaban los usos del Enano. Es decir que se empezaron a emborrachar cuando los demás ya estaban completamente perdidos, y el último recuerdo semisobrio que la masa conservaría sería la visión de los Supremos enteros y correctos. Inmediatamente se pusieron en ritmo y tragaron y bebieron hasta alcanzar a los demás. Así fue que Hoguer comenzó a tirar besitos a Migorda, la Prima Dama a lamer al Fulbometafísico, el Primo Ministro a ayudarse a sí mismo y el Supremo a montarse a todos. La Gran Partusa se inició, como de costumbre, pero el efecto del veneno los sumió en estertores y parálisis. Uno tras otro, en el lapso de intensos tres minutos, cayeron, algunos enlazados con los brazos, con las lenguas o como perros. Aquí y allá se formaron montículos de cadáveres que aún resistieron unos segundos, jadeando como ranas en sartén. Hoguer se precipitó hacia atrás con Migorda entrepiernado y un triple en la mano rígida, mientras la derecha intentaba una bendición. Asesores, ministros y demás primeros jefes se debatían aquí y allá mientras el Supremo Enano intentaba ponerse de pie y dar unos pasos. Pero la terrible pócima hizo su efecto y se desmoronó todo lo corto que era.

## **WOULD YOU CHANGE?**

El Enano yacía muerto, quizás definitivamente. Un tinte violáceo le daba aspecto de brillante pez. A su alrededor todo era trinchera de The Wall, vendimia de las fronteras, cadáveres nada exquisitos. Las luces del inmenso salón titilaron acompañando las vidas en retirada, algún gorjeo, convulsión final, tics del adiós, y luego solamente sonaba el goteo de una botella tumbada de champán. Plic. Plic. Ya sin burbujas. Plic. Con las primeras contorsiones monstruosas de los intoxicados, habían huido mozos y ayudantes de cocina. Él, Elio, paralizado en un rincón, vio el destello de una gran cuchilla del cocinero y se puso autómatamente en funcionamiento, la tomó y su gesto se volvió sonrisa de El Resplandor. Era el mismísimo póster: ojos al bies, sonrisa helada y el arma enhiesta junto a su cara. Se sintió Nicholson. Caminó como repitiendo "al que madruga dios lo ayuda al que madruga dios lo ayuda" en línea recta por encima de otros cuerpos hacia el Supremo. Puso su rodilla derecha sobre la alfombra persa y con habilidad de depostador comenzó a cortar el cuello para separar la cabeza tiránica. Como al trozar un pollo, los huesos crujieron contra el acero y el acero lo transmitió de inmediato a las manos que se montaban para hacer fuerza. De las palmas a las muñecas y de allí al centro del cerebro para confirmar su decisión magnífica de magnicida. Magnicidio de un enano, pensó y sonrió. Luego cercenó, escindió, dividió, seccionó los miembros, amputó, despiezó, evisceró, tronchó, taló, desarticuló el pequeño cuerpo.

Piezas variadas. Se puso de pie y observó su deconstrucción macabra como el artista que toma distancia. Como el cliente de la carnicería que pasea la vista por la heladera mostrador, allí riñones, carne con hueso, tapa, costillar, achuras. Limpió la cuchilla en la cortina que pendía a sus espaldas y la sostuvo delante de sí, parecía un Nerón con media toga sangrienta, semiescondido detrás de ella, mirando su obra. Sparagmos.

Transcurrieron unos pocos minutos intensos. Él, fijo, estatua humana de feria, sin latita pedigüeña al pie. Rígido, duro, reconociéndose; era todo Elio.

Hubo un leve aleteo. Lejana mariposa nocturna, tal vez. Primero no comprendió, supuso en su estupefacción que lo había imaginado, que eran lucecitas de baja presión. Ese extraño divertimento masoquista: gozo por los brillos que indican que algo no nos funciona bien, lipotimia. Luego notó claramente (confirmando sus temores) que las rotas partes se desplazaban retornando, estableciendo primero un suave contacto con las carnes otrora vecinas, reconstruyendo el frankenstenano. Primero los pies se acercaron a las piernas, luego las piernas y brazos al torso, finalmente la cabeza con su nariz, su lengua, sus orejas adheridas. Antes de que los ojos muertos se movieran y volvieran a mirar en torno, huyó clásico por uno de los montacargas y de allí a un conducto de aireación mientras recordaba (¡camino de la memoria!) escenas de Terminator II. El Enano volvía a ser. Como aquellos héroes de los mitos, como Dionisos.

Tras unos metros de gateo encajonado arriba del cielorraso, casi al final del salón, se acercó a otra rejilla y observó mudo: el Supremo Enano recuperaba ya la vertical y se pasaba las manos pretendiendo emprolijarse la ropa. Acomodóse el monstruo el



nudo de la corbata y se encaminó, inmutable (es un decir) hacia la salida. Mientras Elio, allá arriba, hacía lo mismo por una pared del fondo saltando al jardín y de allí a la calle.

El Enano llegó a la desolada Casa del Gobierno (solamente Elio lo siguió, agitado, corriendo semi escondido como un Bruce Willis de block en block, por túneles y alcantarillas). Se sentó en el magno sillón lleno de pedrerías, tomó el bastón, cruzóse la banda, colocóse la tiara suprema del supremo poder ante las cámaras automáticas que transmitían directamente a cada casa, a cada rancho perdido en las nadas de los bordes reinales. Quedó fijo, rígido, inmutable como foto durante un minuto de dos horas. Luego, algo sucedió. Abrió su boca y con voz extraña, dijo: (PPP, los ojos bizantinos clavados en el centro de la lente, en el centro de cada mirada que se posara desde un living con hogar, desde un hogar sin living, desde las calles hacia las paredes gigantes de los edificios pantallas):

“He dejado los campos ricos de oro de los lidios y de los frigios, y he recorrido las mesetas ardientes de los persas, y los muros de Bactria y la tierra de los medos, de rígidos inviernos, y la Arabia feliz y toda el Asia que se extiende junto al salado mar con sus bien almenadas ciudades, llenas juntamente de griegos y de bárbaros mezclados; y ésta es la primera ciudad de los sureños donde llego, después de crear allá mil coros y establecer mis misterios, a fin de que los hombres me tengan por divinidad manifiesta”.

Y entonces, ante la mirada muerta de la población, comenzó a trocar. Primero la nariz se hizo gancho y la espalda curvóse

levemente, adquiriendo un no sé qué de garza. Las piernas más largas, la mirada de pavo, el paso ralentado. Un aura de nube, un ritmo neblinoso, lo envolvió. La voz bajó un tono y disminuyó el ritmo entusiasta del enano. El traje brillante, como pintado al cuerpo, tan italiano y fantoche, mutó -cambio de piel- en grisado, ratonado, casi arrugado. Más que divinidad dionisiaca era resaca matinal. Dormidera. El pueblo comenzó a bostezar, las bocas se descoyuntaban de aburrimiento. Faltaba show. El viejo y fantástico show que proporcionara cuando era Enano, e incluso antes, lleno de flashes, cuando Gordo. Ahora, lánguido y lento, dejaba también sin aliento, sin impulso a su mismísima grey. Mas el veneno del champán no detuvo su influjo allí: en cuestión de minutos el Supremo Flaco Lento comenzó a derretirse como vela. Goteó la nariz, goteaban las orejas, lloviósele el pelo para inmediatamente caérsele y deslizársele por la ropa desde los hombros hasta la cintura y de allí a las rodillas y las bocamangas y los zapatos lustrados, como si alguien -¿los tres chiflados, el gordo y el flaco?- le hubiera zampado un plato de fideos en la cresta. En medio de risas y carcajadas en off, se fue disolviendo hasta convertirse en charquito marrón, como el traje, como el cabello y los ojos.

Por primera vez en la historia mutante del Supremo, no transcurrió un tiempo prolongado entre un estado y otro. Reinó años como Supremo Gordo, más todavía como Supremo Enano; pero ahora, y a la vista de todos, no ya de un élite ministerial, se estaba cambiando raudamente, como el virus de la gripe, y así pasó frente a las cámaras que reproducían en cada casa, rancho, pared pública, de Supremo Narigón a Supremo Algo Volátil, luego

a Supremo Simpático y así, tan rápido como imperceptible, hasta Supremo Twin o Melli, El gran doble supremo.

Se había llegado casi al punto máximo de evolución. El supremo era doble y tenía ahora la cara que se esperaba. Reunía a Cortázar con el Che y Lennon, o Chaplin, Ghandi y Bonavena, a veces Dick VanDick en múltiples combinaciones, y aquellos pocos opositores que quedaban se fueron pasando con fervor y militaron con el fundamentalismo del converso (habían sido muchos años largos y penosos de estar en la vereda angosta de enfrente; todos necesitaban, llegados a la adultez, dejar a un lado las diatribas, la constante presión del medio, la defensa de imposibles; utopía quedaba definitivamente en ningún lugar). Casi nadie ya desconfiaba del poderoso, casi nadie percibía que el mellizo sombrío, bizco y con cara de ave de presa era quien realmente gobernaba, hacía los mismos pactos que el Enano, diezmaba y entregaba. Porque el mellizo luminoso (mejor dicho, iluminado por las cámaras y los flashes) inundaba la realidad de la población. Iba caminando adelante, con su look de ex beatle, de otrora militante combativo, la corbata que no combina con el traje ni los mocasines, sonriendo y revoleando algún billete, besando niños y abrazando proletarios, o bien alzando la mano y amenazando a supuestos enemigos, mientras un metro atrás, a su sombra, el mellizo sombrío tranzaba con los sempiternos dueños de la tierra el mar el aire, recogía el diezmo o la veintena para seguir

lubricando los pasillos del gobierno. Francamente increíble el poder del veneno mezclado con champán.

## **TIEM/POS/MODERNOS**

Atónito frente a la pantalla, Elio decidió que su plan de fuga era innecesario, la realidad no era real, entonces para qué huir. Había intentado el magnicidio del Enano y solamente logró fortificarlo. ¿Escapar a Colonia en un barquito robado en Regatas, y de allí por tierra a Brasil, a algún pueblito perdido?

En su confusión pensó que quizás todo hubiera sido previsto y premeditado por el poder: desde el asesinato fallido (¡a dos metros, por expertos!), su reincorporación como redactor, su (?) plan de magnicidio. Tal vez se había puesto demasiado determinista. Entonces, ¿para qué huir?

1. Podía, pensó, alejarse como tópico cinematográfico: solo, de espaldas a la cámara, con una vieja maleta (o una bicicleta con gomas pinchadas en la versión argentina) lentamente por el medio de una ruta que se hunde en el lejano centro de la pantalla con la puesta del sol. A los lados, únicamente la llanura, el pastizal con un no sé qué de Texas. No hay autos. Música country, sólo música.

Lento fade out.

Títulos.

## **Serial Writer**

### **Characters**

**Sirial as himself**

**Elio as the hidden himself**

**Evil as Supreme Fat, Dwarf or midget, Twin**

**Ministers**

**Hoguer as rich catholic (remember the camel)**

**Grasiela as pederastian catholic (remember sodoma)**

**The poor kids as the bad kids (remember revolution)**

**The 70 % of the people as the sheep crowd "oh what can we do?!!"**

### **Music**

**Tracy Chapman**

**The police**

**Charly García**

**Joaquín Sabina**

**Edmundo Rivero**

**Pink Floyd**

**Baglieto**

**Fito**

**Spinetta**

**Silvio Rodríguez**

### **Intertextuality**

**Las mil y una noches**

**La esfera y la cruz**

**Leopoldo Marechal**

**Rainer Ma. Rilke**

**Bruce Willis**

**Jack Nicholson**

**Quevedo**

**Edgar Poe**

**The Bible**

**Bilardo**  
**Ernesto Sábato**  
**Esteban Echeverría**  
**Domingo Sarmiento, presente siempre**  
**Rabelais, je te salue**  
**Aristófanés, kalá**

**Thanks to**  
**nobody**

**All the characters are not inspired on reality. I´m saying the  
bloody/fucking true, fella.**

**Based on the novel.**  
**In the kingdom of freedom, XXI century.**

2. También puede ser –lucubra- que se lo vea de frente, por la misma ruta desolada, con la ciudad a lo lejos moviéndose monstruosamente, los edificios transformándose en raros árboles metálicos, en cardones gigantes generando púas y garras y picos voraces. Las calles, distantes, comienzan a erguirse aceradas y convierten sus extremos en manos que gritan jaifiurer. La vieja llanura corcovea, se ampolla en abscesos y explota de pus. Suena virulento ramones. Finalmente la ciudad comienza a caminar a sus espaldas, se acerca y lo devora tras dar un salto gigante como un King Kong como un Jurassik Park.

3. O bien, mientras él impertérrito sigue su camino hacia la cámara, no quiere convertirse en estatua de sal pero sabe que a

sus espaldas, allá lejos, allá en la parte de abajo de la pantalla, la ciudad vibra y luego explota y arde en llamas. Algo, meteorito, misil, algo ha caído del cielo en diagonal. Las cenizas y el humo borran el fondo. Él, con su maleta vieja y música country, o con su bici pinchada y música country, camina hasta la cámara. Corte y se lo ve de espaldas, yendo hacia la puesta de sol paulatinamente fuera de foco. Lento fade out. Títulos.

Pero él no abandonó la ciudad al amanecer. Simplemente recorrió las viejas calles mientras algo imperceptible mutaba. Los ladrillos se destiñeron casi hasta la transparencia, árboles con hojas como manos irguieron el dedo mayor mientras las inútiles vías de los tranguais chirriaban hasta la dentera. Él, quien fuera, caminó lentamente por Defensa, el sol caído, entró en el boliche del colorado donde hervían las papa fritas, la madera ardía, y sonaba en vivo la guitarra. Un fantástico humo enchorizaba el salón. Sobre cada mesa ya esperaba un pingüino con tinto de la viña, panera de rodajas y grisines. Se sentó en la misma silla a la misma mesa que aquella primera vez.

El dueño-parrillero era el mismo gordo chestertoniano, o Chesterton mismo. Se le acercó con la servilleta en la mano y en lugar de preguntarle ¿media parrillada con fritas y vino de la casa?, dijo: ¿Todo fue nighmare?

-No lo sé.

Alguien desde la semipenumbra humosa le alcanzó la guitarra. La tomó, corrió la silla de pino y paja un poco hacia atrás, la acomodó sobre su muslo derecho con el pie en puntillas, la abrazó como una carta de amor, como un regalo envuelto en

papel metálico el día de su cumpleaños, y al rasarla, de arriba hacia abajo, cuerpo de mujer blancas colinas muslos blancos, de graves a agudas, con pausa y oído atento a alguna disonancia, volvió a sentir definitivamente el fuego de Ella en sus manos. Y, oh Dalí, todo era uno. Dejo mi fuego en tus manos. Ardiente escudo protector. Como en una leyenda guaraní, su esposa asesinada por el poder, encarnaba en guitarra. Y hasta la madrugada, recuperadas mágicamente sus uñas como parte de la mutación global, tocó y tocó y cantó todo su repertorio.

Áspero y levemente dulzón, el tinto de la costa corría por invitación de la casa.